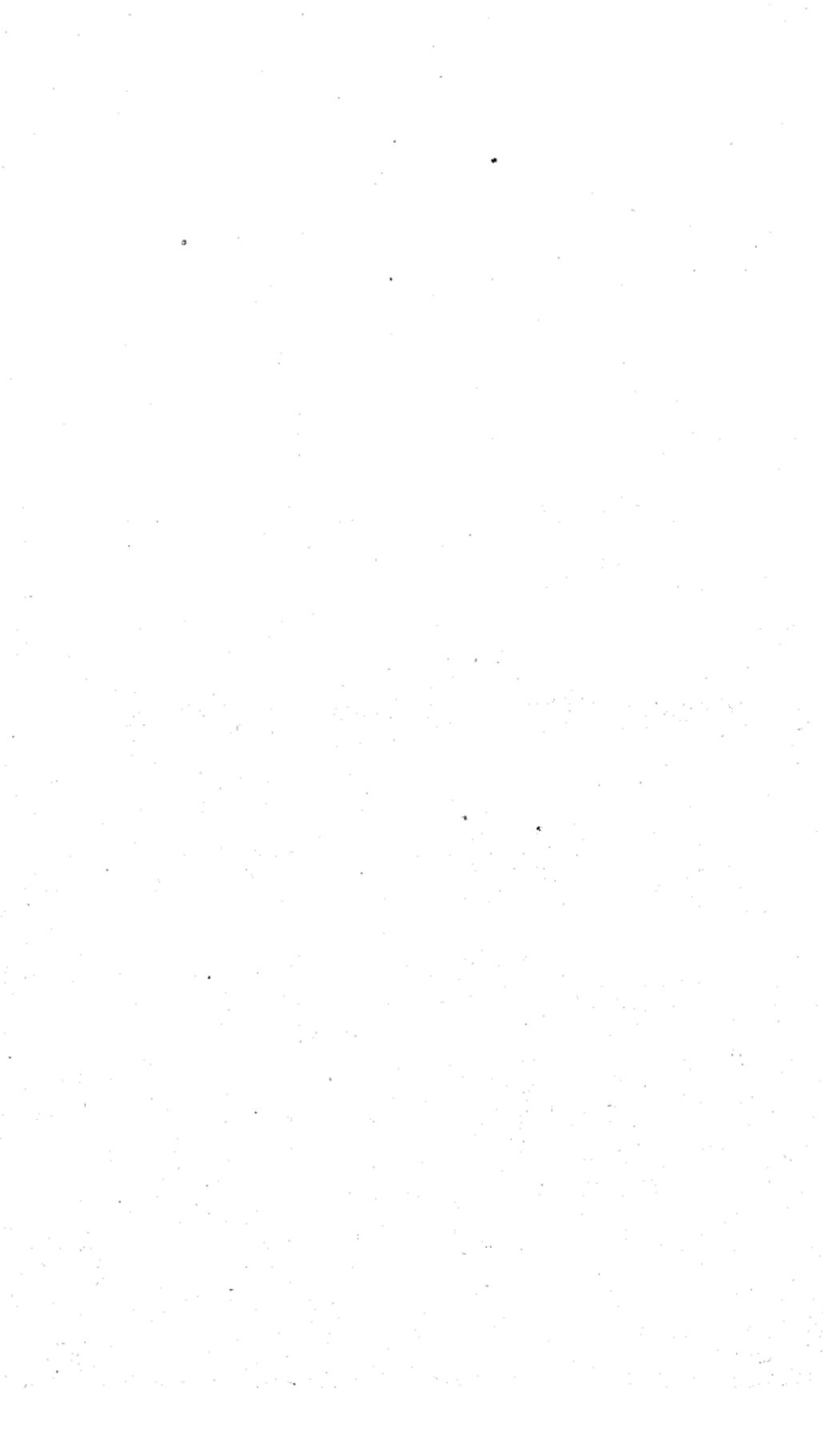


R. 146375

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.



ÉLIA,

Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA,

POR

FERNAN CABALLERO.



MADRID: 1862.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

PRÓLOGO.

Cuando al aparecer la primera producción de FERNAN CABALLERO en las páginas de un periódico de la corte, decia uno de nuestros más distinguidos literatos que LA GAVIOTA era *el primer albor de un hermoso día, el primer florón de la gloriosa corona poética que ceñiría las sienes de un Walter Scott español*, expresaba una gran verdad que el tiempo ha confirmado con fallo irrevocable.

El entusiasmo y el sentimiento, fuentes inextinguibles de todo lo que de generoso y de grande es capaz de emprender el hombre, han sido

prodigados á manos llenas por la Providencia al inspirado novelista cuya aparicion fué un verdadero y glorioso acontecimiento para las letras españolas y un título de noble y legítimo orgullo para la pátria del insigne soldado de Lepanto, que merced á FERNAN CABALLERO, ha vuelto á recobrar el cetro de la Novela, pasado á extrañas manos desde la muerte del Ingenio Príncipe, y envilecido, por desgracia, en ellas, con grave daño de la moral pública y de la existencia misma de la sociedad, hasta el punto que las monstruosas creaciones dadas á luz modernamente en la nacion vecina demuestran de un modo incontestable.

FERNAN CABALLERO ha resucitado entre nosotros la Novela, como Meléndez resucitó el buen gusto, y ha vuelto la tranquilidad y la confianza al corazon de los que rindiendo culto á lo bello y á lo bueno habían llegado á temer que la época presente no produciría en este terreno otra clase de frutos que los viciados y dañosos á que acabo de referirme. Esta es, pues, la razon de que sueñen en todos los lábios ardientes alabanzas á FERNAN CABALLERO: para unos es su existencia un so-

lemne mentís á los que suponían al ingenio español incapaz de cultivar con éxito la Novela; para otros es el digno paladin de la patria antigua y de la augusta Religión que produjo nuestras glorias y nuestros héroes.

Un hombre ilustre ha dicho de la Moral Cristiana que por su sencillez se halla al alcance del más indocto, y por su profundidad suspende y admira á los más sábios. Otro tanto puede decirse de las obras de FERNAN CABALLERO. Todas ellas pueden ponerse con igual confianza en manos del jóven y de la doncella; en todas se encuentra la misma naturalidad y sencillez en la forma; en todas resplandece la misma pureza de doctrina, el mismo fervor religioso. Todos los caracteres de sus personajes están admirablemente dibujados; los colores con que pinta las costumbres son siempre verdaderos; las descripciones siempre bellas; el sentimiento del deber, base de todos los que animaban á nuestros mayores, siempre aparece en sus obras exaltado y enaltecido.

Y si lo que acabo de expresar es rigurosamente exacto respecto á cuantas producciones ha dado

á la estampa el gran novelista, á ninguna conviene tanto, á mi juicio, como á la que dá lugar al presente Prólogo.

El objeto que en ella se propone el Autor no puede ser más simpático á cuántos estimen en algo el suelo que los vió nacer, ni más interesante para quien desée estudiar el verdadero carácter y las costumbres verdaderas de un pueblo en una época dada. La elegida por FERNAN CABALLERO para desarrollar su plan no puede ser tampoco más oportuna. Con decir que la Novela se escribió hace algo más de diez años, y recordar que su título es ELIA Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HÁ, queda justificado mi aserto. A describir los sentimientos y costumbres dominantes en nuestra patria al terminarse la guerra más justa y heroica que han presenciado los siglos, vá, pues, encaminada: época sobre todo encarecimiento interesante, y en la cual puede decirse que desaparece la antigua España para refundirse en la que á la actual generacion le ha cabido en suerte.

El carácter de Elia es de lo más bello y delicado que haya concebido jamás la humana fanta-

sía. Es esta angelical criatura linda y buena por extremo: una señora de la más elevada clase la mira como hija, y la ha dejado crecer en la convicción de que ha debido la existencia á unos antiguos amigos suyos, muertos al nacer ella. Tiene la señora de Calatrava ciega pasión por su protegida, y todo parece como que contribuye á que pueda suponerse á la candorosa niña engreida y orgullosa con sus cualidades y ventajas. Un sobrino de la protectora de Elia, hijo segundo de la Marquesa de Val de Jara y personificación de los principios liberales de buena fé, importados en nuestro país por los legisladores de Cádiz, vuelve de la guerra en que ha combatido honrosamente por su Dios, su Rey y su Patria contra el más negro abuso de la fuerza de que hace mencion la historia, y se apasiona perdidamente de Elia. Su Madre, que sabe el verdadero origen de ésta, y que siempre ha reprobado la educacion, tan impropia de su clase como apropósito para hacerla infeliz, que su cuñada le ha dado, conociendo que nunca se desafia impunemente la opinion, ni las preocupaciones más ó ménos infundadas, toca to-

dos los resortes que están á su alcance para destruir los amores de su hijo, y despues de una violenta escena con Cárlos, revela bruscamente su origen á la desventurada Elia, á quien esta revelacion pone al borde del sepulcro. Desde entonces Elia, que amaba ardientemente á Cárlos, renuncia á él por completo, y ni las excitaciones de su protectora, ni las de quien la amamantó á sus pechos, ni el verse dueña de la inmensa fortuna que aquella le lega al morir, consiguen turbar su razon ni exaltar su orgullo. Retírase al convento en que fué educada, y sacrifica un amor que hubiera hecho su felicidad, dadas otras condiciones, pero que de modo alguno puede hacerla en las en que Dios la ha colocado, persuadida de que la verdadera dicha no ha de encontrarse en un enlace que la autoridad maternal justamente condena, sino en conseguir la del Cielo, donde espera un dia unirse á Cárlos.

¡Qué elocuente leccion para los que en todo ven derechos, y en ninguna parte deberes; para los que no reconocen límite ni freno á su voluntad ni á sus apetitos!

En torno de Elia agrúpanse diversas figuras á cuál más típicas. ¡Qué buena fé; qué instintiva rectitud de juicio; qué amor á todo lo bueno y á todo lo español el de la señora de Calatrava! Basta ser blanco de una suposicion malévola, de una injusticia, para que la misma persona que le era antipática se transforme á sus ojos en objeto de simpatía. ¡Cómo cuida de cuanto pueda ser grato á los demás, y como se olvida de lo que á ella le es agradable! ¡Cuán ardiente es su caridad! ¡Qué patriarcal el dominio que sobre sus criados ejerce!

La Marquesa de Val de Jara, dura é intransigente, muestra tambien el irresistible y benéfico influjo que la Religion ejercia entónces hasta en aquellos caracteres que por su violencia parecian ménos sujetos á él.

Don Fernando, noble representante de las idéas monárquicas, es por otra parte, como acertadamente dice el Autor, el verdadero y genuino tipo del mayorazgo, sosten y apoyo con su nombre y su fortuna de la casa de que es jefe.

Don Narciso, personaje en quien se halla re-

tratada de mano maestra la desconsoladora escuela enciclopedista, es, como no puede menos de serlo, fanático en su intolerancia. El, que de todos exige consideracion y respeto, nada considera ni respeta de cuanto constituye moral y políticamente nuestro país. Para él no hay Dios; hay un *Ser Supremo*. Extasíale el *Sit tibi terra levis* gentílico, y no halla ni una palabra de aprobacion para el *Requiescat in pace* católico. Es *filántropo*; no caritativo. Apenas se digna contestar, ó contesta con grosería, al honrado campesino que conduce su cabalgadura; pero habla, en cambio, campanadamente de los *derechos del hombre*.

Nada diremos de María, en quien mas particularmente simboliza FERNAN CABALLERO aquellos antiguos criados que envejecían y morían en las casas de nuestros padres, y que eran otros tantos miembros de la familia de sus señores. Nada del honrado D. Benigno, cuya mejor calificacion la hace su propio nombre. Nada tampoco de los demás personajes; semejante taréa no ofrecería otro resultado que impedir al lector que los conociese cuanto ántes por sí mismo, harto más hábilmente

retratados por FERNAN CABALLERO de lo que yo pudiera hacerlo nunca.

Concluyo, pues, no sin decir ántes que si el fin moral y el argumento de ELIA merecen cumplidas alabanzas, y si los caractéres de cuantos en ella figuran se hallan pintados y sostenidos con singular maestría, el encanto de que el Autor sabe revestir escenas de la más opuesta índole,—de cuya verdad son, entre otras, irrecusables testigos ya el simpático cuadro de la casa de la Asis-tenta el dia en que se celebra su Santo, ya el naturalísimo y chistoso lance en que el atrabiliario Don Narciso gana el mote de *Monteruca*, ya los altercados, llenos siempre de profunda y saluda-ble intencion, que con éste sostiene la señora de Calatrava, ora el sublime diálogo entre la Marque-sa de Val de Jara y su Confesor, ora, en fin, la muerte del Padre y de la Protectora de Elia; las inimitables descripciones que, como la de Sevilla festejando la vuelta del Rey al Trono de sus an-tepasados, y la de Cádiz visto desde el mar, es-maltan sus páginas; las admirables sentencias que, sin aparato ni pretensiones, brotan espontánea-

mente de la pluma del escritor; y, por último, el interés siempre creciente de la acción, son así mismo partes á que al concluir la lectura de este precioso libro haya forzosamente de reconocerse que si LA GAVIOTA es el primer florón de la corona poética de FERNAN CABALLERO, ELIA es, á no dudarlo, su más espléndido brillante.

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

Sevilla 27 de Junio de 1857.

UNA PALABRA DEL AUTOR AL LECTOR.

Este podrá no ser siempre benévolo; y en verdad que el que se atreve á arrostrar la publicidad sin que nadie se lo mande, no tiene motivo para exigir que lo sea. El derecho del lector es ser juez; bueno ó malo, juez es sin que nadie se lo quite. La benevolencia es un favor. Pedirla, es una atención á la que no debe faltar ningun autor que haya leído á Lord Chesterfield (1).

Deseamos salir al encuentro de alguno de los muchos cargos, que sin ser malévolos, podrá hacernos el lector, y que debilitarán algunas explicaciones ó descargos del autor.

Dice Balzac: «¿Quién podrá lisonjearse de ser

(1) Autor inglés que ha escrito sobre buena crianza, y buenos modales, y goza de una popularidad europea algo pasada de moda, ó *rococó*, como dicen los franceses.

»siempre comprendido? Morimos todos desconocidos.
»esta es la muerte de las mujeres y de los autores.»
—¡Cuán cierto es esto!

Haránnos el primer cargo aquellos que, considerando como el verdadero tipo del amor contrariado á la célebre Eloisa, juzguen que el nuestro, Élia, es nulo, descolorido y fuera de lo natural en parecidas circunstancias.

Harémosle notar, que el amor puro de una niña criada en el convento,—á cuya alma inocente é infantil apenas ha llegado el perfume de la flor de amor,—y que impelida por terribles circunstancias y la propia inclinacion, se vuelve voluntariamente al retiro que ama, porque no quiere ni puede arrostrar la opinion, ni rebajar uniéndose á él, al hombre á quien ama, es en todo y por todo, el más perfecto contraste con la mujer hecha, con la gran señora, que en la edad y en la fuerza de las pasiones desenfrenadas hasta la brutalidad, cogió el fruto de la pasion siendo amante y madre; con la mujer enérgica que es encerrada en un convento, como lo sería en una prision, que la separa de un hombre á quien honra y eleva con su cariño. Esto en punto á las analogías de situacion. Pero aun es de más cuantía la razon que debe diferenciar estos tipos de dos amores distintos. Cada individuo ama con los sentimientos que le son propios. Si la pasion enérgica es un tipo de novela, no siempre,—á Dios gracias—es una realidad en la vida. Balzac, que es un profundo conocedor del cora-

zon humano, dice: «que las grandes pasiones son »poco frecuentes; así como lo son en artes las obras »maestras.» Puede que una mujer que no ama con furor, no sea el tipo que llena el ideal que muchos se creían; pero, puede también que sea el que prefieran almas menos romancescas y más poéticas; es decir, las que simpatizan más con la verdad y la sencillez, que no con la elevación y energía, á veces ficticia y forzada en las producciones literarias, como en la vida real (1).

Esta falta de pasión, cuando nace de la mansedumbre del alma, del poder de la razón, de la fuerza é influencia de la Religión, de esa delicada modestia femenina que se extiende hasta sobre los sentimientos, es una cosa que lejos de vituperarla y hallarla poco interesante, deberían los hombres apreciar, teniendo para ellos el atractivo que tienen todos los puntos de contraste con la mujer, y que son justamente los que le dan todo su encanto femenino.

(1) *Élia* ha sido traducida al francés, y en el prefacio que le antecede, dice el traductor: «Cada uno comprende el amor según sus propios sentimientos. Si la pasión enérgica es el tipo más apropiado á la novela, está lejos, gracias al cielo, de ser una realidad en la vida. Puede que una mujer que no tenga en su amor aquella vehemencia que la hace sacrificarlo todo á la voluntad del hombre á quien ama, no sea el tipo ideal de algunas; pero también puede que sea un tipo que prefieran mentes menos romancescas, y que simpatizan más con la sencillez y con la verdad, que no con esa energía, á veces supuesta, y siempre forzada, que se encuentra mucho más en las producciones literarias que no en la naturaleza.»

Otro cargo se nos podrá hacer, como á todo el que pretenda copiar al natural, y es, que hay puestas en boca de personajes sencillos y poco pensadores, razones que no serian capaces de emitir. El corazon humano es un libro de música, que con variadas notas contiene ya tiernas y dulces, ya graves é impetuosas partituras. El observador las descifra sin alterarlas; cuando á veces le faltan voces ó voluntad á él mismo, para hacerlo, halla voces á la persona que pinta, á la manera que el abogado halla razones para la que defiende.

Pudiérasenos tambien atacar sobre la más ó ménos razon que lleven los personajes en sus argumentos. Pero, advertimos que cada cual habla y argumenta segun su carácter, su modo de ver y de sentir, y que el autor no sale responsable á nada. Ni aun las razones de la señora de Calatrava, que tiene todas nuestras simpatías, presentamos como ortodoxas.

Mucho se vanaglorían otras naciones con su estético espiritualismo, el que alternativamente ha hecho furor ó ha caido en ridículo: ¡triste suerte de las cosas que se exajeran ó alambican, y á las que no se les busca el solo origen de donde pueden emanar! El espiritualismo, que es el elevado estado que sobrepone al hombre á los apetitos, intereses y pasiones terrestres, no es una utopia, no es el sueño de un visionario de fuerte inteligencia y de cuerpo débil.—No.—El espiritualismo existe, pero aun en la literatura existe sencillo, natural, real y estable, en su fir-

me y única base, la Religion católica. Fuera de esto, es alambicado, metafísico, afectado, y se eleva cual un globo sin direccion, expuesto á caer si le falta el ligero gas que le hincha.

La demostracion de este aserto se halla desenvuelta en la pintura de nuestro tipo, Élia, tipo real y querido que ofrecemos aquí con la satisfaccion de un pintor, que muestra el traslado de un hermoso tipo deseando agrade el original, y recibiendo como justas y sin que le lastimen, las críticas que merezca su pincel, pero rechazando las que se hiciesen del modelo.

El asunto que desenlaza esta relacion es tan sencillo, tan cotidiano, hemos visto todos tantos casos análogos, su consecuencia en el sentido moral que hemos indicado es tan palpable, que las personas que sin prevencion y de buena fé hagan la aplicacion que hace el autor, podrán convencerse, si no lo están,— así como Newton al ver caer una manzana se convenció de la atraccion de la tierra sobre todo cuerpo material,—de que LA VERDADERA ATRACCION DE TODO ESPIRITUALISMO ES EL CIELO.

ÉLIA,

Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA.

CAPITULO I.

La déclamation et l'enflure sont propement l'éloquence de l'erreur. Il n'y a que la Vérité qui puisse être simple, comme il n'y a que la beauté, qui puisse se passer d'ornements.

La declamacion y la hinchazon son propiamente la elocuencia del error.—Solo la verdad puede ser sencilla, como no hay sino la belleza que pueda excusarse de adornos.

On avait considéré la Religion comme un besoin de l'homme.—

Les temps sont venus de la considérer comme une nécessité de la société.

Se habia considerado á la Religion como una cosa preciosa para el hombre.—Ha llegado el dia de considerarla como una necesidad para la sociedad.

BONALD.

Pico de la Mirándula ha dicho en el siglo XV: «La Filosofía busca á Dios, la Teología le halla, la Religion le posee.»

Brillaba uno de esos dias esplendorosos, con los que se engalana Andalucía, como con un collar de brillantes. El sol derramaba por todas partes sus rayos como una red de luciente oro. Algunos celajes transparentes cual velos de encaje, desplegaban en el puro azul del cielo sus formas indefinidas y diáfanas, como se elevan y se ciernen en una mente tranquila, poéticas y vagas concepciones. La suave y perfumada atmósfera vibraba al glorioso sonido de todas las campanas de la religiosa Sevilla, que anunciaban la solemnidad del dia, confirmada á intervalos por la poderosa voz del cañon. De todos los balcones de la ciudad colgaban vistosas colgaduras, que se mecían alegremente como animadas del júbilo universal.— Las gentes engalanadas, con rostros radiantes de alegría, se hablaban, se abrazaban por las calles sin

conocerse. Todo aquel gentío enajenado se dirigía hácia la catedral, cuyas grandiosas puertas abiertas de par en par, daban salida á los sonidos de su magnífico órgano, que alzaban al cielo las solemnes notas del *Te-Deum*.—¡Oh! era una alegría inmensa, profunda, unánime, eléctrica, que hacía latir todos los corazones, humedecía todos los ojos, y ponía en cada lábio una accion de gracias al Señor de los ejércitos. —¡Fernando VII acababa de volver á ocupar el trono de sus antepasados!

Despues del *Te-Deum*, debía llevarse en procesion, acompañado de las autoridades y con brillante séquito, el retrato del legítimo y DESEADO MONARCA.

Las señoras, ricamente prendidas, ocupaban los balcones, y el gentío se agolpaba en la carrera de la procesion, la que era anunciada por músicas, y á su paso cubierta con una lluvia de flores.

En un balcon estaba sentada, en una silla baja, una señora anciana, de aspecto vivo y afable, que lloraba á lágrima suelta, y echaba flores á manos llenas sobre el carro triunfal en que llevaban el retrato del Rey.—Vestía una saya de sarga negra; un pañuelo de encage negro cubria sus hombros; de encage era igualmente su mantilla, colocada sin pretensiones sobre sus blancas canas. Ostentaba al cuello unos magníficos hilos de perlas, de los cuales pendia engarzado en gruesos brillantes, el retrato del Rey.

Detrás de esta señora, en el quicio de la puerta del balcon, estaba en pié un señor de cara simple y

benévola, que tenia en la mano el canasto del que sacaba la señora las flores.

Al lado opuesto del balcon se hallaba sentada otra señora, grave y derecha, rica pero sencillamente vestida, desdeñando hacer valer una hermosura que respetaban aun los años. Entre ambas señoras, estaba en pié y apoyada en la meseta del balcon, una jóven que tenia la distinguida é impassible belleza de una estátua de alabastro. La riqueza de su traje parecia ocupar tan poco, como la admiracion de que era el blanco.

—¿Quién es esa muchacha? preguntó un oficial de Artillería que acababa de llegar á Sevilla, á uno de sus amigos.

—Es Esperanza Orrea, hija de la Marquesa de Val de Jara, que está sentada á su lado.

—¿La tratas? preguntó el artillero.

—Sí, respondió el amigo, somos parientes. Su tatarabuela era prima tercera de la mia. Aquí se les sigue la pista á los parentescos, como el perdiguero á la caza.

—Pues llévame á su casa, dijo el oficial: la hermosa Esperanza me ha dado flechazo.

—¿De ello me libre Dios! exclamó su interlocutor. Son todos los de esa familia y los de su círculo servilones de siete suelas, y tú que te la echas de liberal, serás recibido de ella, como perro en misa.

—Aguardaré, repuso el artillero, á que llegue Carlos Orrea, que es mi amigo, y tan liberal como

yo, para que me presente á ella, é introduzca en su casa la tolerancia, tan necesaria en las idéas, como en la sociedad. Dime, ¿y esa señora de edad que está con ellas, les toca algo?

—Esa señora anciana, que tiene la cara arrugada como una pasa, y los ojos pequeños y vivos como granos de pimienta, es Doña Isabel Orrea, hermana mayor del difunto marqués de Val de Jara. Es viuda del poderoso y muy nombrado Asistente de Sevilla Don Manuel Farfan y Calatrava. Es una excelente señora, y su historia es muy interesante. Muchas veces me la ha referido mi Madre.—A los diez y siete años, lindísima, é hija única del marqués de Val de Jara, estaba para casarse con un hombre á quien amaba. En un año perdió á su novio, que murió de una caída de caballo, le dieron las viruelas que la desfiguraron, y su Padre, volviéndose á casar, tuvo un hijo, cuyo nacimiento la privó de títulos y mayorazgos.—Pero no pudieron estos golpes repetidos agriar su excelente índole.—Se apegó á su madrastra con sincero cariño, y amó á sus hermanos como á sus hijos. El mayor fué padre de la bella Esperanza, de tu amigo Cárlos y de su hermano Fernando. El segundo fué oficial de Marina, y murió en la batalla de Trafalgar, dejando una niña, que crió su tia la Asistentá, y hoy día está casada con el Conde de Palma, nuestro embajador en Lóndres. Casóse Isabel Orrea con el Asistente, hombre de edad y amigo de su Padre, sujeto eminente y de gran va-

ler, que supo apreciar sus cualidades, y la dejó á su muerte el considerable caudal que habia heredado de su Padre, que fué Virey de Méjico.

—¿Y la Marquesa? preguntó el oficial.

—La Marquesa, contestó su amigo, es Doña Inés de Córdoba, de la sangre más azul de la de añil de aquella ciudad del mismo nombre: es virtuosa, caritativa y muy señora, pero orgullosa, intolerante y rígida.— Allí no hay entrada, mi amigo.—Los teatros están proscritos, los bailes anatematizados, los galanteos desterrados, y los obséquios son género prohibido. Así, si quieres seguir mi consejo, dí al mirar á la hermosa Esperanza lo de la zorra de la fábula: «¡están verdes!»

El artillero miró sonriéndose á su interlocutor, y le dijo:

—¿Serán estos consejos de amigo.... ó de competidor?

—¿Yo? exclamó el otro con franca sinceridad: te equivocas mucho. Lo que no he de comer, lo dejo cocer, como dice el refran.

—¿Y ese señor, volvió á preguntar el oficial, que las acompaña vestido de negro, y que tiene empaque de clérigo?

—Es hijo del mayordomo del difunto Asistente, que le educó con intencion de que siguiese la carrera de la Iglesia. Pero como el buen hombre no puede pasar de primeras órdenes á causa de su poca capacidad, teniendo buena letra, le hizo su secretario,

y ha quedado en el mismo puesto con la viuda. Es el hombre mejor del mundo; sencillo como un niño, pero apegado á sus bienhechores con un amor, un respeto y una adhesion que hacen su elogio. Se llama D. Benigno.

Cuando hubo pasado la procesion, las señoras de Calatrava y Orrea, se trasladaron á casa de la primera, que daba aquel dia una gran comida. Era la casa grande y antigua. En el zaguan empedrado estaban las cuadras, cocheras y cuartos de mozos, llamados con este motivo de *escalera abajo*. A la izquierda una cancela de hierro daba paso al gran patio de la casa, rodeado por tres costados de galerías, sostenidas por columnas de mármol; el cuarto lado lo cerraba una verja de hierro, separándolo del jardin que era muy grande, y cuyos espesos bojés, altos cipreses y copudos naranjos, atestiguaban su antigüedad.—Viéndolos tan ancianos, se colegía habian perdido la cuenta de las generaciones de pájaros á quienes habian dado abrigo, y de las generaciones de hombres á quienes habian dado sombra.

Alegraba el aspecto algo austero de esta grandiosa entrada, la fuente, que enmedio del pátio ofrecia sus frescas aguas al que entraba, y el murmullo de la del jardin que se las ofrecia á las flores. La escalera de mármol era digna de un palacio. Al frente, en su ancha meseta, habia un cuadro de Tobar, embutido en la pared por una rica moldura de yeso, representando en tamaño natural las Santas Justa y

Rufina, Patronas de Sevilla: en el techo estaban pintadas al fresco las armas de la casa. La sala muy grande y cuadrada, estaba colgada de damasco carmesí; con el mismo estaban forrados los sillones, de madera de haya tallada y con filetes dorados, cuyos piés terminaban en garras de leon apoyadas sobre bolas: con el mismo tambien estaban forrados los canapés, cuyos respaldos sobresalian con mucho de las cabezas de las personas sentadas en ellos. Entre las ventanas habia dos hermosas mesas de madera finamente esculpidas y doradas; sobre ellas colgaban dos espejitos de cristal verdoso, pero colocados en magníficos cuadros dorados, cuyo dibujo era de exquisito gusto. Éranlo igualmente las mesas rinconeras que guarnecian los cuatro ángulos, y que cubrian bellos jugetes chinescos, y de exquisita filigrana de Méjico. Las ventanas, que no tenian ni visos ni celosías, dejaban entrar la luz del dia en todo su esplendor, sin cuidarse del *petit jour* tan buscado y ventajoso en la coquetería francesa. Las sobrepuestas eran pintadas, y representaban la vida de la VIRGEN. Por una galantería obsequiosa del pintor, se notaba en una de ellas el borrico en que iba montada la Virgen en su huida á Egipto, marcado con la marca perteneciente á las yeguas de la casa, cosa que entusiasmaba á los capataces y yegüerizos, llenaba de orgullo al secretario D. Benigno, y en cuya impropiedad no habia caido mayormente la Asistentá.

La comida servida en bajilla de plata deslució á

la de las bodas de Camacho. En la fabricacion de los postres se invirtió una caja de azúcar.

A los postres dijo la señora de Calatrava:

—Ahora puedo morir en paz! porque he disfrutado del más hermoso día de mi vida. Dios ha oído nuestras plegarias, y recompensado á los leales y valientes. ¡Amigos, bebamos á la salud de nuestro adorado Monarca!

Así se hizo con unánime aclamacion.

—Ahora, dijo la Marquesa de Val de Jara, bebamos por el exterminio de todos los enemigos del Altar y del Trono, esas dos santas y eternas bases de la sociedad.

—No, repuso la Asistentá; en un día tan feliz como este, solo se debe beber al bien, y no al exterminio. Brindemos por todos los valientes defensores de la Pátria, y por el feliz regreso de tus bizarros hijos, hermana!

CAPITULO II.

Frente de Sevilla, pasada Triana, se extiende una llanura que parece bajar de unos altos cerros para venir á beber en las aguas del Guadalquivir.

Dichos cerros forman una curva, y llegan más abajo hasta el rio, en cuyas orillas parecen depositar al pueblecito de San Juan, que se corona de un convento levantado sobre las ruinas de un inmenso castillo moruno, como una cruz sobre un turbante. En las cimas de esta línea de colinas, están sentados como sobre lomos de dromedarios, los pueblecitos de Tomares, de Castilleja de la Cuesta y Castilleja de Guzman.—En el llano están los de Cámas y Santi-Ponce, que guardan la triste bandera negra que enarbolan, como se levanta un grito de angustia cuando

las fuertes arriadas los inundan; á cuyo llamamiento abre Sevilla sus graneros, y envia á sus hijos á socorrer á sus hermanos. ¿A qué tanto recalcar y acudir á la voz *filantropía*, cuando hay una voz más propia, más fuerte, más simpática, mas escuchada, que siempre ha existido y ejercido su inmenso poder entre cristianos, que es la de CARIDAD?—¡No parece sino que con la voz han inventado la cosa!

A la salida de uno de estos pueblecitos, dos jóvenes contemplaban la magnífica vista que se extendía á sus piés.

El uno alto, derecho, de aire noble y distinguido, de perfectas facciones, vestía el severo *peti* del uniforme de guardia walona, y se apoyaba contra un olivo. El otro algo más joven y ménos alto, se habia recostado sobre la yerba. A su hombro izquierdo pendían con un elegante dorman de húsar, los cordones de ayudante; se habia quitado el chacó, y el viento jugaba con los negros rizos de su cabellera.

—Dígote, Fernando, hablaba el húsar, que me alegro ahora doblemente de que hayamos acertado tomando el camino de Badajoz, y de que se haya desherrado mi caballo, puesto que esta tardanza nos proporciona gozar de esta magnífica vista. ¡Qué profundo es el amor á los sitios que nos vieron nacer, que no pueden el tiempo y la ausencia sino aumentarlo! ¡Qué contento estoy de volver á ver esa gallarda Giralda! Esa á lo ménos, no han podido llevársela los franceses. ¡No sería por falta de ganas!

Pero como cantaban nuestros soldados andaluces:

Que no quiere á dos tirones
Ser francesa la Giralda;
Que dice que es española,
Y andaluza, y sevillana.

Así como los aragoneses cantaban á su vez:

La VIRGEN DEL PILAR dice,
Que no quiere ser francesa;
Pero sí la CAPITANA
De su tropa aragonesa.

Mientras nosotros los oficiales repetíamos en coro:

La castellana arrogancia
Siempre ha tenido por punto
Recordar lo de Sagunto,
No olvidar lo de Numancia.
Franceses, idos á Francia,
Y dejadnos nuestra ley;
Que en tocando á DIOS Y AL REY
Y nuestras casas y hogares...
Todos somos militares,
Y formamos una grey!

¡Oh!—prosiguió con expresion,—el entusiasmo no mata, pues de lo contrario no habría un español vivo. Viejos, niños, hombres, mujeres, religiosos, seculares, ricos y pobres, todos, todos un solo grito!..... ¡Oh Fernando! un grito así llega al Cielo!

—¡Cierto, Carlos, cierto!—¡Y llegó!—respondió el guardia walon conmovido.

—Por cierto, prosiguió el húsar, que no cambiaba mi título de español y de ayudante de Palafox por el de Príncipe heredero de cualquiera de los más brillantes Estados de Europa; un soldado de los nuestros improvisado y mal vestido, con el mas soberbio veterano de los suyos; nuestras ruinas con sus palacios!—Ahora si, Fernando mio, que vamos, sin ironía, á descansar sobre nuestros laureles! Laureles de buena ley, que se ganaron contra el extranjero, contra el agresor, contra el que holló el derecho de gentes: laureles de los que no aja el tiempo, ni carcome la envidia!

Pero,—añadió mudando de repente de tono,—¿sabes, Fernando, que acostumbrado ya á otra vida, temo mucho aburrirme con la que se lleva en casa? Me dirás que se vá á hermosas funciones de iglesia; no me divierten. Que tendremos á comer al Padre Salvador de Capuchinos, santo varon, que honro, pero..... que no me divierte. Por la noche la tertulia en casa de Tia, en la que se juega al tresillo, y se bosteza..... no me divierte. No me queda sino echar mano á las travesuras con que me divertía ántes.—¿Te acuerdas, Fernando, aquella noche, que vino Tia á casa, en su viejo coche, tirado por las viejas mulas, con su viejo cochero Juan y su viejo acompañante mi querido D. Benigno; que les corté las riendas y tirantes á las mulas mientras Juan dormía, confiado

y con razon, en su ganado, como en una áncora; y cuando al retirarse estuvieron Tia y su caballero *ser-vente* instalados en el coche, Juan arreó las mulas, que echaron á andar tan cariparejas, guardándose de volver la cara atrás, donde se quedó el coche parado como se estaba? ¿Recuerdas la figura de Juan, con las riendas en una mano, el látigo levantado en la otra, los ojos espantados y la boca abierta, al ver sin comprenderla, la inaudita emancipacion de sus mulas, que tenia por dóciles y sensatas? ¿Tienes presente cómo sacaba por la portezuela D. Benigno su cara asombrada, al ver divorciarse sin auto del Provisor al coche y las mulas, que desde tantos años há vivian en tan estrecha y pacífica union? ¿Y cómo en este silencio de espanto se oia la voz de Tia que gritaba: ¡cosas de Cárlos! de ese gran pícaro, de ese niño insolente, que se divierte á mis expensas?— ¡Aguarda, aguarda, bribonzuelo! que mañana te meteré en los Toribios!—¿Y aquella otra noche en que até con una cuerda la mesa de una castañera á la rueda de un coche? Al echar á andar el coche, la mesa le siguió dando vueltas y saltos como un volatin, y la castañera lanzando furiosos gritos, corria tras de la desertora.

—Pero, Cárlos, dijo el formal guardia walona, lo que hacías entónces, era mal hecho; ahora seria imperdonable. Tia se sentiria, y con razon.

—¿Sentirse? ¿incomodarse? repuso Cárlos, ¡no la conoces, Fernando! ¡Pues si despues de una travesu-

ra estaba aun más cariñosa conmigo! El dia en que le coji la llave de la dispensa á María y robé los dulces y chocolate, mi Madre que lo supo, me condenó con su acostumbrada blandura, á tres dias de pan y agua. Fuíme en casa de Tia, y la dije gimiendo y llorando, que el hijo de su hermano se moria de hambre.—Me llevó en seguida al comedor y me atracó de golosinas, en tales términos que tuve una indigestion. Y el bueno de D. Benigno... ¡con qué admirable paciencia sufría mis bromas, sin que pudiese yo jamás tener el gusto de verle incomodado ó impaciente!

—¡Raro gusto por cierto! observó Fernando.

Cárlos se reía de todo corazon al recordar estos y otros lances de su niñez.

—Pero, hermano, prosiguió Fernando, reflexiona que ya no eres un niño; que debes respetar tanto como amar á nuestra Tia, que es nuestra segunda Madre, y nos quiere con el cariño de tal. Ten presente que tienes poco patrimonio, y que pende de ella tu suerte.

—Hijo mio, repuso Cárlos, quiero y respeto á mi Tia porque es, como dices, nuestra segunda Madre; porque es la mejor de las Tias y la mejor de las mujeres; porque sin un pelo de tonta, tiene el candor y la sencillez de una niña; porque tiene el corazon de un ángel. Tocante á tu segunda reflexion, no tiene ningun peso para mí.—¡Yo! ¡yo hacer nada por cálculo..... á mi edad, con mi génio!—¡Quita allá, Fernando!....

—Pero al fin, tu porvenir... observó su hermano.

—Verdad es que no es el de un Fúcar, respondió Cárlos..... He heredado una casa que vale ochenta mil reales, y tiene noventa mil de censo, un olivar, que han quemado los franceses y una viña que dá vinagre..... ¡Y qué! *El oro es una quimera!* como cantaban los franceses al saquearnos. Y además..... ¿no tengo mi sable, y no te tengo á tí?

Fernando se sonrió con una profunda satisfaccion al oír estas palabras.—Hablas, le dijo, como mi hermano querido y como mi mejor amigo.

En este instante se presentó un criado á avisarles que los caballos estaban listos.

Cuando llegaron á casa de la Marquesa de Val de Jara, su Madre, era tarde, y esta señora acababa de salir para ir á la tertulia de su cuñada, á la que llegaba media hora ántes que los demás concurrentes.

Fuéronse, pues, los hermanos en seguida á casa de su Tia.

¡Cuál no sería el gozo de todos al ver á los dos hermanos, que vieron partir casi niños, y volvian á ver sanos y salvos, cubiertos sus pechos de bien merecidas cruces de honor, despues de tan larga y sangrienta guerra! La Marquesa, palida é inmutada, enmudecia al peso de su profunda emocion.

La Asistentia lloraba á lágrima viva; Esperanza abrazaba tan pronto al uno, tan pronto al otro de sus hermanos; D. Benigno cruzaba sus manos, y levan-

taba los ojos al cielo y su corazón á Dios. Todos los criados, que eran antiguos, habían acudido, y rodeaban á los recién venidos con esa familiaridad á la que les lleva su orgullo, pero que su innata delicadeza y buen tacto impiden ser grosera y salirse de sus límites.

Cárlos, exaltado por su alegría, abrazaba á todo el mundo, y sobre todo á D. Benigno, á quien levantaba en peso, diciéndole al verlo tan apacible:

—Yo he ascendido de cadete á capitán; pero ya veo que Vd. ha ascendido de Benigno á Benignísimo. Voy á condecorar á Vd. con la cruz de Mayo.

—¡Juan! le decía al cochero, no tengo mi navajilla para cortar las riendas de tus mulas,—¿cómo están las matusalenas? ¿andan con muleta?... Pero tengo mi sable que hará sus veces..... te lo advierto.

—¡Oh! decía el cochero, ¡ese ha servido para mejores hazañas!

—María, prosiguía Cárlos dirigiéndose al ama de llaves, no se me ha pasado la afición á las golosinas: guarda bien tus llaves, y pon un vigilante en la puerta de la dispensa.

—¡Ay señorito! respondía la buena mujer limpiándose los ojos, las llaves, los dulces, el chocolate y la que los guarda, todo está á vuestra disposición. ¡Jesus, qué arrogantes mozos están!... parecen dos Generales!

—Tía, dijo Fernando, voy á completar vuestra sa-

tisfaccion con la noticia de que en breve llegará Clara, á quien los facultativos han ordenado pasar el invierno en Andalucía, por estar algo delicada de salud.

—Es cierto que solo eso me faltaba para hacer completa mi satisfaccion, exclamó llena de júbilo la Asistententa.

Entretanto volvió Cárlos la cabeza por todos lados.

—Tia, dijo al fin, nada hay aquí mudado. Parece vuestra casa, señora, un reloj que no anda: nada veo de nuevo, sino el retrato del Rey narigudo.

—¡Narigudo!.. exclamó la Asistententa, ¿cómo te atreves á dar ese dictado á tu Rey? ¡Jesus!.. ¡qué desacato!...

—Y qué!.. dijo Cárlos, ¿no puede acaso un Rey tener la nariz larga como cada hijo de vecino? ¿No-tarlo es un desacato, Tia?

—No la tiene tal, exclamó con calor la Asistententa; pero aunque tuviese una trompa como un elefante, es irreverente que esto lo noten sus vasallos, é indecoroso que se diga. Hijo mio, la corona es un sagrado que consagra al que la lleva de derecho.

—¿Quién le toca á la corona, señora?—respondió Cárlos—¿y qué tiene que ver la corona con las narices?

—Te digo, Cárlos, que esa es una palabra hostil, irreverente, un apodo, que solo supo inventar un revolucionario, y repetir un liberal.

—Vaya, Tia, que dice Vd. *liberal* como si dijese *francés* ó insurjente. Un liberal no es un *bú*, es un buen español, como verbi gracia, un servidor de Vd.

—¡Ave-María!... ¿qué dices? ¿qué estás diciendo? exclamó la Asistentá. ¿Un Orrea liberal, y mancomunado con los descamisados? ¿Se te ha ido la chaveta, criatura?

—¿Con quién has tratado? dijo con voz severa la Marquesa.—¿Has estado acaso en Cádiz, cuna de esos enemigos harto más temibles que los franceses, que emponzoñaban la España mientras sus leales hijos derramaban su noble sangre por defenderla?

—¡Está loco!... exclamó la Asistentá.

—Está pervertido.... que es peor! dijo la Marquesa.

—¡Válgame Dios, repuso Cárlos, y qué explosion! ¡qué erupcion! ¡qué máquina infernal!—¿Qué piensan Vds., amadas servilonas, que es un liberal? ¿Green Vds. que se come los niños crudos, que es un Herodes... un Robespierre?

—Si no son Robespierres, poco les falta, y navegan en sus aguas, dijo la Marquesa.

—Un liberal, añadió la Asistentá, es el que quiere destruir el trono con los derechos de la Corona; el que quiere destruir la Religion con los conventos; la nobleza con los mayorazgos; la España con la imitacion de todo lo inglés y francés; las leyes de la naturaleza, queriendo que seamos todos iguales. ¡Caramba con ellos!...

—No, Tia, no: está Vd. preocupada, equivocada, mal prevenida. Un liberal es el que quiere los adelantos del siglo, y no dormirse sobre las glorias pasadas; está Vd. mal informada si cree otra cosa. Los verdaderos liberales jamás reconocemos otro gobierno que aquel á cuyo frente está el Rey, y que solo profesa y consiente la religion católica.

—Eso es, dijo la Marquesa con vehemencia, el oro con que se dora la píldora, que una vez tragada, hará los estragos de su contenido veneno. Ya lo hubiese probado el tiempo, si los hombres que se vieron en la revolucion de Francia, que empezó con esas mismas palabritas bien sonantes, no hubiesen abierto los ojos al Rey y á sus consejeros. Extraño, añadió dirigiéndose á su hijo Fernando, que tú veas con tranquilidad esa defeccion de un caballero á su sangre, de un católico á sus principios, de un hijo á la autoridad de su familia.

—Madre, contestó Fernando, no creo que dos hermanos tan queridos se deban desunir por opiniones. Pero tú, Carlos, deberias haber reflexionado que nadie, pero ménos un hijo, debe chocar con las opiniones de sus mayores.

—Es cierto, repuso Carlos, que deberia haberlo tenido presente, así como que la intolerancia es el distintivo del modo de pensar contrario al mio.

—No es su distintivo, dijo la Marquesa, es su derecho: el error tolera, la verdad condena.

—¿Y quién es juez competente? dijo Carlos.

—Dios en el cielo, la experiencia en la tierra! respondió la Marquesa.

—Hermana, intervino la Asistentá, lo que ha dicho Cárlos muda de especie. Los que reconocen y respetan los derechos del Altar y del Trono, y quieren al Rey y á la Religion católica, sean cuales fuéren en lo demás sus opiniones, en lo esencial están de acuerdo con nosotros. Así, hijo mio, buen mozo mio, con tal que en tu vida vuelvas á decir el Rey narigudo, somos amigos y estamos de acuerdo. Entre un liberal como tú, y una servil como yo, no hay un pelo.

—Ninguno, Tia mia, respondió Cárlos; no hay más diferencia, sino que Vd. me dirá *só*.... y yo responderé *arre*.

CAPITULO III.

La casa solariega de los Condes de Palma, estaba preparada, y sus tías reunidas en ella para recibir á la Condesa.

—¡Cuánto equipaje ha enviado Clara por delante! dijo la Asistentá. Veo tantas cajas y baules, que estoy para mí que ha dejado vacías las tiendas de Lóndres y París.

—Las mujeres de por allá, respondió la Marquesa, parece que no piensan más que en divertirse, componerse y estar en competencia. ¡Dígote que estarán divertidas! Bien puedes creer que los médicos la envían aquí, en parte por sacarla de esa vida agitada, en la que la noche se hace día, el placer pasión, las cabezas frívolas, los corazones secos, las saludes se aniquilan y los caudales se disipan.

—Cuidado me dá Clara, dijo la Asistentá, ella que siempre fué delicadita como un jazmin: tampoco me gusta el método curativo de ese famoso médico que trae consigo, que la tiene á dieta y caldos de pollo! Se me figura eso como natillas de suero.

—Dice Fernando que el tal médico, que goza de gran renombre, tanto en su facultad como en punto á ilustrado, es un pedante insufrible, un filósofo, un espíritu fuerte, segun se apellidan los de su clase. Viene aquí igualmente por su salud.

—¡Sea por el amor de Dios! exclamó la Asistentá, ¡y qué apunte se nos entra por las puertas! Pero aseguro que bien puedo oírle hablar contra el Rey ó la Religion..... que le he de caer encima, como Santiago sobre los moros!—Ni una le he de dejar pasar! Tan cierto como dos y tres son cinco; ¿y tú, Inés?

—Pienso, respondió la Marquesa, evitar cuestiones no recibéndolo.

En este instante paró á la puerta una carretela de viaje, y un momento despues entró la Condesa acompañada de Fernando y Cárlos, que habian ido á recibirla.

Era una jóven de veinte y cinco años, graciosa y bien parecida, aunque algo pálida y desmejorada: venia sencilla y elegantemente vestida á la extranjera.—Llevaba una dulleta de seda guarnecida de ricas pieles; una gorguera de tul formaba bufanda alrededor de su cuello; unos vuelos de batista pri-

morosamente bordados, caían sobre su pequeña y blanca mano: cubría su cabeza una sencilla capota de seda verde.

Abrazó á sus Tias y prima con vivas demostraciones de cariño y alegría.

—No hallo mudanza alguna en Vds., mis queridas Tias, decia; y eso que hay ocho años,—¡media vida!— que no las veo. Solo á Esperanza, que dejé una niña de diez años, la hallo una mujer hermosa; sí por cierto, que estás hermosa, prima mia, añadió abrazando á Esperanza que se sonrojaba; solo, hija mia, que estás horriblemente *fagotée*.

—¿Que está qué?... preguntó la Asistentá.

—Mal vestida, respondió la Condesa.

—¿Mal vestida? repuso muy admirada la Asistentá. ¿Qué dices... criatura? Una saya de alepin con un fleco de botonero de media vara, con golpes y hombreras, una toquilla de tul de seda bordada con oro, una mantilla de punto redondo; media de seda calada, zapatos de raso blanco, peineta dorada. ¡Vaya, Clara, no sé en qué piensas!

—Es preciso, contestó Clara, dar más vuelo á la nagua, batir esos rizos...—¡Y Vd., Tia mia, siempre luciendo ese pelo blanco; eso es un cinismo!—es un *que se me dá á mí*, de mal tono. La traigo á Vd. de París una peluca y unas cofias del mejor gusto.

—¡Jesus! ¡Virgen del Cármen!—Exclamó la Asistentá, ¡yo peluca! ¡yo cofia! ¿Quieres que salga por ahí hecha una irrision, y espantando á las gentes?

¿intentas que me lleven á San Márcos?— ¡Peluca yo!..
¡Dios me favorezca!

—Le quitarán á Vd. diez años, Tia.

—Pero yo no me los quiero dejar quitar, sobrina. Si fuéramos en realidad..... no digo que no; pero en apariencia... ¿á qué? ¿Te figuras que yo quiero hacer alguna conquista? Una vieja con monitos como un conejito de rifa?— ¡quita allá, Clara!

—Una señora de talento, repuso la Condesa, decia que no se componia para parecer bien, sino para no parecer mal.

—Pues yo que no lo tengo, te digo, Clara, que no quiero al fin de mis años ponerme monerías ni ringoragos que no gasté cuando moza; que estoy muy bien avenida con mis canas; y que aunque me dieras un niño de oro, no me ponía yo ese pelo de muerto sobre mi cabeza.

—Dime, Clara, ¿qué tal te ha ido por esas córtés, y qué tal está tu marido? preguntó la Marquesa.

—Há dias que no tengo cartas del Conde, respondió Clara.

—No te pregunta por el Conde, sino por Juan María tu marido, observó la Asisenta.

—En esa inteligencia he contestado, repuso Clara.

—¿Y qué, exclamó su Tia, tú llamas á tu marido el Conde?

—¿Acaso no lo es? contestó la Condesa.

—¡Andar!... dijo la Asisenta: oye... ¿y le das tratamiento?

Clara soltó una carcajada, y abrazó á su Tia diciéndola: Tia, es lo recibido entre gentes de buen tono, y hasta en las que quieren aparentar tenerlo, nombrar á su marido por ese título, si le tiene, y sino... Señor...

—¡Vamos allá! ¡vivir para ver! ¿Y ese *buen tono*, se extiende á padres, hermanos, tios y primos? ¿Tendremos para tener *buen tono* que llamarte Condesa, hija mia?

—¡Oh, no! respondió Clara, eso no, Tiita mia, y la besó la mano.

—Ea, bien, prosiguió la Asistentá; ¿con que ese *buen tono* solo se entiende con el marido, como el ménos allegado, y de más cumplido?

—Ese *buen tono*, hija mia, lo han inventado los buenos matrimonios que inventaron el otro *buen tono* de apartar cama: ¡por vida de los *buenos tonos*!

—¡Qué feo y qué anticuado está todo esto!—dijo la Condesa mirando por todos lados;—esta es la mansion de la misantropía. ¡Jesus! ¡qué sillones! requieren una máquina de vapor para moverse. Esas ridiculas cornucopias habrán servido en las bodas de Mari-Castañas; ¡qué damasco tan lúgubre! ¡qué cuadros tan tétricos y tan sombríos! Este salon es capaz de dar el esplin al mismo Brunet.

—¡Horribles! exclamó asombrada la Asistentá. ¿Dónde has visto muebles más ricos en el extranjero que estos, de exquisita talla y brillante dorado? ¡género más suntuoso que el damasco; paredes más

magníficamente cubiertas que lo están estas, con cuadros de Velazquez y Murillo; de tal valor, que están vinculados para asegurar su conservacion?

—Todo está muy bueno, y es muy á propósito para una Iglesia, repuso la Condesa; pero ni es propio, ni está de moda en salones de sociedad. Ya verá Vd., Tia, como todo lo voy á transformar, y cuánto mejor le parecerá á Vd. la casa despues.

—Tú eres dueña de tu casa, y puedes hacer lo que te acomode. En cuanto á mí, te advierto que la más pequeña mudanza, me há no solo de disgustar, sino de afligir. Clara, á las familias, á las casas, á los muebles les dá la antigüedad un sello de nobleza que lo moderno envidia, y que no compensan ni la riqueza sin raices, ni la moda variable y sin bases. Al cabo de algunos años, lo que aquí pongas ahora, será vulgar, sin tener el sello de su época; será viejo sin ser antiguo; y puede que esa veleta que llamas moda y buen gusto, adore lo que ahora ridiculiza.

—¡Ah! dijo de repente Clara, para cortar la conversacion, y no contradecir más á su Tia á quien amaba tiernamente.—Y su niña de Vd., Élia, ¿se conserva tan preciosa? ¿dónde está que no la he visto?

—Élia, contestó con visible satisfaccion la Asistentta, está más bonita que nunca, seis años há en un convento, por que se me decia que la mimaba mucho, y que no aprendería nada á mi lado.

—¿Pero... está en el convento para siempre? preguntó con viveza Clara.

—¡No, no, eso nó! contestó su Tia; porque aunque ella está muy contenta, es regular y conveniente que salga de allí y que esté á mi lado. Si prefiere el convento, siempre será tiempo para que vuelva á entrar.

—¡Por supuesto! exclamó Clara; y por cierto que hay un año que debería Vd. haberla sacado, y se hubiese ahorrado un año de fastidio.

—No se fastidia, dijo la Marquesa, está buena y contenta, y tan distante de desear el salir, que la constará muchas lágrimas tener que verificarlo.

—Es preciso que conozca el mundo, la vida, y que disfrute de su juventud, opinó la Condesa. Emparedar la juventud y la hermosura... eso es monstruoso, Tia.

—¡Cuánto deseo verla! exclamó Cárlos; ¡lo que hemos jugado juntos cuando niños! Siempre Esperanza la defendia contra mí, que me divertía en asustarla. ¿Te acuerdas, hermana?

—Sí, sí, dijo la Asistentá; ¡tú siempre fuiste una linda alhaja!

—¡La sacaré Vd., no es verdad, Tia? replicó Cárlos; le prometo á Vd. no asustarla, ni volver á hacerla llorar.

—Sí, la sacaremos, respondió la Asistentá; así reuniré alrededor mio, prosiguió con efusion, cuánto amo en este mundo. ¿La sacarémos, no es verdad, Inés?

Dijo esto último dirigiéndose á su cuñada, porque

se habia acostumbrado á confiar en el firme y lucido juicio y la acertada prudencia de la Marquesa, y no quedaba plenamente satisfecha en sus resoluciones, si no eran sancionadas por la aprobacion de esta señora.

La Marquesa, á quien visiblemente habia desagradado el giro de la conversacion, se contentó con responder:—Ya sabes, hermana, que mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena.

Cuando la Asisntenta con su acostumbrada y franca viveza iba á contestar, se apareció en la puerta un caballero de edad, alto, flaco, primorosamente vestido y llevando gafas de oro sobre sus puntiagudas narices. Andaba con dificultad, cual si adoleciese de gota.

—Este es, dijo la Condesa, asi que le vió, nuestro íntimo amigo D. Narciso Delgado, á cuya ciencia y cuidados deben Vds. el verme viva. Es persona que sabrá pronto recomendarse á sí misma mejor de lo que yo puedo hacerlo.—Suplico á Vds. le miren, como yo lo hago, como á un individuo de la familia.

Don Narciso Delgado saludó con mas afectada política que afable cortesanía, disculpándose de presentarse en traje de camino.

—¡Qué estafermo! dijo la Asisntenta á media voz á su cuñada; quiéreme parecer que se nutre de sus recetas de caldo de pollo.

Aprovechó D. Benigno este instante para acer-

carse á Clara, y darle con mucha deferencia la bienvenida.

—¡Oh, amigo D. Benigno! contestó esta con afabilidad; ¡distruida de mí, que no me habia acordado de Vd! Cuánto celebro verle bueno, sin que haya pasado un dia por Vd.

—¿Quién es ese Dómine? preguntó á media voz Don Narciso á la Condesa, echando una desdeñosa mirada sobre la poco elegante y vulgar figura del secretario.

—Es hijo de... empezó á contestar Clara, pero la Asistentita la interrumpió diciendo estas palabras, que recalcó con afectacion: Es D. Benigno Cordero, *mi amigo*. Deseo y espero le mire Vd. como un individuo de *mi familia*, como lo hago *yo*.

Don Benigno se ruborizó como un niño... Era Don Benigno lo que el mundo llama un ¡infeliz, y lo que un observador profundo llama un hombre honrado, un corazon sano. No tenia un grande entendimiento. ¿Y á qué habia de tenerlo? El entendimiento es un lujo, á veces inútil, á veces nocivo; es una antorcha ó una tea, segun las manos que lo manejan; y como dice de Lavergne, es el peor enemigo del corazon... Pero si no tenia entendimiento, tenia D. Benigno, en cambio, uno de esos buenos sentidos que si, como aquel, no son soles, son estrellas fijas.

Rara vez en el pequeño círculo de cosas que manejaba, pedia consejos; no por despreciar el voto ageno, sino porque jamás vacilaba en una alternati-

va. Si bien no era capaz de una heroicidad, no habia bien á que pudiese contribuir que no lo hiciese; y si tal vez le faltaba energía y fuerza, no tenia una sola inclinacion mala. Miraba las pasiones de los hombres como enfermedades, lastimándose de ellas, pero sin escandalizarse: todo lo atenuaba su benevolencia, á pesar de darle su comportamiento justificado derecho á la severidad.

Tenia D. Benigno otra bella cualidad que se va perdiendo por dias, de tal suerte que la buscarán nuestros nietos, como nuestros abuelos buscaron la piedra filosofal; la de tener un gran aprecio hácia los hombres y por las cosas; y sucedia que sin cálculo por su parte, recibia el reflejo de la luz en que á otros ponía.

Tenia á su señora, á quien tanto debia, el cariño de un perro; y entiéndase que si sacamos como punto de comparacion ese cariño, es porque lo consideramos como el más perfecto.

CAPITULO IV.

Al dia siguiente la Asisntenta se levantó á las siete, como tenia de costumbre, y se fué á la iglesia. Oyó dos misas sentada en una sillita baja que le trajo un monaguillo, preguntó al sacristan por el Cura que estaba indispuesto, examinó detenidamente un altar que cuidaba, rezó sus oraciones, reconvino á un niño que estaba con irreverencia, echó su contingente en el cepillo de las Animas, dió al salir algunas limosnas á pobres que aguardaban su salida, y entró en su casa con el corazon ligero, como el que empieza santificando el dia con la oracion y buenas obras, y con el estómago lo mismo, como el que se levanta temprano y hace ejercicio. Pasó al comedor, donde le fué servido el almuerzo, que consistia en huevos con jamon, chocolate y tortas.—Fuése luego á una

salita que precedía á su alcoba, en donde halló sobre una mesa varias papeletas y cartas, que D. Benigno se puso á leerla. Eran las primeras, convocatorias, partes de casamientos, de mudanza de casa, de nacimientos y de muertes. Entre estas se halló una de un hombre bueno y honrado, que dejaba á su pobre viuda en una situacion lastimosa.

—Voy al duelo, dijo la buena señora; quiero ir temprano, ántes del entierro.

Iba á levantarse, pero D. Benigno la detuvo, diciéndola habia una carta de su apoderado de Madrid, sobre un pleito que allí tenia.

—No tengo tiempo de oirlo, dijo la Asistentá; voy en casa de la pobre viuda; y diciendo esto se puso en pié.

—Señora, exclamó D. Benigno alarmado al repasar la carta, hemos perdido el pleito, escuche Vucencia.

—No, respondió la señora con la misma serenidad, he dicho que no tenia tiempo.

—Pero, señora, prosiguió apurado D. Benigno, es que dice el apoderado que debemos apelar al Consejo.

—¡Dios me libre! respondió la Asistentá.

—¿Y porqué, señora?

—En primer lugar, porque detesto los pleitos, y celebros se acabe este aunque se pierda; en segundo lugar he oido decir que la parte contraria es necesitada, y acá somos ricos; tercero, porque cuando han

condenado los primeros jueces, razon tendrán. Con que así, dejemos las cosas como Dios las ha dispuesto.

Dió la Asisenta algunos pasos para irse, pero Don Benigno lleno de angustia exclamó: ¡condenados tambien á pagar las costas! ¿Cómo hemos de hacer eso?

—Metiendo la mano en la faltriquera y sacando el dinero, dijo la señora. ¿No hay en los almacenes aceite y en los graneros trigo largo? pues venda usted.

—¡Vender por necesidad de dinero! exclamó escandalizado D. Benigno, que era tan bueno como celoso administrador.—No, señora, no; los precios están en baja; hay dinero de sobra, no lo digo por eso; y es que aun hay mas; las cuentas son exorbitantes: mire V. E.

—No haré tal, y ménos sin espejuelos; he dicho á Vd. que no tenia tiempo, y que me iba en casa de la pobre viuda.

—Aquí hay una carta que tiene trazas de pedir limosna, dijo D. Benigno.

La Asisenta se volvió atrás, y se sentó.

Don Benigno engolfado en examinar las cuentas, no lo advirtió.

—¿Y esa carta? preguntó la Asisenta.

—Perdone la señora, dijo confuso D. Benigno, como habia dicho V. E. que no tenia tiempo.....

—¿Y cuándo no lo he tenido para oír las plegarias de los pobres? dijo la digna señora.

Don Benigno abrió la carta y leyó:

«Señora:

»Una infeliz, postrada sobre una estera, se dirige á V. E. cuya caridad es tan notoria, para que la remedie. Estoy tan desvalida y desnuda como el día en que nací.—Déme V. E. medio de taparme mis carnes, para que en la próxima hora de mi muerte no le vuelva la espalda el ángel de mi guarda á mi desnudez.—Con esta obra de caridad hará V. E. en las próximas Pascuas de Navidad una envoltura al Niño Dios, que la dará el premio en esta vida y en la eterna (1).»

La Asistenta llamó á María.

—Irás á ver á esa pobre, María, la dijo, y llevarás lo que necesite.—D. Benigno, avise Vd. al médico y boticario, que le suministre los medicamentos por mi cuenta. Ahora que me acuerdo... ¿fué crecida la del mes pasado?

—No señora, seiscientos reales (2).

—¡Vamos allá! es buena la salud pública. Y con esto, no me detengo más.—María, mi mantilla.

Antes de proseguir digamos dos palabras sobre esta buena sirvienta.

Era María una mujer de cincuenta y seis años, en

(1) Esta carta en efecto la escribió ó dictó una pobre. Estas cosas no se inventan: ya lo hemos dicho otras veces.

(2) En esto hay tan poca exageracion, que podríamos nombrar varias señoras cuya cuenta mensual en las boticas para aliviar pobres, excede de esta suma.

extremo aseada, dispuesta, hacendosa y fiel, pero padecida, cascarrabia y regañona. Había sido en su juventud largos años doncella de la Asisntenta:—cásóse talludita con un maestro de escuela, y tuvo dos hijos. Pero en el año de la epidemia grande perdió á su marido, sus hijos, y hasta un débil retoño, que estaba criando. Por ese tiempo habiendo necesitado la Asisntenta un ama de leche para la niña Élia, volvió María á entrar en la casa con este objeto, en la que permaneció despues en calidad de ama de llaves.—Era, como dice una expresion vulgar, los piés y manos de la señora, que la quería mucho, le daba grandes alas, y descargaba en ella y en su mayordomo Pedro todos los cuidados del arreglo interior de la casa. Para María no habia secretos, ni llaves echadas. En todo metía su cucharada, y en honor de la verdad, con tino y acierto. Habíala comunicado su señora la noche anterior la intencion que tenia de sacar á la niña que habia criado, del convento, con lo que María que era muy vehemente, se habia vuelto loca de alegría.

Iba á salir la Asisntenta cuando entró la Marquesa.

—¿Qué buen pensamiento te trae por aquí á estas horas? exclamó la Asisntenta al verla.

—Deseo hablarte á solas, contestó la Marquesa.

Don Benigno, despues de dar respetuosamente los buenos dias á la Marquesa, que le apreciaba mucho, se retiró; María le siguió despues y de mala gana:—Una visita á estas horas... iba diciendo entre

dientes, no me huele bien. ¡Mis narices pongo á que es para dar consejos á quien no los ha menester! Tan fijo tuviese un mayorazgo, como lo es que intenta echarle otra llave más á las puertas del convento en que está Élia, esa hija de mi corazon! ¡Nunca la ha querido bien! siempre se le figuraba que se le mimaba.

Habiéndose sentado las cuñadas en el canapé, dijo la Marquesa:

—Querida Isabel, ayer quisiste que te diese mi parecer acerca de tu propósito de sacar á Élia del convento.

—Sí, contestó la Asistenta, que al punto recordó con disgusto la escena del dia anterior: recuerdo muy bien tu respuesta desabrida, hermana.

—No era razon de hablar con libertad y con des-pacio de una cosa grave; y creo que el paso que vas á dar, necesita meditar-se. Ante todas cosas, Isabel ¿cómo vas á colocarla?

—A mi lado, contestó la Asistenta.

—¿Pero sobre qué pié? ¿con qué título?

—Con el de mi hija.

—¿Y sabes acaso si las gentes la concederán ni el puesto ni el nombre que no son suyos?

—¿Quién podrá disputarle lo que yo le otorgue?

—Aquellos que saben que no está en tu poder, ni aun en el de Dios, el hacer que lo que ha sido, no haya sido; aquellos que saben que la legitimidad, esa santa y noble procedencia que creó la nobleza, no

admite ingertos sobre su poderoso tronco, que solo nutre sus ramas; cuanto ménos una parásita.

—¡Válgame Dios, Inés! contestó la Asistente, ¿acaso para tratar, apreciar y querer á esa niña angelical, tendrán ántes que mirar su fé de bautismo y sus pergaminos? ¡Le preguntas, por ventura, á la rosa, cuya vista y perfume te encantan, si se crió en una maceta de china de la Granja, ó en un tiesto de barro de Triana?

—No sé considerar las personas en el mundo como flores en florero, repuso la Marquesa. Es preciso considerar las cosas más sériamente; no se puede dejar el porvenir como una veleta al soplo del acaso. El verdadero cariño no es ciego; es previsor. ¿Qué felicidad sólida tienes que ofrecer á esa niña en el siglo, en compensacion de la que goza en el convento, en el que desea quedarse?

—Ninguna.

—¿Pues qué te mueve á sacarla?

—El amor que la tengo.

—Es un amor mal entendido, Isabel.

—El amor solo lo entiende, el que lo siente, Inés.

—Pero.... ¿qué ventajas resultarán ni para tí ni para ella de esta salida?

—Para ella, el que ántes de elejir estado, conozca el que renuncia, y elija libremente el que prefiera. ¿Habíala yo de ocultar un bien con el fin de que no le apeteciese? No.—Para mí, el tenerla yo á mi lado, para que alegre mis últimos años, como alegra el

ruiseñor el día que se apaga. Muerta yo, tiempo es, si quiere, de volver á su convento.

—¡Hermana, puede que entónces sea demasiado tarde! Ante todo, Isabel, para decidir una cosa es preciso prever todos los resultados que pueda tener; considerarla bajo todos sus aspectos.

—Inés, si el temor de los infinitos resultados que pueden tener las cosas trabase nuestros procederes bien intencionados, pocas se llevarian á cabo.

—Al ménos, Isabel, no partas de ligero; tómate tiempo, piénsalo bien; tiempo será despues.

—Hermana, dijo con viveza la Asistentá, el que echa por la calle de *Despues* llega á la plaza de *Nunca*.

—La prudencia precavida ha impedido muchas desgracias, Isabel.

—La prudencia precavida ha sofocado muchas buenas intenciones, Inés.

—Pues si nada te hace fuerza, dijo la Marquesa levantándose; si te empeñas en obrar sin pararte ni meditar lo que vés á hacer; si mis consejos son nulos, y hasta parecen incomodarte, no me queda más que hacer, sino pedirte que te acuerdes que te los he dado, y desear que no te arrepientas de no haberlos seguido.

Apénas habia salido la Marquesa, cuando entró María con una cara que parecía un punto de interrogacion.

La Asistentá, como toda persona viva de génio, mimada y feliz toda su vida, era voluntariosa y tenia

su voto en gran estima, tanto más cuanto que solia ser siempre un brote de su corazon.

—María, dijo á su ama de llaves, ponte pronto la mantilla, y despues de ir á ver á la pobre enferma, vete al convento, y dile á la Abadesa de mi parte, despues de darla muchas expresiones, que tenga á bien consentir en que de aquí á tres dias mande por la niña; que ya es tiempo de que me la traiga á mi lado, y que todos mis sobrinos están deseando volverla á ver.—Y ahora, voy en casa de la viuda; y no me detengo más, aunque viniese el Obispo.

Diciendo está salió, dejando á María llena de júbilo.

Esta, que con su agudeza andaluza, habia adivinado el motivo de la venida de la Marquesa, conociendo el carácter de su ama, vió sus sospechas confirmadas por la órden que acababa de recibir.—¡Que venga, dijo para sí, con consejos de prudencia, miramientos mundanos, y categorías orgullosas! ¡Todo se estrella contra la firme bondad del corazon de mi señora!

CAPITULO V.

Algunos dias despues, estaban la Asistentia y Don Benigno sentados en el cuarto de la primera. Leia Don Benigno el Año cristiano.

—Déje Vd. el Año cristiano, dijo la señora, en la que se notaba suma impaciencia: el capítulo de hoy no tiene fin. Lea Vd. algo del Quijote.

Don Benigno obedeció echando una triste mirada sobre el libro del Padre Croisset, con el cual su grave y devota índole simpatizaba más que con el Quijote, cuya tendencia le era instintivamente anti-pática, y en el que le chocaba saliese siempre mal parado un caballero de tan buenas intenciones.— Pero apenas hubo leído cinco minutos, cuando le interrumpió de nuevo la señora.

—No más, no más, D. Benigno, exclamó: me

aburre esa novela de Dorotea; además hoy es su leer de Vd. tan uniforme, que se me figura oír salmodiar á los frailes. ¿Qué hora es?

—La una y cuarto, respondió el lector, sacando del bolsillo un reloj de plata, redondo como una cebolla.

—¡Vaya si se hacen aguardar! dijo la Asistentta, ¡y á mí que no me gusta aguardar! bien lo sabe esa pesada de María; pero esa..... en empezando á charlar, no sabe cuando acabar.

—Como las madres monjas quieren tanto á la niña, opinó D. Benigno, las despedidas serán tiernas y largas.

—¡Y mis sobrinos que me dijeron habian de venir á las dos, y no la hallarán! prosiguió la Asistentta. Inés fué la que no ofreció venir á verla; no quiere ni puede disimular el desagrado que la causa la salida de mi niña del convento, y esto me agua el placer tan grande que tengo en traerla á mi lado. No está esto bien en Inés, puesto que yo en mi vida la he acibarado un goce.

—Señora, repuso D. Benigno, yo no he notado tal cosa, y se me hace imposible, que á su señora hermana le pueda parecer mal nada de lo que V. E. haga.

—¡Ya!—dijo cada vez más impaciente la Asistentta,—si en punto á reparar, se le escapan á Vd. los horricos volando!.... Y en punto á disculpas es usted capaz de hallarle alguna á la traicion de Judas.

—¡Jesus! exclamó al oír el reloj de la iglesia, las dos!

—¡Válgame Dios, señora, dijo María, que al entrar la había oído, no parece sino que le han dado á V. E. en la cabeza! Señora, el convento no está á la vuelta, y hay mucha tierra que meter debajo de los piés ántes de llegar y volver.

—¡Hija de mi corazón! exclamó la Asistentá, al ver á Élia que seguía á María, y olvidando, como todos los impacientes, su incomodidad al cesar lo que la causaba.

Élia corrió á echarse en los brazos que la abrió su Madre.

Era Élia de mediana estatura y perfectamente formada. En su cara fresca y sonrosada brillaban unos ojos negros, que á no haber sido tan perfectos y rasgados, y de una espresion tan dulce, hubieran parecido desproporcionados al lado de sus diminutas facciones; pero era su mayor atractivo la mezcla de viveza y de candor, de alegría y de honddad, de gracia y de sencillez, que se manifestaban en toda ella, en cuanto hacía y en cuanto decía. Vestía un jubon de estameña negra, de manga larga y ajustada, unas enaguas de lo mismo plegadas al rededor de la cintura; llevaba al cuello un pañuelo blanco de muselina tupida, prendido debajo de la barba con un alfiler; calzaba zapatos de cordobán con hebillas de plata, y su pelo partido desde la frente hasta la nuca, formaba dos trenzas, que colgaban por sus espaldas hasta casi llegar al suelo.

—Hija de mi alma, repitió la Asistente al notar que Elia lloraba, ¿porqué lloras? ¿No vienes acá con gusto? ¿no quieres ya á tu Madre?

—¡Qué señora! dijo María, esto es que las monjas con sus despedidas y sus lloros la han enternecido. ¡Pues no habia de venir con gusto!... ¡vaya!

—¿Quieres volverte al convento? preguntó la Asistente.

—No, señora, contestó Élia; no quiero separarme de Vd. nunca, nunca! Pero..... iré á ver á las Madres á menudo, ¿no es verdad?

—Cuando quieras y se te antoje, ángel mio, contestó la Asistente. Pero no llores; yo no puedo ver lágrimas, ya lo sabes; si las puedo secar, las seco todas; y si no..... se me pegan; y yo no quiero llorar, porque luego me duele la cabeza.—Así, ven acá, añadió estrechando á la niña sobre su pecho, aquí te prometo que se te han de secar todas las que viertas.

Abrióse entónces la puerta, y entraron la Condesa, Fernando, Carlos y D. Narciso.

Élia se volvió hácia los que entraron, y todos quedaron admirados de su belleza.

Clara abrazó por repetidas veces á Élia, y dijo mirándola de pies á cabeza:

—Dios mio. Es preciso ser bonita como una Venus para parecerlo aun con semejante disfraz! ¿Se visten así las pupilas en los conventos? ¡qué atrocidad! Élia, ¿me reconoces? ¿te acuerdas de mí?

—Sí, respondió ésta sin cortarse, Clara, ya sé que sois Condesa de Palma, me acuerdo de la hermosa muñeca que me regalásteis ántes de iros, y que me dijisteis amparase á la pobre huérfana. Tambien me dísteis los ratoncitos blancos; pero todos se han muerto! ¡Qué dolor!

—¿Élia, y de mí te acuerdas? dijo Cárlos.

—¡Cárlos!... exclamó Élia, y una dulce y alegre sonrisa se mezcló á sus lágrimas que aun corrían brillantes por sus sonrosadas mejillas:—¿te figuras tú, que tus galones, tus bigotes y cruces, te disfrazan tanto que no te reconozca? Harto mejor te sientan que tu mantéo de estudiante que te divertías en desgarrar.

—¿Y de mí os acordais, Élia? preguntó Fernando.

El color subió á las mejillas de la niña al oír suprimir el franco tú que habia gastado Fernando con ella, y contestó con un sentimiento penoso:

—Sí señor: en el convento nada se olvida, ni nada se altera.

—Y qué..... ¿acaso piensas, exclamó Cárlos que en el mundo se olvidan las relaciones de cariño? No, no. ¡*Sor Malos-juicios!* Si supieras cuánto me acordaba de tí, cuando caian las balas al rededor mio!..... y me decia: esto no es tan alegre como cuando Élia y yo nos tirábamos bellotas y garbanzos tostados. Y más adelante en los saráos, cuando veia una brillante concurrencia de señoras, me decia: «más bonita es Élia que todas estas.»

—Esto es demasiada galantería para gastarla con

una monjita, opinó la Condesa. Aguarda siquiera para ensartar tus piropos, á que la vista razonablemente, y á que cuelgue los hábitos. Tia, añadió dirigiéndose á la Asistentá, me la llevo; y á la hora de la tertulia la volveré á traer vestida como se debe; pues así, hecha una caricatura como está, no se puede presentar delante de nadie.

—Clara, hija mia, mañana cuidaremos de eso, contestó la Asistentá.

—¡Nada, nada, hoy mismo! repuso Clara: está *impresentable*; está hecha una ridiculez! ¡Consienta usted, Tia! no mequite esta diversion: harto pocas hay en nuestra antediluviana Sevilla.

—Dejadme hoy con mi Madre, dijo Élia, ¡tengo tanto que decirla! y tantos recados de las monjas que darle..... y que entregarla todos estos regalos que la envian. Diciendo esto sacó de un canastillo una porcion de regalitos primorosamente trabajados.

Al verlos prorumpió el señor Delgado en una risita sardónica, que acompañó con el archivulgar y malévoló refran de: bizcochito de monja, costal de trigo.

—Así dicen, repuso la Asistentá, las *almas piadosas* que se lleva Barrabás, al ver á los ricos dar á las pobres monjas.

—¿Pobres monjas?... exclamó el señor Delgado, entes egoistas, cuando no son débiles víctimas, que por capricho, despecho ó pereza se separan de la sociedad, figurándose entre sus cuatro paredes, elevadas sobre el género humano; envidiosas, maliciosas,

murmuradoras, muy anchas por llevar á Dios un corazón que nadie ha querido.

Élia, asombrada al oír aquellas palabras, huyó instintivamente de aquel hombre acerbo, y se arrojó á su Madre.

—Señor, señor, exclamó ésta, ¿dónde vá Vd. á parar con su ensarte de vejámenes? Habla Vd. de los conventos, como el ciego de los colores. ¿Sabe Vd. lo que en ellos he visto yo, que tanto los he frecuentado? Matronas de ochenta años con almas de niñas; la dignidad de la ancianidad apareada á la inocencia de la infancia: he visto serafines de veinte años, sin saber que eran jóvenes y bonitas, ignorando el precio que á esto se pone en el mundo. He visto una serenidad de alma desconocida en el siglo, y que no se altera ni aun á los piés del confesor; he visto esas existencias pasar en este mundo, suaves, puras y en silencio, como los hilos de María que vagan entre el cielo y la tierra. He visto á esas monjas, que Vd. se atreve á calumniar; las he visto llevar la vida como una pluma, sin contar los años; y aguardar la muerte, como un tránsito.

—Tia, mia,—dijo Clara para borrar la incomodidad que habian causado á la señora las palabras del protejido filósofo,—déjeme Vd. llevarme á Élia. Tenemos la misma estatura; mi doncella le arreglará uno de mis trages, y la peinará; y esta noche cuando vea Vd. la metamórfosis que se opera, me dará usted las gracias.

Diciendo esto cogió la mano de Elia, se echó á correr arrastrándola tras sí, y á poco se oyó alejarse rápidamente su carruaje.

—No hay modo de rehusar nada á esa picarilla zalamera de Clara, dijo la Asistentá: no estraño que Juan María hubiese olvidado el *no*, como de ello se jacta esa voluntariosilla.

Prendados habian quedado todos de Élia: Cárlos al volver á su casa, no habló de otra cosa; Fernando calló, por no aumentar con sus elogios la repulsa que habia notado tenia su Madre á la salida de Élia del convento.

A la noche se reunió la tertulia. Jugaban la Marquesa y la Asistentá. Alrededor del gran brasero de plata estaban sentadas algunas señoras.

—Con que..... dijo la Baronesa de San Bruno, dicen que está ahí la niña Élia.—¿Qué idea se habrá llevado la Calatrava en sacar á esa expósita del convento?

—Está claro, contestó Doña Marianita, que era una solterona de edad, parienta pobre de los Orreas, excelente criatura, sin pretensiones, sin acritud, y agradecida á la familia que la mantenía.—Claro es; tenerla á su lado, y dejarla plena libertad para que elija estado. En esto, como en todo, se ha portado como Madre.

—¿Con que es portarse como Madre, repuso la Baronesa, criar á una expósita como á una señorita, sacarla de su esfera, darla tales humos, distraerla de

la vida monástica, para luego casarla con un lacayo..... como es de presumir?

—Yo no creo que se haya de casar con un lacayo, dijo Doña Marianita; es buena, linda, bien criada, rica, porque Isabel la dotará.....

—¿Y cree Vd., dijo la Baronesa, que porquè tenga dinero, se ha de querer casar con ella, no digo yo un caballero, pero ni aun una persona decente?

—¿Quién sabe, opinó la Generala Rios, si sus Padres son ilustres?.... ¿No ha podido Vd. nunca averiguar nada sobre esto, Marianita?

—Ni una palabra, contestó la interrogada, todos han guardado sobre esto un silencio inviolable.— Cuando la epidemia grande, se fué Isabel al campo, y á su vuelta la trajo consigo: no sé más. María que crió á la niña y la adora, es un arca cerrada. Pedro el mayordomo, un candado; Juan el cochero, un pez; Don Benigno, por supuesto mudo; é Isabel que es boquifresca, me dijo un dia que le preguntaba, que la niña era hija del gran Turco; y al ver mi asombro añadió:—Marianita, al que quiere saber, mentiras en él.

—Por cierto, añadió la Baronesa, que la Calatrava, que se vacia como un canasto, no ha callado sino una cosa en su vida; pero esa la ha callado bien.

—Puede, dijo la Generala, que coincidiendo su nacimiento con esa desastrosa epidemia, faltasen los Padres de esa niña á un tiempo, y se la encargasen á la Calatrava.

—Bien puede ser, contestó Doña Marianita, porque á la niña le ha dicho que es hija de una amiga suya, que murió cuando ella nació.

—Pues entónces, ¿á qué ese misterio? dijo ágricamente la Baronesa.

—Ahí está lo incomprendible, respondió Doña Marianita: pero sus motivos tendrá Isabel, y serán buenos.

—Desengáñese Vd., repuso la Baronesa, nada bueno se calla con tanto empeño.

Entró en este instante la Condesa, trayendo á Élia de la mano. Venía ésta vestida con un traje de crespon blanco con moños rosa, y una guirnalda de rosas en la cabeza. Era imposible figurarse una aparición más idealmente linda. Sin reparar en nadie corrió hácia la Asistentá, y con una sonrisa radiante de infantil alegría la dijo:

—¡Mire Vd., Madre, qué bonita estoy!

—Como un ángel del cielo, contestó la Asistentá mirándola con satisfaccion.

Todos concurrieron á celebrarla.

—Se ha coronado de rosas, dijo D. Narciso Delgado, para celebrar su salida y emancipacion del convento. Eso está en el órden.

Élia se quedó sorprendida y suspensa un momento, y luego asió la guirnalda, que tanto placer la habia causado, y arrancándosela de la cabeza:—Si hay quien pueda pensar eso.... dijo,—¡no quiero llevarla!

CAPITULO VI.

Cuando la Condesa de Palma hubo acabado de arreglar su casa, y transformarla al gusto moderno, ayudada en esta ocasion por los entendidos consejos del elegante D. Narciso, dispuso dar una comida, tanto para sorprender á su familia y amigos, como para obsequiar á unos extranjeros que le habian sido recomendados por su marido.

La Marquesa no pudo asistir por hallarse algo indispuesta, y Élia, á quien intimidaba un convite, pudo lograr el pasar ese dia en el convento.

A las diez de la noche del mencionado dia estaban sentadas á un magnifico brasero de caoba y azófar la Marquesa y su hija Esperanza, cuando oyeron un coche que llegaba aceleradamente, y se paró á la puerta.

—¿Quién podrá ser á estas horas? dijo Esperanza sorprendida.

—¿Si será tu Tia? repuso su Madre.

—¿Cuándo han andado tanto sus viejas mulas? repuso sonriéndose Esperanza.

Abrióse entónces con estrépito la puerta del gabinete, y entró la Asistenta de prisa, seguida de su sombra D. Benigno, tan descolorido y sombrío que parecia la de Nino.

—¡Hermana!—¡Tia! exclamaron al verla la Marquesa y su hija.

Pero la Asistenta sin atenderlas, se tiró en el canapé, se echó atrás la mantilla, y se puso á abanicar con tal violencia que rompió su abanico. No se la oían sino su respiracion agitada y exclamaciones sueltas, tales como ¡Jesus María! ¡Tales cosas!... ¡el demonio no intenta otra!.... ¡podrá darse!

—Qué sofocada estás, Isabel, dijo la Marquesa ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido?

—Antes de todo, Inés, contestó la Asistenta, que me hagan chocolate.—Vengo mareada y con el estómago perdido.—¡Semejante comida!—Y yo, con cerca de ochenta años áuestas ¡que me conforme á estos usos, porque son los de Lóndres y de París!... ¡Vaya, vaya, eso faltaba! Esperanza, le dijo á esta, que salia á disponer que trajesen el chocolate,—no olvides que D. Benigno toma onza y media.

Cuando los criados se hubieron vuelto á llevar las salvillas del chocolate y los azafates de dulces y

bizcochos, la Asistentá reconfortada ya, hizo la siguiente relacion á su cuñada.

—No hubiese podido dormir, hermana, si antes no hubiese venido á desahogarme contigo, contándote el zafarrancho que mi dichosa sobrina ha hecho en su casa. ¡Hija, es solo para visto! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué espíritu de destruccion y de trastorno! No parece sino que el mundo tiene una calentura cerebral con delirio.. ¡innovar! ¡innovar! ¡este es el asunto! ¡Ay! cómo aborrezco á todos los innovadores, empezando por esos señores de las Córtes, y acabando por ese estafermo ridículo de D. Narciso, que en todo ha de meter sus puntiagudas narices. En fin, vengamos al caso.

Fuí en casa de Clara á las dos. ¡Figúrate mi asombro cuando al entrar en el patio, veo que han quitado la fuente con su gran mar, llena de peces colorados, y la hermosa estátua del caballero armado, las magnificas macetas de boj, que eran la admiracion de Sevilla; arrancado los ladrillos y azulejos que formaban en graciosas labores el pavimento del patio!.. Lo han dejado terrizo y plantado en él sáuces llorones!.....

—¿Qué tal? me dijo Clara muy ancha.

—Al primer tapon, zurrapa, respondí: ¡cómo has tenido valor, Clara, para tocar á esta antigua estátua, que parecia formar parte integrante de la casa?

—Querida Tia, me contestó, las gentes de gusto la hallaban mal esculpida y desproporcionadamente grande: solo podria colocarse al final de una calle de

árboles, para formar perspectiva. ¿No es mucho más agradable ver y oír caer el agua en estas varias tacitas de alabastro?

—Pero..... ¿y los bojés? dije, ¿qué tenías contra ellos? ¿eran acaso también desproporcionadamente grandes? los bojés, que son el tipo de la nobleza entre las plantas; que ni se hallan silvestres en el campo, ni en ninguna casa ordinaria!.... ¡los bojés, cuyo perfume es tan distinguido! que nunca mancillan el suelo con hojas secas, puesto que las estaciones los hallan inamovibles como si no hubiese Tiempo para ellos! graves plantas que no forman sus enormes bolas sino después de haber vivido siglos en las familias, que las veneran, y al contemplarlas, sienten impulsos de preguntarles por sus abuelos y de encarregarles cariños para los biznietos!!.....

—Tía, respondió Clara, si están en unos jarrones de loza de Triana azules y blancos, de lo más antiguo, chavacano y de mal gusto!.... Además, no me gustan las plantas oprimidas y forzadas en su desarrollo; esto les quita la gracia.

—¿Qué querías, Inés, que le contestase á semejantes *sinfundos*? Subimos. ¡Querrás creer que la antesala está despojada de la magnífica colección de retratos de familia, que con la de los Marqueses de Moscoso, tenía fama en Andalucía! Díjome Clara que los había trasladado por un sin fin de razones sin pié ni cabeza, á la galería de los cuartos de su marido.

Ha pintado las paredes de verde mar, y ha colgado en ellas una porcion de retratos de hombres ilustres, segun me dijo, en marcos de caoba. Fuilos mirando con cuidado; ¡Inés: no habia ni uno español! En el testero, en lugar del cardenal, tio de su Bisabuelo, hay un viejo muy feo con una cara de zorra hambrienta. Al vérmelo mirar con sorpresa, me dijo ese D. Narciso de mis pecados: Este excelente buril es el retrato del incomparable Voltaire.—¡*Voltaire!* exclamé, ¿ese hombre inícuo cuyas obras están prohibidas, y cuyas máximas se condenan en el púlpito? Pues señor, ¡asi como la cara son los hechos!—¡Sobrino, buen trueque has hecho!

Entré en el estrado: no está menos trastornado. El damasco voló; la sillería se ha desterrado; y en su lugar se han puesto sencillos taburetes de caoba sin brazos.—Los cuadros vinculados se han trasladado á la librería; en su lugar se han puesto unas láminas, Inés, que dá vergüenza el mirarlas! Hay una *Diosa*, segun dicen ellos, abrazada con un pastor, que dá bochorno.—¡Es posible, Clara, le dije, que puedas poner á la vista cosas tan indecentes?... ¡una mujer casi desnuda!

—La belleza ideal se eleva sobre los sentidos físicos, saltó diciendo sentenciosamente D. Narciso.

—Señor, le dije, póngale Vd. debajo á esta que es una belleza ideal, porque no se le conoce. Por acá entendemos que el pan es pan, y el vino es vino; y que una mujer desnuda es indecente.—¡Clara, Clara!

Si existiese la Inquisicion te habian de hacer quemar esas láminas.

—¡Inquisicion! exclamó D. Narciso dando un salto atrás y tapándose la cara con ambas manos; señora, esa palabra quema la boca del que la pronuncia, y los oidos que la oyen!

—¡Ah señor Delgado!, le dije, si tuviera Vd. la conciencia tan limpia como la mia..... ni la palabra ni la cosa le habian de asustar!

Ofrecióse Clara á llevarme al jardin, con la esperanza de que me agradarian más las mejoras que en él habia hecho.

Me propuse aplaudirlas, porque conocí lo mortificada que estaba al ver que nada me agradaba.— ¡Pero fué imposible, hermana! Ha echado abajo el risco de la fuente; el negro montado sobre un caiman con el plato de piñas en la mano, creo que ha ido á parar á Guinea con sus semejantes; las tortugas, las culebrillas, los lagartos entrepuestos con tanto arte entre las conchitas, han desaparecido, y no se solazan ya al sol; los bojes que estaban á la entrada, criados y cortados de modo que dibujaban las armas de la casa en el suelo, ese primoroso trabajo de tantos años..... esos bojes que parecian haber crecido en honor de la familia..... sin respeto ni misericordia han sido arrancados!—No hay ya flores finas ni de olor: en su lugar ha plantado árboles y arbustos de los más comunes; los caminos los ha desenladrillado y trazado veredas torcidas y caprichosas, como niños

mal criados; el día en que haya llovido será preciso poner en el jardín un coche, ó mandarse hacer zapatos de piel como los hombres.—¡Qué devastacion, Inés!—parte el corazón, é indigna! ¿no es verdad, don Benigno?

Don Benigno no respondió.

—¡Cáspita! exclamó impaciente la Asisntenta; ni un cañon de á veinte y cuatro saca á este santo varon de su *friata*!

—Señora, contestó D. Benigno, no me compete á mí censurar lo que haga la sobrina de V. E.

—Dice bien como siempre, D. Benigno, opinó la Marquesa.

—No dice bien, repuso con viveza la Asisntenta. Cada uno tiene su boca para censurar lo que lo merezca; y ser de mi familia, no es para él ni para nadie un sagrado.—Mas prosigamos mi curiosa relacion.—Eran á esto cerca de las tres.—¿Pero cuándo comemos, Clara? pregunté!—A las cinco, me contestó.—¡San Antonio! exclamé, ¡á las cinco!.... ¿y mi estómago, que está desfallecido? ¿y mi siesta?

Clara mandó que me trajesen una taza de caldo, y se fué á vestir.—Hija, el tal caldo de cocinero francés, es primo hermano de su caldo de pollo; yo me eché, por ver si hacia al ménos una *canóniga* (1).

A las cinco vino Clara á buscarme, y fuimos á la mesa. Entre los extranjeros habia uno vestido de

(1) Llámase así la siesta que se *echa* antes de comer.

(N. del E.)

negro, que era francés, con el que se deshacía en obsequios el Narciso.—¡Pongo diez contra uno que están murmurando de España! dije á Clara.—Tia mia, dijo ésta, las opiniones son libres; es una intolerancia absurda pretender que todo aqui sea lo mejor, y no poder sufrir en este punto la más mínima observacion en otro sentido.

El Capitan General que en este instante me ofreció la mano para pasar al comedor, me impidió contestar á Clara; pero á éste le dije:—Como dé Vd. un pasaporte para el extranjero, perdemos las amistades, General: tiempo será de darlos, cuando los extranjeros nos aprecien, y hagan justicia á España; cuando los miremos como buenos amigos, y no como obligados modelos; y ese dia llegará (aunque yo no lo vea) más pronto de lo que se piensa; porque todo vértigo dura poco.—Pero dígame Vd., ¿quién es ese D. Narciso francés con quien el Narciso español está á partir un piñon? Díjome que era un famoso violinista que debia dar un concierto en el teatro. ¡Andar! dije yo. ¡Andar! ¡De aqui á las tablas!..... ¡Andar! No iré yo á oírle, porque imposible que no toque la Marsellesa ó cosa que lo valga.—Pero vamos á la comida, hermana. ¡No habia olla!—Clara, le dije á la Condesa que estaba cerca de mí, ¿se le ha olvidado á tu cocinero el cocido?

—No, Tia, respondió Clara riéndose: sino que yo no lo cómo nunca.

Ví entónces al Narciso, que se volvió al del vio-

lin, y le dijo: «¡Pais de rutina, *mon cher*, pais de rutina! Desde que el primer español puso la olla, ninguno ha sabido comer otra cosa.»

Hice como que no lo oía; pero me estaban dando ganas de decirle el refran del pájaro. Inés, muchos platos habia, pero todos guisados con manteca de Flandes, que me hace daño por lo flatulenta que es.

—Aguardé, pues, al segundo servicio; pero figúrate que en lugar de pavo y jamon veo que ponen... ¿qué pensarás?... ¡Una pierna de venado! Clara, la dije, ¡venado...! ¡cosa que no comen aquí sino los pobres!

—Señora, me respondió, toda clase de cacería, pero en particular el venado, es en Lóndres y París el asado preferido.

—Eso será, respondí yo, por la sencilla razon de que allá será esa carne mejor que aquí, que tiene husmo y es correosa.—Las gallinetas daban en la nariz; pero D. Narciso metió las suyas para imponerme en que en eso consistia su mérito principal. Hazme el favor, Inés, de hacerte cargo que está la perfeccion de la cacería en estar pasada!—¿Pero cuándo traen el pavo, Clara? la pregunté.—Tia, me contestó, ese es un asado poco delicado, es una gansería.

—¡Una gansería el pavo! Nada me queda que oír, ni que contarte, hermana. Cuando asi se tergiversan las ideas y los paladares, se debe, para no chocar, callar; y para no dejar las gentes sin comer, no convidarlas. Un pastel habia; ¿de dónde le habian traído, D. Benigno?

—De Strasburgo, respondió éste; mucho mas allá de París, señora.

—¡Valía la pena! prosiguió esta. ¡Qué grasiento! ¡Qué ñoso! ¡qué empalagoso! Los postres fueron de los mas deslucidos; nada de nuestras ricas tortas y dulces; algo de repostería, frutas... y santas Pascuas.—¿Y las tortas, Clara? la dije, ¿y los dulces?—Tia, me respondió, no me gustan los dulces españoles.—¿Y por qué? pregunté.—No saben á las frutas, dijo en tono de sentencia el Narciso; tienen demasiado azúcar.—Pues qué! le contesté ¿queria Vd. que tuviesen sal? En fin, para no cansarte más, Inés, cuando á la noche trajeron los criados bandejas con tazas, y pensé refrigerarme el estómago con chocolate, me hallé que eran tazas de té.—¡Muchas gracias! dije á Clara que me lo ofrecia: no tomo ese cocimiento sino cuando estoy indispuesta.—Me levanté y me vine; y á Dios, que es tarde, y Juan tendrá frio en el pescante, y me voy á tomar ojos de cangrejos, que me ha sentado á perros la comida. Quedas, pues, enterada en las nuevas disposiciones de nuestros regeneradores.—Para tener una mesa de buen tono, debe la cacería oler mal, los dulces hacerse sin azúcar, ostentar en ella una pierna de venado en el lugar preferente, y desterrar al pavo, que es una *gansería*..... ¡Vea Vd., el pavo una *gansería*! repetía la Asistentita bajando las escaleras.

CAPITULO VII.

—Estás produciendo más flores que la primavera, dijo un día María al entrar en el cuarto de Élia, hallándola sentada delante de una mesa cubierta de flores de mano.

—No solo estoy haciendo flores, contestó Élia, sino que tambien estoy haciendo versos.

—¡Versos! exclamó María asombrada, ¿quién te ha enseñado á hacer versos?

—Nadie, respondió Élia; los he hecho por los del Triságio: conté los renglones, imité las rimas, y me han salido muy bien. ¡Tenia tantos deseos de hacerlos!

—¿Y esos versos, son?... dijo María.

—Para el dia festivo de mi Madre, el dia de mañana. Le he hecho este canastito, prosiguió enseñán-

dole una cestita de hilillo de plata, que llenaré con estas flores, y le ofreceré con mis versos.

—¡Bien, bien, niña mia! dijo María dando palmadas ¡bien! eso me gusta. Me voy, pues, para no entretenerte; que yo tambien tengo mucho que hacer.—Pero antes de irse, volvió á mirar una por una las flores con la mayor complacencia;—en verdad, Élia, dijo, que el jardin te las envidiará; no las produce el sol mas bellas; ¡qué chasco podrán dar á las abejas!

Al dia siguiente todos los felices moradores de la casa se levantaron con semblantes alegres; todos los corazones volaron al encuentro de su señora... Don Benigno, el primero, la presentó una torta, tamaño como una plazuela, adornada de flores, en proporcion de su tamaño; entre estas, una sofocada rosa, que llevaba como troféo de sus hechizos una mariposa de papel con ojos de mostacilla, pegada con goma en su robusto seno.—Más que la pomposa torta valieron sus sencillas, pero tiernamente sinceras felicitaciones. Todos los criados de las haciendas, habian acudido trayendo sus regalos, que consistian en pollos, conejos, frutas, tortas de aceite y masa frita. Todo lo admitió la señora con suma complacencia. Era demasiada la delicadeza de su corazon, para sentir, ni ménos demostrar disgusto, como lo suelen hacer los ricos, ya por orgullo, ya por lo que les cuesta el haber de retribuir, al ver á los pobres meterse en gastos y hacer sacrificios para obsequiarlos

con cosas supérfluas para ellos. El fin y anhelo de esas buenas gentes era agradarla, complacerla, y lo lograban por completo.

Temprano llegaron sus parientes, que la traían ricos regalos de plata y oro, escribanía, rosario, cajeta; la Condesa un lindo almuerzo de china. Esta suplicó en seguida á D. Narciso leyese él mismo la oda que había compuesto para aquella ocasion.

Empezó, pues, este señor la lectura larga y monótona de una oda, que oyó la Asistenta visiblemente aburrida. Cárlos bostezando, y la Condesa con repetidas señales de admiracion.—Acabó al fin, puesto que todo acaba en este mundo; que esta es la verdadera é infalible ley de las compensaciones.

—¿Pero dónde está Élia? preguntó Cárlos, que no se hallaba sin verla.

—No sé, respondió la Asistenta, ya la he echado de ménos; dí que la llamen, Cárlos.

Pero en este momento se abrió la puerta, y Élia, radiante como el sol, el corazon en la sonrisa, el alma en los ojos, entró precipitadamente con la canastilla de plata llena de flores en las manos.—Seguía la María, más ancha que larga. Pero á la vista de tantas personas, y de los hermosos regalos expuestos sobre la mesa, se quedó Élia repentinamente parada.

—Niña mia ¿por qué no te acercas? dijo la Asistenta: ¿es acaso este regalo para mí?

Élia continuaba inmóvil.

—Vaya... le dijo María, ¿por qué no presentas tu

regalo? ¿es porque has visto aquellos tan ricos? Amigo, cada uno hace lo que puede; y tu trabajo y tus noches pasadas en vela bien valen lo que esos otros regalos han costado.

—Dice bien María, añadió la Asistentita; y lo que yo aprecio en el tuyo, como en todos, es la voluntad, el deseo que mostrais de obsequiarme y complacerme.

—Anda, dijo María, dando, sin que los demás lo notasen con el codo á Élia, ya ves que la señora da á tu regalo el precio que pudiera faltarle.

Élia se acercó á la Asistentita, y la presentó cortada y en silencio su canastillo.

—De ese modo no, dijo María; dálo como lo tenias pensado, diciendo tus versos; precisamente han de ser muy bonitos, pues los has compuesto por unos del Triságio.

—¡Versos! exclamaron todos: la Condesa soltó una alegre carcajada, y D. Narciso estiró sus delgados labios en una sonrisa heróica.

—María, dijo Élia á su ama en tono de reconvenccion, esto era para entre nosotras solamente. Mira cómo me has puesto, y con razon, en ridículo.

—Bien dice el refran, dijo con un poquito de calor Don Benigno al paño á María, que vale mas un enemigo discreto que un amigo nécio: ¡qué ganas de sacar á luz las gracias de la pobre niña, para que se rian de ella!

—¡En ridículo!... decia entretanto la Asistentita

contestando á Élia, de ninguna manera, hija mia; lo que nace de cariño nunca puede serlo.

—¿Lo ve vd., *D. Enmienda-planas*? dijo á su vez al paño María á D. Benigno.

—¡Vamos, niña, dime tus versos! prosiguió la Asis-
tenta. A bien que no se van á imprimir ni á echar á
volar por ahí, y que no tienen mas camino que an-
dar que de tu corazon al mio, que están bien cerca.
Apuesto, añadió, viendo que Élia aun vacilaba,
apuesto á que me van á causar un gran placer.

—¿Que mas quieres, premiosa? dijo María al oido
de Élia.

Élia, se acercó á la Asis-
tenta y dijo con voz tré-
mula y bajando sus ojos llenos de lágrimas.

Niña mi Madre perdí,
Y al separarnos la losa,
Quiso mi suerte piadosa
Otra Madre darme en tí.
Por premio de tus favores
Si oye Dios mis oraciones,
Derramará bendiciones
Sobre tí... como yo flores!

Al decir esto vació el canastillo en las faldas de
la Asis-
tenta. Esta la estrechó sobre su corazon, y cu-
briendo su frente de besos, le dijo con los ojos arra-
sados en lágrimas:

—Son tan sencillos, tan ingénuos y tan dulces co-
mo tú: ¡bien sabía yo que asi sería!

—Y ahora.... exclamó triunfante María dirigiéndose á D. Benigno, ¿que dice Vd. del amigo nécio? Y dirigiéndose á D. Narciso, añadió:—Ahora, señor mio, ¿negará Vd. que se pueden hacer buenos versos sobre los del Triságio?

—¡Oh sí! contestó D. Narciso, ¡lástima es que Boileau haya olvidado este nuevo método en su arte poética!

—¿Y no se pueden hacer versos, sino á guisa del señor Bolo? repuso María.

—Hable Vd. de tortas y de enjabonados, replicó con altivez el señor Delgado, y no desatine sobre poesía...

—¡Habrás visto!..... murmuró María, ¡cigarronmas envalentonado!

Las impresiones que causó esta escena, fueron diversas. La Marquesa ocultó en silencio la desaprobacion que le merecian las celebraciones exageradas, á su entender, los cariños excesivos, las infinitas lisonjas que se prodigaban, como otras tantas malas simientes, á una niña modesta y sencilla, que con estas cualidades estaba expuesta á perder el reposo y felicidad de toda su vida.

Fernando, sin dejar de simpatizar con su Tia, empezó á vislumbrar con seria inquietud la viva impresion que aquella niña encantadora iba haciendo en el apasionado carácter de su hermano.

La Condesa, por su parte, se entusiasmó tanto con los versos de Élia, que dijo le parecian un ramito de

florechitas del campo,—y suplicó á D. Narciso los corrigiese y se los escribiese en su album. Pero el señor Delgado se negó á ello, pretextando se ajarian las *florechitas* al pasar por su tintero.

—¡Y no dice mal! murmuró Cárlos al oido de Élia; porque más valen tus versos, á pesar de que no son una gran cosa, que su oda, cuyos alejandrinos parecen fabricados tomando por modelo, si no las estrofas del Triságio, la larga, seca y tiesa estructura del autor.

Pero quien estaba como quien vé visiones, y agachando humildemente su cabeza ante la triunfante María, era D. Benigno... ¡Hacer versos! esto era para sus justos, pero cortos alcances, cosa equivalente casi á la hazaña de Colon! Sobre áscuas habia estado al ver que su querida y sencilla niña, ciertamente instigada por María, que era caridelantera, se habia metido en ese berenjenal. Pero apénas vió la aprobacion que le merecieron á la Asistenta, cuya opinion era para aquel ente consagrado, identificado á su señora, el todo, cuando la alegría y la admiracion no le cabilan en el pecho. Y como su moderacion y respeto no le permitía jamás mediar en la conversacion general, se prometió desahogarse á la mañana siguiente, yendo al convento, para participar lo ocurrido, á la Abadesa y á toda la Comunidad.

Por lo que toca á María, poco la cogió de nuevo que agradasen y fuesen excelentes unos versos hechos por los del Triságio.

—A todo esto, Élia, dijo la Asistentita, tú no has almorzado; anda, hija mia, vé á desayunarte, y toma algo de las muchas tortas y dulces que hay en el comedor: anda, que es tarde, y ayer ayunaste.

—¿Ayer ayunó Vd.? dijo con su risita satírica y acibarada el señor Delgado; pues no creo fuese dia de ayuno, ni que Vd. tenga la edad.

—Verdad es, respondió Élia; pero lo hice por devocion y por gusto.

—¿Y halla Vd. gusto, señorita, dijo el Narciso, en sentir desfallecimiento, y cree Vd. es una devocion el tener el estómago vacío?

—Sí señor, respondió Élia...

—¿Y cuál es, señorita?... ¿me lo querrá Vd. explicar? preguntó el filósofo con ironía.

—El que se halla, respondió Élia, en hacer un sacrificio.

—Cuando trae alguna ventaja al objeto á quien se lo hacemos, se puede comprender. Pero, señorita, ¿qué ventaja resulta á Dios de que su estómago de usted esté vacío?

—Ninguna; como de nada que podamos hacer en su obsequio, respondió Élia. Por eso su Divina Magstad admite las intenciones y recibe los corazones, pues al fin es lo único bueno que tenemos.

—¡Digo! ¿y es poco, exclamó María, poner con el ayuno freno á los apetitos, oponer la templanza á la gula? ¿imitar á los grandes modelos de los justos y santos de todo tiempo?

Pero el señor Delgado , sin dignarse atender á María, dijo á Élia:

—Créame vd. , señorita : para ser buenos , no es necesario privarse de los bienes que el *Ser Supremo* nos ha dispensado para disfrutarlos. Seámos morales, virtuosos, tendamos una mano á la humanidad doliente, doblemos una rodilla ante el *Divino Hacedor*...

—¿Y porqué no las dos? exclamó con viveza la Asistentá.—Élia, prosiguió, se te olvidó decir al señor, que ha aprendido en Inglaterra á definir el ayuno, que el ayuno es un *precepto* , y que por lo tanto consiste su principal mérito en la *sumision* que obedece, en la *humildad* que no examina, en la *deferencia* que respeta , en la *abnegacion* que cumple lo mandado, y en el público testimonio de fé en la infalibilidad de la Santa Madre Iglesia, que tan sábiamente y con tan santos fines lo ordena todo. Señor Delgado, añadió, estais en un pais católico, en una casa católica, ante una señora (á Dios gracias), católica , y ya que no conoceis que son vuestras palabras anti-católicas, que chocais en el pais y en la casa , y que me ofendeis á mí, preciso es que yo os lo advierta.

CAPITULO VIII.

Solo aguardaba la Asistenta á que pasase su dia para trasladarse á una de sus haciendas ; porque le agradaba y le sentaba bien. La Condesa, á la que el aire del campo habia de ser provechoso , y á quien gustaba variar de objetos, consintió gustosa en acompañar á su Tia.

Tambien Fernando y Cárlos accedieron complacidos á la invitacion.

Élia estaba loca de contenta de ir al campo , que llamaba un gran jardin, asi como á su convento llamaba una pequeña ciudad.

Salieron , pues , en uno de esos hermosos dias, que crea alli el invierno para avergonzar al verano, con direccion á un pueblecillo cercano, en cuyo término tenia la Asistenta haciendas y cortijos.

Iba esta señora en un vetusto coche de camino, tirado por cuatro vigorosas mulas. A las matusalenas, como las nombraba Cárlos, no se las daba tales malos ratos, y quedaron en vacaciones.

Montaban á un lado del coche Pedro, y al otro el capatáz, armados con sus escopetas.

Precedíale la Condesa en su lijera carretela, tirada por dos caballos normandos rabones, que habia traído del extranjero.

Fernando y Cárlos montaban dos soberbios potros que les habia regalado su Tia, y eran los mejores de sus yeguas ; ambos vestían el lindo traje de campesino andaluz.

Fueron recibidos en la casa-hacienda que tenia la señora en el lugar, por el Cura y muchos criados de campo.

Era la casa grande, destartalada, mal pergeñada, escasa de muebles, y estos, el desecho de la de Sevilla. Hacía con su espacioso ámbito, su erguida fachada de piedra y hierro, y su gran pórtico coronado con las armas de sus dueños, el más perfecto contraste con esas casitas de campo sin cimientos, de yeso y celosías, que se pueden colocar sobre una batéa, como primoroso juguete, que los ingleses y sus imitadores llaman *cottage*, y que duran ménos que las vidas de sus poseedores. La Condesa hubiese dado media docena de haciendas como la de su Tia por un *cottage*. La Asistentá se hubiese ahogado en este, que no hubiera dejado de llamar una jaula.

Agolpáronse alrededor de los carruajes una porcion de chiquillos de todos tamaños, que estáticos y con la boca abierta, miraban la comitiva, pero en particular el coche de la Condesa. De allí á poco saltó una voz que dijo primero quedo, pero que se fué levantando por grados, uniéndosele otras muchas, hasta formar una especie de asonada, repitiendo en un *crescendo* estrepitoso:

—¡Caballos sin cola! ¡Caballos sin cola!

Al oír esta explosion de sorpresa y de asombro, la Condesa y Cárlos se echaron á reír á carcajadas. No así el señor Delgado, que alzó el palo lleno de ira, y amenazando con él aquel hormiguero ruidoso:

—¡Quereis, exclamó, jarapastrosos, callar y respetar los caballos de los señores?

Los chiquillos echaron á correr y se dispersaron como una bandada de gorriones; pero con la temeridad de tales, volvieron al punto, y animados por las risas de la Condesa y de Cárlos, se pusieron á gritarle al Narciso, que acertaba á llevar una gorrita de castor gris:

—¡Miren el tío de la monteruca de papel de estraza! ¡Monteruca! ¡monteruca!

El señor Narciso que vió el pleito mal parado, se alejó furioso, y se salió por una puerta falsa al campo, murmurando entre dientes:—¡Beduinos legítimos! ¡Hotentotes! ¡Bárbaros! ¡esto está por conquistar!

Pero el mal nombre le quedó en el pueblo; en

el que solo fué conocido el elegante y distinguido huésped de los salones de Londres y París, por *monteruca*.—;Bien dice el refran que nadie es profeta en su tierra!

Los dias se fueron pasando alegres y uniformes, haciendo romerías ya en coches, ya en burros, á las haciendas de los alrededores. Las noches eran las que se les hacian algo largas. En una de estas, en la que el viento mugia amenazando con temporal, se habian reunido temprano. Clara, recostada sobre un sofá pintado, que estaba modestamente cubierto de una manta de coco blanco, apoyaba su linda cabeza sobre uno de los cojines.

—El tiempo en que uno se aburre, no debería ontarse en la existencia, le dijo á Fernando que estaba sentado á la otra parte del sofá, leyendo á la luz de una bujía colocada sobre un alto velador, cartas que habia recibido de Sevilla; porque mira, Fernando, que aburrirse y envejecer á la par, es ciertamente miel sobre hojuelas!

—¿Y porqué te aburres, Clara? dijo su primo.

—¡Vive Dios! respondió Clara, ¡vive Dios!—Como se dice en esas disparatadas piezas antiguas de nuestro lucido repertorio,—que tal pregunta no se haría en la montaña. ¿Conque tú, el *beau*, la *fleur des pois* de los salones de la córte, me preguntas con la gravedad de un turco, porque me aburro aquí, en la soñolienta Sevilla, que se recrea en su

inmovilidad como un Brahma Indio, y en su oscuridad como una lechuza?

—A riesgo de parecerse un sevillano oscuro é inamovible, te diré, Clara, que á veces me aburrí allí, y que jamás me aburro aquí.

—*¡Chacun son gout!* dijo Clara:

En materia de gustos
Nadie dispute;
Que para ser de gusto...
Basta que guste.

—Penderá el no aburrirme en estar á tu lado, prima.

— Siento, Fernando, aunque te quiero de todo corazon, no poderte pagar el cumplido en la misma moneda.

—Cárlos, añadió dirigiéndose á éste que atizaba la chimenea: ¡qué mal lo haces! qué humo! nos vas á ahumar como chorizos extremeños! De las tres cualidades necesarias al que ha de sobresalir en dirigir una chimenea, poeta, enamorado ó loco, posees al ménos la última.

—Y quizás las otras dos *in petto*, respondió Cárlos; pero no consiste en mí el que haga humo la chimenea; consiste en su pésima construccion.

María, á quien no faltaban pretextos para no dejar la ida por la venida, entró en este instante diciendo:—¡Jesus, y que mal huele el inglés!

Llamaba María así á un reverbero de pared que la Condesa habia traído de Lóndres, y regalado á su Tia, el que colocado á un lado de la chimenea, alumbraba de lleno un papel público inglés, que Don Narciso leía vuelto de espalda á la chimenea. Empezaban entónces á introducirse estos alumbradores, para desesperacion de todos los Pedros y todas las Marías indijenas, que no atinaban á saber manejar su complicado mecanismo; y llevaba razon María, porque el mal cuidado reverbero daba en aquella noche de atmósfera húmeda y espesa, un tufo insoportable.

—¡Oh Condesa! exclamó de repente D. Narciso con tal vehemencia, que hizo pegar su exclamacion un sobresalto á la Asistenta que estaba sentada al otro lado de la chimenea en una butaca, y un respingo á Élia, que sentada al lado de la señora en un banquito ó alzapié, hacía unas primorosas medias caladas con hilo de pelo.

—¿Qué ha sucedido? preguntó la Asistenta.

—Se ha hecho, contestó D. Narciso, el mas asombroso descubrimiento en esa isla, no de cisnes, como dice la poesía, sino de titanes, como muestra la verdad positiva. Se ha aplicado la fuerza motriz del vapor á las fábricas, con maravilloso éxito!

—¡Qué hombres! ¡qué génios! dijo distraida y *banalmente* la Condesa á quien no interesaba lo más mínimo el gran descubrimiento.

—Y ¿qué ventaja tiene eso que á Vd. le extasía

de tal suerte? preguntó la Asistente. Vamos á ver, ¿qué es ese gran descubrimiento?

—¡Ojalá sea, dijo María al paño, un reverbero tan fácil de manejar como un velon!

—Señora, contestó á la Asistente el entusiaamado filósofo,—pues, ahí es nada!... es la economía que proporciona en una fábrica la supresion de doscientos brazos.—El que concibió idéa tan magna, el que la llevó á cabo, merece...

—Que le ahorquen, dijo la Asistente interrumpiendo al extasiado anglomano.

Iba este á explayarse en un improvisado panegirico sobre toda clase de adelantos morales y materiales, cuando una nueva bocanada de aire impulsó una nube de humo dentro del cuarto.—Don Narciso que lo recibia de primera mano, cerró los ojos y con ellos la boca, estornudando estrepitosamente por repetidas veces.

—¡Solo en España, dijo al fin, en que se vive á lo *lazzaroni*, se ven casas de campo tan detestablemente preparadas! Es la que aquí se nota una inercia fabulosa, un *sans souci* que deja atrás á los turcos y á los indios!—Esto no es solo un atraso; es una decadencia, es retrogradar!—Por cierto que deseo ver á Cadiz, á la cual llaman los andaluces con su acostumbrada jactancia y fachenda una taza de plata: siempre será una cazuela de barro de Medina!

—Válgame Dios! dijo la Condesa, que esta vez se incomodó con su Hipócrates por su grosería; en

todas partes he oído á Vd. quejarse!—En Lóndres estaba Vd. desesperado; en París rabiando; aquí lo está Vd., y lo estará en Cádiz.

—¿No sabes tú ese cuento de aquel hombre que siempre se andaba mudando, porque tenia duende en su casa, dijo Cárlos; y que en una ocasion en que llevaba un carro cargado con su ajuar para trasladarse á otra parte, volvió la cara, y vió encima de toda la carga formando pirámide, al duende?

—¿De suerte, dijo la Condesa riéndose, que le llevaba siempre consigo?

—Diste en la tecla, prima.

—Debería Vd. tener presente, para ser justa, Condesa, contestó D. Narciso, que me desesperé en Lóndres, porque aquel clima maldito exacerbaba mis dolores de reuma á punto de rabiarse, y que lo que me chocaba en París, cuna y templo del liberalismo y de la filosofía (sagradas antorchas de la humanidad) era el ver la detestable hipocresía que habian puesto á la órden del dia los Borbones, colocándola como apagador sobre las luces del siglo.

—¿Y en qué consistia? preguntó la Asistentá.

—¿Señora, contestó D. Narciso, daba grima! ¡causaba náuseas! ¡Esas gentes mundanas, atolondradas, pecadoras, seguian las procesiones, iban á las iglesias!...

—Y hacian bien, dijo la Asistentá; que vengan todos, que todos entren en el templo de Dios.

—Señora, es que unos van por hipocresía.

—¡Que entren! dijo la señora.

—Otros por divertirse.

—¡Que entren! volvió á decir la Asisenta.

—Otros, porque el romanticismo aleman ha puesto de moda el misticismo con sus catedrales con vidrieras pintadas, sus opacas luces.

—¡Que entren! repitió la Asisenta.

—Otros, señora, van por oir la música.

—¡Que entren! D. Narciso.

—Otros, prosiguió éste, por burlarse y criticar.

—¿Cómo Vd.?—Esos son los únicos que no deberian entrar, dijo la Asisenta.

—¿Y los otros sí?

—¡Sí, sí y sí! pues mire Vd., D. Narciso, cada cual que entra en la Iglesia, descubre su cabeza, y llega un momento solemne en que todos doblan la rodilla ante la DIVINA MAGESTAD, que vé entonces miles postrados á sus piés, y un acatamiento, aun dado caso que no fuése más que exterior, tiene su mérito. ¿Y porqué no se mezclarian á los fieles, los que son tibios ó frios? Tanto más, cuanto que si el vicio tiene su contágio, tiene tambien la virtud sus hábitos comunicativos. Y por consiguiente, ¿quién le dice á usted que no brota de esos corazones duros y frívolos, al doblar la rodilla, y bajo la solemne impresion del santo recogimiento general, un destello de adoracion divina? Puede, D. Narciso, que ciertos hombres acerbos, sean más exigentes que el mismo Dios de las misericordias!

—Es Vd. Molinista exagerada, contestó D. Narciso con su amarga risita, á las dulces palabras que habia dictado su ferviente corazon á la Asistententa.

—¿Qué quereis decir con eso? dijo con viveza esta señora: yo señor, no soy nada que no se pueda decir con voces claras.

—Quiero decir, señora, contestó D. Narciso, que teneis la manga muy ancha.

—Y tanto!... señor, ¡y tanto! ¿No veis que necesito que la tengan así para mí? Pues si yo, que soy más católica que el mismo Papa, me distraigo alguna vez, ¿qué no sucederá á la gente moza? Créame Vd., don Narciso, deje las severidades á quien competa, y predique con el ejemplo; que entónces es cuando aquellas hacen fuerza; pero no le pegan ni á Vd. ni á mí. No pondría yo, pobre pecadora, esa exagerada exigencia, ni esa estricta austeridad que Vd. exige, como dos carabineros á la puerta de la casa del que es nuestro Padre comun; pondría, sí, un letrado que dijese: ¡QUE ENTREN!

—¡*Que entren!* repitió Élia con la simpatía de un ángel del cielo por uno de la tierra.

—¡*Que entren!* dijo D. Benigno con el perfecto acuerdo de la bondad con la indulgencia.

—¡*Que entren!* exclamó María con el ferviente celo de los católicos por reunir á todos al pié de un mismo altar, en una misma fé, un mismo amor, y una misma esperanza.

—Si Vds. creen, dijo D. Narciso, con su risita que

de acerba pasaba á rabiosa, que con rezar y darse golpes de pecho basta para salvarse...

—No señor, no basta, dijo la Asistentita; pero sin esto no se salva nadie. Pues qué, ¿cree Vd. que el salvarse es un derecho? No señor, es una gracia. No se puede por sí solo merecerla; es preciso implorarla: no erguir la cabeza, sino bajarla.

— Señora, repuso con afectada dignidad D. Narciso, bastante que padecer dá Dios al hombre en esta vida! Débele una compensacion en la otra; pensar otra cosa, es un absurdo.

—¡Débele! exclamó la Asistentita, ¿débele? ¡me gusta el *débele!* Pues qué, ¿creen Vds. que no hay más que tratar á Dios como tratan Vds. á los Reyes hoy dia? ¿Restringirle sufragios, prescribirle deberes, limitar su poder, y hacerle si posible fué, reconocer alguna constitucion, carta ó pamplina semejante, y los derechos del hombre? ¡Rebelion todo, puro espíritu de rebelion!

—¡El Rey! ¡el Rey! dijo con acrimonia el señor Delgado. ¡Se le llena á Vd. la boca con esa palabra que insulta la dignidad del hombre!

—Y añada Vd. ¡el corazon! repuso con expansion la señora; sí, sí, con esa palabra santa, grande, eterna, que ha hecho los héroes y los leales, como la de Cristo ha hecho los mártires y los santos.

—Señora, dijo con aire despreciativo D. Narciso, el gran Voltaire lo ha dicho; el primer Rey fué un soldado afortunado.

—Mintió Voltaire, ese figuron, repuso con fuego la Asistenta. Eso lo podria decir del primer conquistador: el primer rey fué un Patriarca.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Señora, dijo con afectada gravedad D. Narciso, permitid que os haga presente, que contradecir la autoridad de hombres tales como Voltaire, Diderot, Helvetius, Rousseau, d'Alembert.....

—¡El demonio y su séquito?...—interrumpió la Asistenta,—que con sus infames doctrinas é infernales libros son hoy dia los Neronos y Dioclecianos del cristianismo! Pero, amigo, mal que os pese á vosotros, discípulos de estos nuevos perseguidores,—de ellos, como de los otros triunfarémos, ¿no es verdad, hijos?

—¡Triunfarémos! ¡triunfarémos! repitieron todos en ferviente coro.

Entró Pedro en este instante para avisar que estaba servida la cena.

—¿No vé Vd., Pedro, le dijo María cuando hubieron salido los señores, cómo la señora que en su vida ha leído un libro, deja aplastado siempre á ese Monteruca, que no hace sino leer?

—¡Porqué lleva razon, María, porque lleva razon!

Miéntras atravesaban los corredores, decía Carlos á Élia:

—Yo tambien quiero triunfar, Élia.

—¿De tus malas pasiones, Carlos? harás bien.

—No, yo no tengo sino pasiones buenas, Élia. Quiero triunfar de tu convento, que es un minotáuro.

—¡Ay! ¡qué nombre le dás! ¿Y porqué se lo dás?

—Minotáuro era un mónstruo que devoraba doncellas á cientos.

—Si así llamases á tu Regimiento, replicó Élia, en que tantos pobrecitos mueren, ¡anda con Dios! Pero que lo digas del convento, eso es...—aguarda que me acuerde cómo llama á eso D. Narciso,—es... una... añadió poniendo su blanco dedito en su tersa frente, es... una...—ello se parece en el sonido á *balaroja*... —una *¡paradoja!* exclamó dando una alegre palmada, y entrando triunfante en el comedor.

CAPITULO IX.

Trajo el viento las nubes, y descargaron estas sus mares de agua dulce. Pero á los dos dias la lluvia habia pasado, dejando la campiña tan hermosa y tan fresca, como una odalisca que acaba de salir de un perfumado baño.

Tratábase de ir á comer al dia siguiente, á una de las haciendas de la Asistenta, á una legua de distancia del pueblo.

La señora se hallaba en su cuarto arreglando á su satisfaccion los preparativos de la romería, con Pedro y María.

—¡Qué contenta está Vd., Madre! le dijo Élia al ver la satisfaccion que demostraba.

—Sí por cierto, hija mia, que lo estoy, puesto que todos van á tener un buen dia mañana.

—¡Qué buena sois... Madre! exclamó Élia.

—¡Mejor sea el año!... le contestó la señora pasándola la mano por la cara.

—Con qué... señora, ¿se matará una ternera? dijo Pedro.

—No, un carnero, intervino María.

—Una ternera, repuso Pedro, dá más de sí; y ya sabe Vd. que la señora quiere que toda la gente se harte. Somos un ciento; item más los agregados, á los que no se pasa convite ni tampoco se enseña la puerta.

—Tambien sé, respondió María, que yo soy la que he de hacer el menudo para los amos, y que el de carnero es mejor y más tierno que el de ternera.

—No disputarse, dijo la Asistentá; mátese un carnero y una ternera.

—Por lo testaruda de esa mujer, gruñó Pedro, se va á hacer ese gasto inútil.

—¿Y será la señora ni más rica ni más pobre por un carnero más ó ménos? opinó María.

—Sentencia de despilfarrados, objetó Pedro; muchas gotitas hacen un cirio Pascual. ¡Qué largo tira Vd., señora rumbosa con bienes agenos!

—Siempre estais en pelea, observó la Asistentá; una de dos, ó se quieren Vds. mucho, ó no se pueden ver.

—Crea V. E. esto último, dijo María, porque es cierto que nuestros ángeles están de espaldas.

—Señora, añadió Pedro, yo soy la carne, y María es el cuchillo.

—Y dijo Vd. bien, observó María, de que era Vd. la carne, porque con la buena vida, se ha puesto Vd. gordo como un sollo. Parece Vd. un colchon sin bastas, con más cara que el sol de Dios.

—Y Vd., respondió Pedro, con ese génio maldito que la consume, está tan delgada que parece una parra podada, y más amarilla que los legajos del archivo de Indias.

—¿Porqué no se han casado Vds.? preguntó la Asisenta; así, al ménos de noche, hubiesen hecho las paces.

—Con esa mujer, señora, no hay paces ni de noche ni de dia: apostaríá á que en lugar de roncar, regaña.

—Ya he sido casada una vez, dijo María, pero aunque no lo hubiera sido, mejor hubiese querido quedar para vestir santos y para tranca del infierno, que no haber tenido á mi lado semejante pelmazo. ¡Jesus... y que descansada quedaria su Madre el dia que le echó al mundo, y se vió libre de él!

—Lo que es por mí, señora, dijo Pedro, tambien he sido casado, y no me hubiera vuelto á casar ni con la Princesa de Asturias, teniendo presente aquel cuento...

—¡Pedro, por Dios, déjenos Vd. de cuentos! exclamó María.

—Cuenta, cuenta Pedro, que me divierte, dijo la Asisenta.

—Pues señor, prosiguió Pedro; éranse dos amigos

muy queridos, que se prometieron que el que primero muriese vendría á traerle al otro noticias de cómo le iba por el otro mundo.—Casáronse ambos, y el primero que murió cumplió su palabra, y se le apareció al otro.—¿Qué tal te vá? le preguntó este.—Grandemente, contestó el aparecido. Cuando me presenté allá arriba, me dijo San Pedro: ¿cuál ha sido tu vida?—Señor, respondí, soy un pobre hombre, estaba casado...—No digas más, dijo su mercé; pasa adelante, que todo lo tienes purgado.—Y en la gloria estoy.—Con esto desapareció, dejando á su amigo tan satisfecho y consolado. Andando el tiempo se le murió la mujer, y andando un poco más se volvió á casar.

Cuando le llegó su hora, y salió de su casa con los piés por delante, se presentó muy cariparejo á San Pedro.—¿Cuál ha sido tu vida? preguntó el Santo.—He sido casado *dos veces*, contestó muy en sí el recién llegado, dando un paso adelante para colar adentro.—Pero el calvo le dió un llavazo y le dijo:—¡Atrás, compadre, que el cielo no se hizo para los tontos!

—¿Quiere Vd. un recibo, Pedro? preguntó María, más de veinte veces le he oído á Vd. contar ese cuento, que es más viejo que el modo de andar.

—¿Pues quiere Vd. uno más nuevo? dijo Pedro.

—No, no, respondió María; guárdelos Vd. todos para escabeche.

—Cuenta, Pedro, cuenta, chilindrineró, dijo la Asistentá.

—Un predicador, relató Pedro, predicaba la Pasión de CRISTO. Después que hubo enumerado todos sus tormentos, preguntó uno de los oyentes: ¿Padre, fué casado el Señor?—No, hombre, contestó el predicador.—Pues siendo así, dijo el otro, no supo el Señor lo que era padecer.

La Asistentá se echó á reir, y dijo en seguida:

—María, no te se olvide que á Clara ni le gustan ni le sientan bien las especias.

—Bien, señora, cuidaré de advertirlo.

—Pedro, prosiguió la Asistentá, tén presente que á mis sobrinos les gustan las tortas de las Mínimas.

—Ya está eso andado, señora.

—María, ocuérdate que á Élia le gusta el budin de naranja que tú haces como nadie.

—Eso está pasado en cuenta, dijo María.

—Cuidado, siguió advirtiendo la señora, que sean de Castilla los garbanzos, y de Extremadura los chorizos del menudo que tanto gusta á D. Benigno.

—Está bien, señora.

—Pedro, no te se vaya á pasar con tú mala cabeza, que ese Delgado Narciso no bebe sino vino tinto.

—Válgame Dios, señora, exclamó María; ahora vá V. E. á pensar en lo que le guste á ese de las gafas! Qué beba vinagre, si no le gusta el vino que acá se gasta! A bien que mas dulce ha de ser la bebida que su boca.

—María, repuso la Asistentá levantándose para

irse, está en mi casa, y basta para que se le atienda: ¡no seas gansa en tu vida, muger de Dios!

—En todos piensa, de todos se acuerda,—dijo María al ver alejarse á su ama,—ménos de sí misma. Si Vd., Pedro, no hubiese cuidado del pavo, y yo del dulce de huevos, se quedaba mañana sin los manjares que prefiere.

—María, contestó el mayordomo, para la señora hizo Dios un molde, y lo rompió en seguida; porque como ella no ha habido otra ántes, ni habrá otra después.

Aporejábanse á la mañana siguiente los borricos en el pátio de la hacienda, y á la puerta aumentábase por momentos el corrillo de angelitos que no pertenecian á los buenos. Tenian estos fundadas sus esperanzas en ver á los caballos sin cola, que habian apellidado los ranos, puesto que ni D. Narciso ni tú, lector, aunque seas Ministro, individuo de la Academia archimillonario, ó el mismo tipo de la elegancia, ni nadie, escapa á las burlas y dichos de los pilluelos andaluces. Por eso, el gran Alejandro Dumas, que llevó su buena parte, confiesa ingénuamente y asombrado, que el pueblo español ha hallado medio de burlarse de los franceses, á pesar de ser estos el maligno pueblo que inventó el *vaudeville*, que es la zarzuela de allende los Pirineos. ¡Pobre del que lo toma á lo heróico como D. Narciso, y no se rie como la Condesa y Cárlos!

Pero no habian de gozar los muchachos de aquel

fenómeno; porque la Condesa habia mandado traer un elegante silloncito de cordoban encarnado, forrado de suave badana, que puesto sobre una vistosa manta, y con una cabecera toda cubierta de moños, borlas y cascabeles, habia de engalanar, para que lo montase la Condesa, un borrico vivo y ligero cuanto cabe. Las otras señoras iban á la pata la llana, pero muy cómodas, en las dos toscas X que forman unas jamugas.

—¡Ay *Mal-pellejo!*—dijo uno de los borriqueros echando sobre su burro, que huia el cuerpo porque el pobre animal tenia una matadura en el lomo, un seron lleno de provisiones;—parece que no puedes con la carga, que es ligera como corazon de monja, y puedes con la Giralda! Diciendo esto le dió tal varazo con esa falta de lástima que tienen en España los hombres en general hácia los animales, que el infeliz borrico se encogió todo por la fuerza del dolor.

—¡Por Dios no pegue Vd. así al animalito! dijo Élia dolorosamente conmovida.

—No entiende otra *parla*, respondió el hombre.

—Es una barbaridad, dijo la Asistente, el tratar así á los animales que os ganan el pan.

—¡Toma! repuso el borriquero, si hubiera nacido para Obispo, echaría bendiciones.

—Pues no quiero que se maltrate así á los burros, dijo con viveza le Asistente; suelta esa vara, si has de venir; y si no, véte, que será lo más corto.

El borriquero, sin responder, se puso á descargar el borrico.

—Señora, dijo el capatáz á la Asistentá, ¿porque un burro dé una coz se le ha de cortar la pata? Es ese un infeliz que tiene seis hijos, y lleva una parada larga, y al que el jornal y la comida de hoy, venian como pedrada en ojo de boticario.

—Pues bien; que venga, respondió la señora; pero que suelte la vara.

—Miguel, dijo el capatáz, vuelve á cargar, que lo dice la señora.

—¡Si, estas fresco! respondió el borriquero: si no lleva otro que yo esta carga, ya podrá estarse aquí hasta el dia del juicio.

—No seas tonto, Miguel, ni tires coces contra el aguijon, le sopló al oido el capatáz, diez reales como diez estrellas, y carne y vino hasta tocártelos con el dedo, no es esto de desperdiciar.

—Ni por los catalanes voy, respondió el borriquero. A mí no me se dice dos veces que me vaya; con una, basta: gano mi pan con honra, ó me paso mis hambres con vergüenza. Diciendo esto se montó en su burro, y dándole un furioso varazo desapareció.

—¿Habrás visto más soberbio bribon? dijo la Asistentá. De buena gana, si pudiese, le mandaba dar una docena de varazos como los que él dá á su burro, para que supiese á lo que saben. ¡Judío! ¡bárbaro! Pero, añadió, no lo han de pagar su mujer y sus

hijos; ¡pobrecillos! mándales un duro, Frasco, y que no sepan que soy yo quien se lo dá.

—¡Genuina andaluzada! dijo con su risita el señor Delgado; pobres como Job, soberbios como Tarquino.

—Y eso, dijo la Condesa riéndose, que no han leído vuestro querido Contrato social, ni les habeis hecho una arenga sobre la *dignidad del hombre*.

—¡Cómo ha de ser! dijo el capatáz, que queria disculpar á su paisano; honra y provecho no caben en un saco.

—No hay duda, exclamó entusiasmada la Condesa; son almas de Príncipes bajo paño burdo. Frasco, déle Vd. media onza de mi parte.

—Señora Condesa, eso no es razon, contestó el capatáz con su buen sentido.

Pero ya la Condesa montaba en su galan pollino, se reia á carcajadas, y no se acordaba del reciente suceso.

—¡Delgado! ¡Delgado! exclamaba, qué brillante figura haría yo así en Longchamps!

Fuéronse acomodando las demás en sus jamugas, llevando cada cual su borriquero á su lado. Los hombres montaron á caballo, ménos D. Narciso y D. Benigno, que eran ámbos á dos malos ginetes, y tuvieron que acudir á la *archigansa locomocion asnal*, como decia el primero.

El día era hermoso. ¡Qué pocos no lo son en Andalucía! Más alta que nunca aparecia la bóveda

del cielo; más clara la atmósfera, con más brillo el sol; más animados los pájaros, y más alegre el campo. Sobre los vallados se erguian inmóviles las pitas como soldados sobre las armas guardando las propiedades; á sus piés y bajo su amparo florecian los geráneos y rosas silvestres, las pervincas, las viuditas, las amapolas, mientras las esparragueras, como buenas madres, rodeaban á sus hijos de espinas para preservarlos de todo contacto. El tomillo, que solo nace en un suelo árido, prodiga el perfume que de éste extrae, como para probar que por estéril, seca é ingrata que sea una cosa, hay modo para sacar de ella algun partido dulce y agradable.

Las escenas de la naturaleza hacen profunda impresion en las almas cultas, que han ensanchado los límites de sus sensaciones, ó bien en los corazones que han sufrido y gozado, que esperan y se inquietan con vehemencia. Pero para aquellos corazones que no han sufrido ni gozado, para los cuales lo pasado y el porvenir están tranquilos y uniformes,—como lo está para un navío en calma el camino andado y el que le queda que andar,—para aquellas almas que no han perdido al amoldarse el gusto y sentir ageno en el mundo y en los libros, en gracia, vigor y naturalidad, lo que hubiesen ganado en altura y elegancia, para ellas estas escenas les agradan sin conmoverlas. Por dicha suya estaban todos los que alegremente caminaban, pisando flores y aspirando fragancia, en uno ú otro de los tranquilos estados de

ánimo que hemos referido, y seguía cada cual su propio impulso presente.

—¿Tienes muchos hijos, José? decía la Asistentita á su borriquero, que era primo del capatáz, y muy pobre.

—Ocho, señora.

—¡Tal cual!... y los que vengan.

—¡Y los que vengan! repitió el pobre con resignación.

—¿Y los quieres mucho?

—¡Señora, tantos son nacidos, tantos son queridos!

—¿Son varones?

—Cinco varones y tres hembras, señora; los dos mayores han caído soldados; el tercero es burrero en la hacienda de V. E.; pero Frasco le quiere despedir porque dice que no hace falta: los dos chicos son porqueros.

—Vaya, pues ya los varones no te dan ruido, José.

—Verdad es, señora, pero tres hijas y la Madre, cuatro demonios para el Padre.

—Si mal no me acuerdo, ¿no te adelanté el año pasado para sembrar un pegujar?

—Si, señora, Vucencia; y si no lo he pagado...

—No lo digo yo por eso, hombre, no lo digo por eso.

—Pues se *ageñó*, señora; y á un cojumbral que sembré con mi primo Frasco á parcería le entró

pringue, se acorcharon los melones, que solo sirvieron para engordar un cerdo al que le entró *lavado*, se hinchó y se murió.—Con las ganancias iba á mercar una burra que me daban con *convenencia*, pero me salió la cuenta fallida, y me quedé mirando al celeste.

—¡Válgame Dios, hombre, nada te se logra!

—Nada, señora! porque en el cielo hay un Santo que se llama San Guilindon, que está siempre bailando ante el Trono del Señor, y á la par cantando para hacerle mas gracia á Su Majestad:

La cuenta del pobre
Que no se le logre!

—Verdad es, hombre, que no es la fortuna para quien la busca, sino para quien la encuentra.

—Pues hay más, señora: en el cojumbral nos sacudieron unas tercianas que nos han tenido á todos doblados hasta ahora poco; pocos fueron los melones que cojimos. Su Divina Majestad no sabe decir sino «Dénle más.»—Señor, le dice San Buenaventura: á fulano que es rico, le cayó la lotería.

—¡*Dénle más!* dice Su Magestad.—Señor, dice el Santo, á mengano, que es un infeliz, le han dado de palos.—¡*Dénle más!* dice Su Magestad; y no sale de ahí.

—José, dijo la Asistente, de todo lleva cuenta y razon Su Magestad.

—Ya se vé, señora, contestó el horriquero, pues si no fuera por eso!...

—Este año, hombre, la parcería la harémos tú y yo.

—¡Dios se lo pague, señora! se lo dé de gloria, y torne cada melon de los de V. E. en una talega de onzas!

D. Benigno iba detrás de su señora, y con su acostumbrada parsimonia de palabras, solo decia de cuando en cuando:

—José, cuidado con ese tronco; José, cuidado que esa loma está resbaladiza; José, á la derecha hay un hoyo; José, ¿se han aflojado las cinchas?

Élia los precedia, mas alegre que el sol. Se entretenia en llenar su falda de flores y de plantas, que á medida que las iba pidiendo, las iba cortando el horriquero.

—Mira, le dijo á Cárlos que se desviaba poco de su lado, parezco un incensario, ¡tanta es la fragancia de las yerbas!—Esta es almoradux; esta, yerba buena silvestre; esta, mejorana. ¿Sabes por qué se llama asi?

—¿Lo sabes acaso tú? respondió Cárlos riéndose.

—Sí que lo sé, respondió Élia. Un dia fueron á coger yerbas San Joaquin y Santa Ana. Encontró la Santa esta, y le dijo á su marido:—Joaquin, esta es *yerba buena*; pero el Santo que habia cogido esta otra contestó:—esta es *mejor, Ana*.

—Buenas serán, Élia, contestó Cárlos; pero harto más me gusta esa hermosa rosa encarnada, que llevas en la cabeza debajo de tu toca de muselina, y con la que estás aun más bonita que otros días. Estás tan bella hoy, y el campo tan hermoso, que no sé si es el campo el que te hermoséa, ó tú quien embelleces al campo.

—Esta rosa es de Jericó, dijo Élia, que atendió al elogio de la rosa, y pasó sencillamente por alto el suyo. ¿Sabes porqué tienen este color tan soberano?—Estaba un rosal al pié de la Cruz, cuyas rosas eran blancas; cayó una gota de la preciosa SANGRE DEL SEÑOR sobre una rosa, y les dió ese divino color.

—¡Qué *Salmigondis* de temporal y eterno!—exclamó el señor Delgado, cuyo borrico, que era compañero de cuadra del de Élia, se había ido insensiblemente acercando:—¡qué modo de inventar absurdos! ¿A qué han de leer ni instruirse estas gentes? ¿á qué traducir á Pestalozzi, fundar enseñanza mútua, establecer escuelas gratuitas, si tienen sus crónicas, etimologías y creencias en coplas, flores, romances y cuentos? ¿Cómo han de llamarse así esas yerbas, por ese motivo, si Santa Ana y San Joaquin no hablaban español?

—¡Que no hablaban español! dijo Élia atónita, ¿pues qué hablaban? ¿francés... como Vd?

—No, señorita, hablaban hebreó, no se le olvide á Vd.; que eso es más útil que creer absurdos, como el que le contaba Vd. muy sería ayer á Cárlos,

deshojando una rosa de Pasion; que todos los utensilios de la Pasion se hallaban en ella. Pues ¿no es una chocante irreverencia poner tales cosas en flores?

—Nosotros no las ponemos, contestó Élia; Dios las ha puesto para patentizarlas ó recordarlas, ó bien las flores lo habrán hecho por sí, por hourar al Criador.

—Vaya, vaya, señorita, no hable Vd. disparates, repuso con impaciencia D. Narciso, ¿acaso las flores tienen voluntad propia? y ¿acaso Dios se habia de divertir en poner sentido en miserables plantas que comen los burros? —Reflexione y racione usted un un poco...

En este instante tropezó el borrico del señor Delgado, el que estando descuidado, en el fuego de su discurso, cayó de narices, y quedó aplastado como una rana.—¡Maldito sea—decia levantándose y sacudiendo el polvo de su vestido en medio de la risa general,—el modo de divertirse aquí, en el campo! esto es más que vulgar, más que primitivo; es villano!

—Eso es, dijo Cárlos, para castigar á Vd., de tirar cañonazos contra mariposas posadas sobre los labios de Élia como sobre una rosa.

Don Narciso se quedó atrás de todos, de muy mal talante.

—Señor, dijo al cabo de un rato el borriquero, ¿no ha visto su mercé las haciendas de por aquí? Ninguna hay como la del Romeral; trescientas aran-

zadas bajo una linde; olivar todo nuevo y esquilmeño, sin una marra; un caserío que parece un convento; en todo el término...

—Hágame Vd. el favor de callarse, dijo interrumpiéndole el señor Delgado: cada hombre sensato necesita algunas horas del día para pensar; esto estoy haciendo, y me importunais con vuestra conversacion. Nada os he preguntado; ¿qué me importan á mí haciendas que no son mías?

El pobre horriquero volvió los ojos con harta envidia hácia el horriquero de la Asistentá, de la gran señora tan encopetada y poderosa, que le iba preguntando por sus hijos y por su pegujar.—¿Qué pronto dijo para sí, se dán á conocer el que es algo y el que no es nada!

Cerraban la horricada Pedro y María con las bestias que llevaban las provisiones. Iba Pedro en un caballo que á fuerza de años y trabajo, se habia quedado en la espina.

—Se le olvidaron á Vd. los palillos de dientes, le iba diciendo María, ¿tiene Vd. la memoria como una zaranda!

—Y Vd. que la tiene como una alcancía, repuso el mayordomo ¿porqué no se acordó?

—No hacen falta, dijo D. Narciso, que habiéndose quedado atrás, se habia incorporado á ellos. En Inglaterra no se gastan: es de mal tono y poco aseado escarbarse los dientes en sociedad: además dicen, y con razon, que eso descarna la dentadura.

—¡Espantábame yo, murmuró María entre dientes, que no hubiese salido todavía la *Inglaterra*!

—Pedro, preguntó D. Narciso, ¿ha cuidado Vd. del vino de Valdepeñas? Sabe Vd. que á falta de Burdeos, es lo único que bebo.

—Sí señor, respondió Pedro, ahí viene.

—Lo que es para el vino no le falta la memoria á Pedro, gruñó María.

—Por decontado, repuso Pedro que la oyó; porque sépa Vd. que siempre se ha dicho: ¡agua en los trigos, vino en los hombres, palo en las mugeres!

—Clara, decia Cárlos, que se habia acercado á su prima, señalando hácia el grupo de la retaguardia: ¿Por qué se vé hoy la extraña anomalía de haber cambiado de cabalgadura D. Quijote y Sancho?

CAPITULO X.

Habíanse internado en los olivares, y penetraba ya por entre las oscuras hojas de los olivos la nívea blancura de las paredes de la hacienda del Romeral, enjalbegadas para dar alegremente la bienvenida á su ama. Al frente de la puerta del gran caserío se veía un enorme moral, como otro edificio vegetal levantado por la mano del Tiempo. En su tronco se apoyaba un arado; en sus ramas colgaban una escopeta y una guitarra; á su sombra estaba sentado un hombre robusto de semblante animado y enérgico, que se conocía estaba dispuesto á hacer, según las circunstancias, uso de cualquiera de los tres.

Vino éste diligente al encuentro de los señores, mientras una muger aseada y de cara alegre, se apresuraba á abrir de par en par la puerta.

—¡Gracias á Dios, señora! exclamó trayendo una silla para que se apease con más comodidad la Asistententa,—¡gracias á Dios que la vemos por acá! Si tuviese una campana, repicaría.—¿Cómo le vá á Vuecencia?

—Como á las muchachas de mi tiempo, Beatriz; con muchos años vividos y pocos por vivir. ¿Y tú, muger, cómo lo pasas? ¿y tú Madre? ¿y tus hijos? ¿y el que se rompió el brazo, no se resiente?

Decia esto subiendo la escalera, y entrando en un gran salon con pocas y malas sillas, una mesa de pino y sin esteras.

—¡Dios mio, Tia, dijo la Condesa, esto parece un hospital robado!

—¿Y para qué quieres que amueble haciendas en las que paso cada dos ó tres años un par de horas? contestó la Asistententa.

Se pusieron á refrescar con naranja y limonada, y habiendo echado de ménos á D. Narciso, al asomarse á una ventana le vieron parado ante una piedra, que con su lente, además de sus gafas, examinaba con la mayor atencion.

De alli á un rato entró en la habitacion, tan de prisa como se lo permitian sus flacos sostenes.

—¡Señora, exclamó con énfasis, acabo de descubrir un tesoro! ¡es la lápida de un sepulcro romano! ¡con su inscripcion!—Señora, ¿sabia Vd. que poseia semejante joya?

—No, respondió la Asistententa, ni me importa; ¿qué

se me dá á mí de lo que haya estado puesto sobre el sepulcro de un pagano?

—¿Cómo la hallaron? preguntó entusiasmado Don Narciso.

—¡Qué sé yo! respondió la Asistentá.

—La hallaron, dijo la capataza, abriendo un horno de cal, y mi marido la trajo para que se ponga de umbral á la puerta de la cuadra.

—¡Oh inepecia! exclamó lleno de fuego anticuario el señor Delgado. ¡Oh estúpida ignorancia! ¡Pues qué!... ¡ño veia su marido de Vd. la inscripcion latina?

—Mi marido no sabe leer, respondió la capataza: le estorba lo negro.

En esto entraron Fernando y Cárlos, que habian ido á examinar la lápida.

—En efecto debe ser romana, dijo Fernando; la inscripcion falta porque está mutilada la piedra; pero están muy claras las S. T. T. L.

—¿Lo está Vd. oyendo, señora. ¡Las apreciables S. T. T. L!... dijo D. Narciso dirigiéndose á la Asistentá.

—¿Y qué quiere decir las apreciables S. T. T. L? preguntó la señora.

—Quiere decir, contestó D. Narciso, *sit tibi terra levis: séate la tierra ligera.*

—Pues señor, dígole á Vd., repuso la Asistentá, que dicen una gran necesidad.

—¡Señora! exclamó D. Narciso, ¡señora! la ilus-

tracion Romana, la sancion de los siglos, la admiracion de los sábios... todo va envuelto en ese epiteto de *necedad* con la que Vd. se atreve á calificar ese lema sublime!

—Y lo repito, repuso la Asistentá, sin que me impongan sus palabrotas sabijondas ni su tono doctoral. Y lo hago sin más que compararlas con las que pone la fé católica en los sepulcros; estas son, caso que sepa Vd. las paganas y no las católicas: R. I. P. A. *Descanse en paz. Amen.* Solemne clamor á Dios por el alma inmortal! Pero. *séate la tierra ligera!* esa es una oracion dirigida á la *tierra*, para que se haga ligera como un volatin, y no pese sobre huesos y polvo que la estarán muy agradecidos! ¡Devota oracion son por cierto vuestras apreciables S. T. T. L.! ¿Qué le parece á Vd. ese epitáfio, D. Benigno, *Séate la tierra ligera?*

—Señora, contestó con voz modesta D. Benigno, que no le pega al que se entierra en bóveda.

—¡Por supuesto! ¡Cáe de su peso! Y tú, María, ¿qué dices? ¿tú que estás abriendo ahí tantos ojos?

—Digo, señora, contestó la interrogada, que parece pegaria mejor que eso, el poner, ya que algo ligero habia de haber, séante tus culpas ligeras.

—¡Y muy bien que dices, mujer!—repuso la Asistentá,—mucho mejor que los sábios, pues en tocando á cosas del alma y de la otra vida no hay mas sabiduría, ni más acá ni más allá, que la religion católica.—Y á tí, mi niña, ¿qué te han parecido esas

apreciables S. T. T. L. que entusiasman á D. Narciso?

—No despiertan en mí los pensamientos que me parecen adecuados á la muerte, respondió Élia.

—Pues ¿qué pondría Vd. sobre una tumba, señorita? preguntó con aire burlon D. Narciso, que no se habia dignado atender á D. Benigno ni á María; Vd. que les quiere enmendar la plana á los romanos?

—Pondría, respondió Elia, una cosa que decia la Madre abadesa siempre que se hablaba de la muerte.

Baja, si quieres subir;
Pierde, si quieres ganar;
¡Muere, si quieres vivir!

—¡Bien, bien! hija de mi alma, exclamó la Asis-
tenta, ven acá, que te abraze y te chille. Ya voy
viendo que todos sabemos más que esos decantados
romanos solo con saber la doctrina. ¡Váyanse á freir
monas con sus latines paganos! Bien pensó tu mari-
do, Beatriz; que se ponga la piedra para umbral en la
cuadra.

—Pero, señora, dijo D. Narciso, si Vd. no pone
precio á semejante objeto, véndala Vd., que es de
gran valor.

—No vendo sino los años, contestó la Asistentá.

—Regálemela Vd. á mí, Tia, dijo Clara.

—No estoy de humor de regalar, contestó su Tia,
que habia decidido determinadamente el exterminio
de las *apreciables* S. T. T. L.

—¡Qué t́erca es Tia! dijo Clara á Cárlos, que estaba á su lado, impaciente por la fresca negativa de su Tia.

—Como buena propietaria de fincas rurales, no le gustan las *tierras ligeras*, respondió Cárlos.

—Ni los sobrinos pesados, dijo con viveza la Asis-
tenta que lo oyó.

—¡Qué lástima, Clara, prosiguió Cárlos, que no esté aquí nuestro amigo Sir Arthur Sidney, que andaba recorriendo todo Madrid en busca de antigüedades, de que era tan entusiasta!

—Como todo hombre ilustrado, dijo pavoneándose D. Narciso.

—¿Y quién es ese? preguntó la Asistenta, ¿es aquel violinista de marras?

—No señora, contestó Cárlos; es un jóven inglés muy distinguido, hijo de un Obispo.

—¿Qué? preguntó la Asistenta, ¡hijo de un Obispo! ¿qué estás diciendo, criatura?

—Si señora, eso he dicho. En Inglaterra se casan los Obispos.

—¡Mentira más desfachada! repuso la señora; esta es propiamente tal, que le dá un bofetón á la verdad. ¿Me querrás hacer creer que hay un país en el que se casen los Obispos?

—¡Vaya con mi Tia, dijo Cárlos, que le pone á uno de embustero con la frescura del mundo! Sí señora, sí señora; en Inglaterra se casan los Curas, los Cánónigos y los Obispos, los monacillos y los capellanes; es un casorio general.

— Oye, barbilampino, dijo impaciente la Asistentista: ¿te has figurado acaso que yo me las trago como torreznos? ¡Hijo de Obispo!... ni al enemigo se le ocurre otra!

—¿Qué ocurrir, ni qué ocurrir? exclamó Carlos soltando una carcajada al ver la incredulidad de su Tia. Pregúnteselo Vd. á Clara, que ha estado en Londres.

—Es cierto, dijo la Condesa: son casados allá los Obispos, Tia; porque como no son *papistas*, como nos llaman, pueden...

—¿Y tú tambien, Clara? la interrumpió la Asistentista, ¿están Vds. locos, ó me lo quieren volver á mí? ¡Obispa! ¡Obispa! ¿D. Benigno, concibe Vd. una *Obispa*?

—No señora, respondió éste, ni una *Cura*.

—¿Quiere Vd., señora, dijo D. Narciso entre impaciente y compadecido, que la enseñe á Vd. en volviendo á Sevilla el *Parage and Baronetage* inglés, en que están anotados de oficio los nombres de todas las casas nobles, con sus enlaces, procedencias, y descendencias, y verá Vd. blanco sobre negro, las de los Obispos?

—Viva Vd. mil años! respondió lacónicamente la Asistentista.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver; y así Tia...

Pero la Condesa interrumpiéndole le murmuró al oído:

—No insistas, primo, no la convencerás, y no lograrás sino impacientarla. Déjala en su error, ¿qué mal hay en que esté persuadida de que los Obispos son incasables?

—Pues á mí me entenece y llena de un sentimiento de alta veneracion, dijo Fernando á su prima, el ver una prueba de la altísima y casi ideal dignidad que han sabido dar nuestros Obispos á la mitra, que acaba de demostrarse patentemente en la decidida y calorosa repulsa de Tia, que eleva y separa á estos dignos Prelados de todo interés, de toda pasion, de todo amor, de todas las relaciones personales de la tierra. Esta intuitiva fé prueba más en favor de la institucion y de los individuos, que podrian hacerlo copiosos argumentos.

—Pero, Marqués, dijo D. Narciso que se habia acercado á ellos, confiese Vd. que pasa de castaño oscuro, aferrarse asi en un error como ese, sin pararse en que no se trata de católicos.

—Pues esto es, repuso Fernando, que ese santo respeto se extiende hasta sobre el nombre que se ha dado á esa dignidad de *Obispo*, que mi Tia no separa del catolicismo. Aun esto es grande bajo el aspecto de la Fé, y bello bajo el de la adhesion; y tiene todas mis simpatías,—¿qué quiere Vd. que le diga? Envidio esa indignacion de mi Tia, que oye una verdad que á nosotros no nos extraña, como una profanacion, una creacion fantástica. ¡Cuán verdad es, que cuánto más se sabe... ménos se siente!

—Más vale saber que sentir, dijo el ilustrado don Narciso.

—¡Eso no! exclamó Cárlos; doy todos mis libros por un sentimiento.

—Sobre todo, dijo Fernando, en materias de Religion; puesto que la fé del corazon se dá, la de la cabeza se rinde.

Despues que hubieron refrescado, salieron á dar un paséo, mientras preparaban la comida.

Ofreció Fernando el brazo á su Tia.

—No, hijo mio, le dijo ésta, te lo agradezco; déjame con D. Benigno que está hecho á mi andar; tampoco quiero alejarme. Así, véte tú con los demás. solo te encargo que cuides de Élia: corre mucho, y con el sol que hace, puede coger un tabardillo.

Don Benigno abrió un tremendo paraguas colorado, debajo del cual cabian una docena de personas, para dar sombra á su señora; el capatáz iba al lado de ésta quitando estorbos de la vereda.—Señora, dijo don Benigno, Frasco y yo hemos pensado que hay aquí sobra de gente, cuyos salarios se pueden ahorrar. Las ovejas tienen tres pastores; con el rabadan, un pastor y un zagalillo basta: no se necesita burreo, porque las burras están ahora casi todas en el acarreo, y en pasando la cogida, un guarda es suficiente.

—Es verdad, contestó la Asistentá; llevan Vds. razon; solo que no han caido en una cosa.

—¿Y cuál es? preguntaron ámbos á una voz.

—Es, contestó la señora, que si yo no los necesito

á ellos, ellos me necesitan á mí. Quédese, pues, todo como está.

Entretanto Élia corria como una corza, examinaba los arbustos, cojia flores; y pronto se adelantó á todos los demás.—Mira, le dijo á Cárlos que la seguia, enseñándole una especie de campanilla morada, de una hechura particular, comun en Andalucía, ¡mira que *candil de vieja*!

—Más me gusta mirar en tu cara antorchas de joven, respondió Cárlos.

—Cárlos, dijo Élia, has tomado desde algun tiempo á esta parte la costumbre de celebrarme en mi cara, y esto no está bien: esas se llaman lisonjas; las celebraciones se hacen á espaldas de las gentes. ¿Te gustaría á tí que yo te dijese en tu cara: ¡qué buen mozo eres, Cárlos; qué buen génio tienes, y qué gracia en todo! ¡ninguno de los que van en casa de mi Madre se pueden comparar contigo!... así como lo digo á tus espaldas?

—Si por cierto que me gustaría; dijo Cárlos alborozado. ¡Élia, eso me haria feliz!

—¡Alabo la presuncion! repuso Élia; ¿con que las celebraciones te hacen feliz?

—Cuando salen de tu boca, sí.

—¿Y porque de mi boca?

—Porque te quiero, Élia, porque te quiero entrañablemente; y no es como el hermano á la hermana, la Madre al hijo, el amigo al amigo; es como ama la vida al alma sin la que no puede vivir, no puede ser

perfecta, de la que no puede separarse sin sucumbir.

Una confusion extraña para ella se apoderó de Élia al oír las dulces, pero apasionadas palabras de Cárlos; bajó los ojos y dió un paso atrás encogiéndose como la sensitiva, el primer latido de su corazón.

—¿Lo crees así, Élia mia? preguntó Cárlos con voz profundamente conmovida.

Élia echándose en cara aquel primer é instintivo movimiento de desvío como una falta ó una ingratitude, levantó sus negros ojos, los fijó en Cárlos con la dulzura y candor de un ángel, y dijo:—Si lo creo, Cárlos; ¿porqué no lo habia de creer?

—Y tú, Élia, prosiguió Cárlos con queda y temblorosa voz, ¿me quieres como yo á tí?

—Tanto te quiero, Cárlos, contestó la ingénua Élia, que si tuvieses otra vez que marcharte, me volvería al convento; porque todo se me haría triste y vacío sin tí!

—Pues yo te juro, dijo Cárlos en tono solemne, y pasando con una mano que en seguida levantó al cielo, un anillo de oro al dedo de Élia, yo te juro—y pongo á Dios, á tu Padre, y á los ángeles, tus hermanos, por testigos,—de amarte siempre, de unir mi suerte á la tuya, de ser tu compañero y protector, y de partir fielmente contigo las penas y los gozes que trae consigo la vida.

—¿Esto es... que serás mi marido, Cárlos?

—¡A fé de caballero!

—¡Cuánto lo vá á celebrar mi Madre!

—Nada le digas, exclamó con viveza el jóven.

—¿Y porqué, Cárlos?

—Porque... porque... porque, Élia, toca á los hombres hablar primero, y ántes que á nadie á sus Padres.

—Dices bien, Cárlos, lo comprendo; pero que sea pronto. ¡Me cuesta tanto callarle á mi Madre!

—No podrá ser tan pronto, Élia; es preciso preparar á la mia.

—¿Prepararla? ¿y por qué, Cárlos?

—Porque, inocente mia, las Madres por lo general no son gustosas en que se casen sus hijos, sobre todo... si... si son muy jóvenes.

—¡Qué! ¿No son gustosas las Madres en que se casen sus hijos? ¡Pensaba yo que se alegrarían!—Un secreto! un secreto!... siguió murmurando tristemente.

—Elia, ¿no te parece dulce un secreto de amor como el nuestro?

—El amor, sí, Cárlos; ¡el secreto... no!

—¿Porqué, Élia mia?

—Porque todo es más bello á la faz del sol de Dios, Cárlos; porque un secreto en un corazon, es una mancha en un cristal que le quita su transparencia; porque un secreto es un arco de hierro puesto en un pimpollo de rosa, que le impide desarrollarse.

En este momento Fernando, que buscaba á Élia, segun se lo habia encargado su Tia, salió de repente de detrás de los olivos.

Elia, instintivamente avergonzada, huyó. Cárlos sorprendido, quedó mudo.

—Cárlos, Cárlos, dijo Fernando en tono de amarga reconvencion, este no es el proceder de un caballero!

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Cárlos irritado.

—Que no lo es el engreír con galantéos á la jóven que llama hija nuestra Tia; á la que es un ángel de inocencia, una párvula en inexperiencia; y no tener presente, que son en este ramo la rosas para tí, las espinas para ella.

—Me ultrajas, Fernando, y la menosprecias á ella. En prueba de ello te repetiré lo que á Élia, á la faz del cielo que nos sonríe y aprueba, juraba en este momento. A Élia, tan elevada como humilde, tan débil como confiada, tan bella como buena, llevaré al Altar, en cuyas áras se consagran lazos tan poderosos y santos, que merecieron de Dios el poder de quebrantar todos los demás de la tierra.

Fernando, al oír á su hermano, quedó largo tiempo suspenso. Los invencibles obstáculos que se oponían al intento de su hermano, las desgracias y discordias que preveía, le aterraron. Por otro lado, la satisfaccion de haber hallado á su hermano, si bien irreflexivo y arrojado como siempre, como siempre tambien noble y honrado, le desarmaron; y así acercándose á Cárlos le dijo:—Perdona, hermano, si he sido injusto; pero no te has parado á

considerar que, lo que intentas es imposible; y que si insistes en llevar á cabo tu intento, vas á labrar su desgracia y la tuya.

—¿Y porqué?

—Porque Élia, la niña expósita, no debe, ni puede, ni querrá ser la mujer de un Orrea.

—Élia, respondió Cárlos, es muy novicia en el mundo para sospechar siquiera que la falta de nacimiento levanta una barrera entre dos séres que se aman. Además; sabes que por disposicion de Tia, se cree hija de una amiga suya. Por mí, sabes el poco precio que pongo á preocupaciones caducas.

—¡Caducas! dijo Fernando, esto lo dices con la autoridad de palabras huecas y vanas, que pulverizan á su paso el tiempo y la experiencia. ¿No sabes acaso, que hay árboles con tales raices que, aunque logren cortarlos, vuelven á brotar con más fuerza, porque su sávia está en las entrañas de la tierra madre? ¡Cárlos, no desafies á la sociedad!

—¿Qué me importa su fallo?

—No se opone uno al mundo, prosiguió Fernando, sin que éste se vengue; no se desprecian las opiniones de los hombres, sin que estas amarguen cruelmente la vida.

—¡Las opiniones! exclamó Cárlos con desdén, ¿me crees mujer, para que á ellas me someta?

—Están de tal suerte enlazadas en nuestra existencia, repuso Fernando, que nadie puede prescindir de su influencia. Huye... Cárlos! sigue el con-

sejo de un hermano que te quiere con corazon de Padre. Sacrificar una pasion á la razon, es derramar paz en la vida.

—¿Qué religion, qué moral, ni qué deberes me imponen ese sacrificio? ¿sobre qué altar llevaria en holocáusto la felicidad de Élia y la mia? dijo Cárlos.

—Léjos estamos de entendernos, respondió Fernando con dignidad, si se encierran para tí todos los deberes del vástago de una casa ilustre, del caballero y del hombre delicado, en los morales y religiosos. Dejando este terreno en que nos separa tu pasion ciega, tén presente, Cárlos, que vas á labrar la sepultura á tu Madre.

Cárlos se estremeci6 y qued6 suspenso, pero, despues de un rato:

—¡No, Fernando, nó! dijo, es demasiado justa y buena Madre, no querrá mi desgracia, se dejará ablandar; debe de querer y apreciar á ese ángel puro. ¿Por ventura sofocan el orgullo y la vanidad todos los demás sentimientos del corazon? Y tú, Fernando mio, que has sido siempre mi amparo, mi protector, ¿no me ampararás, no me protegerás ahora?

Diciendo estas palabras, apoyó su encendido rostro en el hombro de su hermano. Este le estrechó sobre su pecho, y le dijo:

—¡Y lo seré siempre, Cárlos! pero prefiero alejarte de un precipicio, á tener que sacarte de un abismo.

CAPITULO XI.

Miéntras pasaban estas escenas, en las que varias pasiones se agitaban amenazando el porvenir, como las agitadas pulsaciones de la sangre que empiezan á precipitarse anuncian una crisis violenta en nuestro sistema orgánico, tenia lugar una escena de muy diferente índole y consecuencias en otra parte del olivar.

Hallábase la Asistenta enmedio de un círculo espantoso de multitud de séres cubiertos de andrajos, súcios, desgñados, que con ademanes descompuestos, y voces discordantes gritaban ó ahullaban:

—¡Presal... ¡Presal?—Lo raro era, que la cara de la señora, léjos de estar asustada como era de inferir, estaba muy complacida, y que le decia al capataz, que hacia ademan de querer alejar á aquellos foragidos.

—Déjalos, Frasco, déjalos: están en su derecho.

— ¡Presa! ¡Presa! gritaba el motin:

—¿Quereis callar? mandó Frasco.

—¡No te digo que lo dejes, terco? le dijo la Asis-
tenta! no me llevarán á la cárcel. Vamos, hijos, pro-
siguió, ofrezco una buñolada por mi rescate.

—¡Bien! ¡Bien! gritó la turba, pero preso el secre-
tario.

Don Benigno se apresuró á sacar un duro del bolsillo.

—Quieto, quieto, dijo la Asistenta; á mí competen los rescates. ¡Espantajos! añadió, un carnero doy por el rescate del señor.

A estas palabras siguió una explosion terrible de regocijo. No hubo *vivas*, pero sí muchos ; *Dios se lo pague!*

—Señora, dijo apurado D. Benigno, yo no valgo un carnero.

—Pero yo valgo más que una buñolada; así, no se apure Vd.; que se vá lo uno por lo otro, repuso la se-
ñora. Ea, hijos, Frasco queda encargado de pagar el rescate; quedáos con Dios, que pareceis unos Judas.

Eran esta legion de visiones, los cogedores de aceitunas: suélese formar de mugerés, hombres poco útiles para otros trabajos, y de chiquillos de ambos sexos, en la detestable edad de diez á catorce años, los más pobres de los lugares, y para colmo de perfeccion típica del género, para no echar por ahí su ropa, tirándose por el suelo húmedo, y desgarr-

rándose en las zarzas, se visten de cuanto trapo viejo y desgarrado pueden haber. Estos, segun es costumbre, habian preso á su señora, modo indirecto y establecido de pedir un agasajo.

Cuando volvieron á reunirse en la hacienda, se sirvió la comida.

—Delgado, ¿sabe Vd. que tengo decididamente hambre, dijo la Condesa, y que me siento capaz de comer la olla?

—¡Como quien dice venablos! dijo la Asistentá.

—Estais tanto mejor, señora, dijo María, desde que se lo pido á San Antonio por la señora Doña Isabel.

—¿Y quién es esa señora? preguntó la Condesa.

—Es, respondió María, el ama del Santo que le cuida y asiste con tal esmero y cariño, y el Santo la quiere tanto, que nada niega de lo que se le pida en su nombre.

—Tales disparates no se pueden oír; ni se puede sufrir que metan los criados su cucharada en todo, dijo á media voz D. Narciso.

—¡Ojalá, gruñó entre dientes María, que ese *matasanos* no metiese la suya sino en la sopa!

—Señor, dijo impaciente la Asistentá, yo vengo sacando en claro que Vd. no tiene religion: vamos á ver: ¿cree Vd. en Dios?

—Pero... señora, dijo el filósofo, me parece, cuando ménos... que no es de razon este exámen.

—Responda Vd., repuso vivamente la Asistentá,

pues soy curiosa como una vieja que soy, y voluntariosa como bonita que no soy.

—Si señora, sí, creo en un *Sér Supremo*.

—Voz indefinida. Pero,—adelante; ¿cree Vd. que hay cielo?

—Creo en la mansion de los justos.

—¡Voz vagal pero adelante: ¿cree Vd. en la oracion y su eficacia?

—Creo, debemos alabar al *Divino Hacedor*, como lo hacen los pajaritos al alba.

—¡Buenos modelos de devocion! Pero... ¿y la eficacia?

—No creo en su inmediata consecuencia: es una arrogancia creer que la *Divinidad* se ocupe tanto de nosotros, é intervenga en nuestros mezquinos intereses privados.

—Entónces, ¿á qué rezais?

—Oro sin exigencias pueriles: es mi culto un *himno de gracias y alabanzas*.

—¿Con *alejandros*, como el del dia de mi santo?

—*Alejandrinos*, advirtió D. Narciso.

—Lo mismo tiene, respondió la señora; ¡para lo que yo los he de volver á nombrar!...

Todos se echaron á reir, y D. Narciso contestó picado:

—No soy poeta religioso, señora.

—Por cierto, dijo la Asistenta, que es el de Vd. un catecismo de nueva invencion, y me dejo cortar las orejas si se le puede hacer comprender al pueblo; y

las narices, si lo entiende Vd. mismo. ¡Sobre que cuadra bien con aquellas *apreciables* S. T. T. L., y con aquello de que el diablo inventó el agur por no decir á Dios! (1).

Élia y Cárlos estaban conmovidos. La pura alegría de Élia reposaba á veces en un silencio enternecido, en el que la sonreía lo pasado y el porvenir, sucediéndole lo que al niño, que en el regazo materno sonríe á la vez á su Madre y al Angel de su guarda.

Cárlos entregado únicamente á lo presente, estaba embriagado de gozo: solo veía, solo pensaba, solo se ocupaba de Élia.

—¡Qué dia tan feliz! exclamó al fin, rebosando en estas palabras el enagenamiento de su corazon.

— ¡Qué dia tan feliz! repitió Élia, que ni sabia ni imaginaba fuese el disimular en sociedad á veces hasta decoroso.

—¿Acaso existe la felicidad? dijo el misántropo filósofo: ¿dónde está? ¿qué es la felicidad? ¿Me lo querrá Vd. decir, señorita, Vd. que la preconiza?

Esto dijo el amable Delgado dirigiéndose á Élia, que como la parte mas inocente, débil é inofensiva, era por lo regular la que atacaba con sus ágrias hostilidades.

(1) Dice el gran escritor Bonald:

«En Francia se ha sustituido la palabra *moralidad* á la de *moral*. En Alemania la de *religiosidad* á la de *religion*. En todas partes la de *honradex* á la de *virtud*. Es esto á la manera que la palabra *crédito* sustituida á la Hacienda.»

Élia se quedó cortada con esta brusca interpelación.

—La felicidad existe, dijo la Asistente,—en quien hallaba D. Narciso siempre un antagonista con espada en mano—consiste en PODER y QUERER hacer el bien.

—¡Jesus, señora! repuso el señor Delgado, en eso podrá consistir la virtud, pero no la felicidad.

—Por eso la cifro yo, dijo Élia, en hacer de nuestros deberes otros tantos placeres.

—Bien dices, Élia, le murmuró Cárlos de quedo; y así completaremos la felicidad de amarnos haciendo de ese placer un deber.

—¿Que piensa Vd. de esto? decia entretanto don Narciso á la Condesa; ¿será un placer para un artillero ponerse ante la boca de un cañon?

—No es exacto ni justo vuestro argumento, Delgado, se apresuró á decir Clara. Hay deberes excepcionales y duros; pero aun estos tienen su satisfaccion, no en el acto de cumplirlos, sino en haberlos cumplido. Esto no obsta á qué esté con Vd., que tanto conoce el mundo y el corazon humano, (aunque á la verdad no bajo su punto de vista mas ventajoso) en que la felicidad propiamente dicha no existe; y así la única dable es no desearla.

—¡Eso es alta filosofía! dijo D. Narciso.

—Y á Vd., querido D. Benigno—dijo chancera la Condesa para evitar una intervencion armada que veia amenazadora en los ojos de su Tia—¿en qué le parece que consiste la felicidad?

—En no ofender á Dios, contestó el excelente hombre, á quien no turbaban ni imponian los sarcasmos.

—Esto es, dijo la Asistentá, *profundamente religioso*.

—¿A qué se cansan, decia Cárlos al oido de Élia, en buscarla? La felicidad está en un secreto de amor como el nuestro.

—¡No, Cárlos, no, contestó Élia; un secreto es una media mentira!

—La felicidad, decia Fernando, es para nosotros el juguete en la mano del niño; tan luego como lo posee, lo destroza. Así la puso Dios en la esperanza. Estas se renuevan á la par que al realizarse las aniquilamos.

—Desengáñate, Fernando, dijo la Asistentá: hay gentes que nunca son felices; y esto consiste en ellas, y no en las circunstancias. La felicidad es como la buena tez: la dá la sangre y no los mejunges.

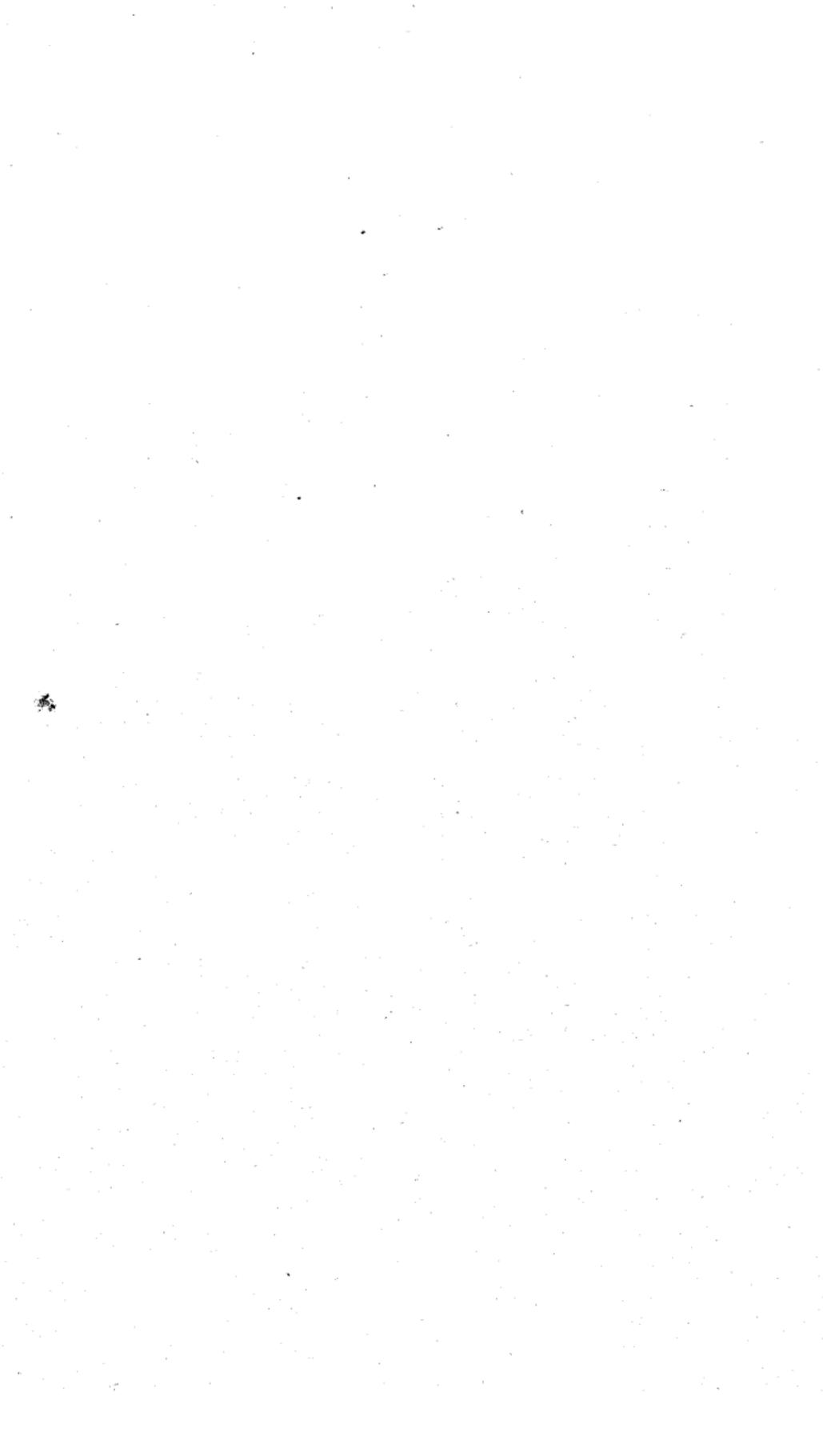
Cuando fueron á subirse en los burros, dijo Élia á María en un *aparte* que tuvieron.

—María, dos cosas tengo que decirte; la una... no puede ser por ahora; la otra es que dice D. Narciso que San Joaquin y Santa Ana no hablaban español.

—No me espanta, respondió María, ¡todo lo quiere ese renegado, á la extranjera!



TOMO II.



ÉLIA,

Ó LA ESPAÑA TREINTA AÑOS HA.

CAPITULO I.

A l' ombre du figuier près du courant de l' onde
Loin de l' œil de l' envie et des pas du pervers,
Je bâtirai pour eux un nid parmi le monde
Comme sur un écueil l'hirondelle des mers.

Là sans les abreuver á ces sources amères
Ou l'humaine sagesse a melé son poison,
De ma bouche fidèle aux leçons de mes Pères
Pour unique sagesse ils apprendront ton nom.

LAMARTINE. *Meditations.*

A DIOS.

A la sombra de la higuera, cercano á la corriente,
lejos de los ojos de la envidia y del ámbito de los malva-
dos, labraré un nido para ellos, como sobre un aislado
escollo lo labra la golondrina marítima.

Allí sin abrevarlos (*á mis hijos*) en las amargas
fuentes, en que el saber humano ha mezclado su pon-
zoña, de mi boca, fiel á la enseñanza de mis Padres,
por único saber aprenderán tu nombre.

Habian regresado todos del campo. Cárlos con
una pasion intensa y decidida á vencer todo obs-

táculo que se le opusiese; Fernando con una puzante inquietud y un impotente deseo de detener un torrente desastroso en sus consecuencias; Clara pronta á servir en todo á los amores romancescos, que no se la ocultaron; D. Narciso diciendo que no habia corazon mas inflamable que el de una devota; María pensando que tal para cual, y que eso no podia fallar. Solo la Asistentá y D. Benigno volvieron sin haber notado nada, ni maliciado lo mas mínimo; sin sospechar que la suave y transparente atmósfera en que vivian, se cargaba del ardoroso ambiente de tormentosas pasiones.

Se acercaba el carnaval. Era esta noche la del jueves de compadres. La Condesa, siempre dispuesta á divertirse, y siempre usando de sus derechos de niña mimada en casa de su Tia, improvisó en secreto una *soirée*, como se dice ahora, ó saráo como se decia entónces, para sacar, como ella dijo, á la soñolienta tertulia de su letargo, tal cual lo habia hecho Bonaparte con el leon Español. Pero no con el fin de que llenase como éste, con sus *rugidos espantosos la tierra de pavor* (1), sino para que con su brillantez y bailoteo, llenase á toda Sevilla de admiracion, haciendo morir de envidia á la Alameda vieja y sus inamovibles huéspedes, César y Hércules. Con este objeto, habia convidado la Condesa en nombre de su

(1) Alusion á una cancion patriótica de la guerra de la Independencia.

Tia á cuantas personas se echó á la cara en los dias anteriores á éste. Sucedia, pues, que se iban llenando los salones de una multitud de tertulianos exóticos, á punto que la amable y natural cordialidad de la Asisntenta no podia sobreponerse á la sorpresa que la causaba la aparicion sucesiva de tantas personas estrañas á su círculo habitual; resultando que se iba aumentando en su cara la admiracion á cada recien llegado. Clara y Cárlos que la observaban, estaban en sus glorias, y riéndose á cual mas.

—Me hace recordar esto, dijo Cárlos á su prima, de unas bromas que teníamos unos cuantos oficiales alegres. Vestidos de paisanos fuimos una noche á la tienda de un montañés, que estaba en esquina y tenia dos puertas. Entró uno de nosotros por una de ellas, saludó con cortesía al montañés, que estaba detrás de su mostrador, y se salió por la otra. El montañés, lisonjeado de ver tan deferente urbanidad en un caballero de pocos años, devolvió el saludo con las mayores muestras de agradecimiento. Un minuto despues, otro de los nuestros hizo lo que el primero, y el montañés tornó á volverle el saludo, asegurando al montañuco tiznado de carbon que estaba á su servicio, que la juventud ganaba por dias en finura y buenos modales. No habia acabado este elogio cuando otro tercero y respetuoso saludo, hizo desvanecer la complacida sonrisa de sus lábios, la que á la cuarta cortesía, fué reemplazada por una expresion admirada, como la que vemos en este instante en el sem-

blante de la Tia; al quinto se puso seria, al sexto, preguntó si trataban los de levita de burlarse de él, al sétimo gritó que aquello era una picardía, y al octavo, que lo hizo un muchacho tonton que llevábamos á remolque en nuestras excursiones, le tiró un candil á la cabeza.

Decíale entretanto el Maestrante que jugaba con la Asistentá:

—¡Señora, van dos renunciós!

—¡Qué quiere Vd., amigo, contestó la Asistentá, si no hago mas que corresponder á los saludos que recibo de tanta gente! ¿No está vd. viendo que mi casa se ha convertido esta noche, sin saber yo el cómo ni el porqué, en una feria? Sobre que estoy como el Rey en la córte, recibiendo gentes, que no conozco! Juego mas; solo.

—Tia, dijo Cárlos, acercándose con un caballero jóven y bien parecido, mi amigo Rioseco ha dias desea tener el gusto de visitar á Vd., que tiene relaciones con su Madre.

—No digas relaciones, dí amistad, repuso la Asistentá: de ello me honro, asi como de que su hijo favorezca mi casa.

—Tia, dijo á su vez la Condesa, presento á Vd. al señor Conde de Polikteiski, recomendable y desgraciado hijo de Polonia.

—Muy señor mio, dijo la Asistentá, saludando á un rubio y peludo caballero. ¿De quién dijo que era hijo? preguntó la Asistentá cuando se alejaron.

—De Polonia, señora, del país más revoltoso del Universo (1).

—Ya me tuvo el hijo cara de la madre; ¿á qué me traerá Clara aquí á ese oso rubio?

—Como es jueves de compadres..... contestó el Maestrante.

—Es que yo no quiero en mi casa semejantes compadres, dijo apresuradamente la Asistentita. — ¡Qué dirá Inés!

—Codillo, señora.

—¡Perder un juego así! exclamó rabiosa la Asistentita; ¡basta, malilla, un as, dos Reyes! ¡y por culpa de ese Judío errante, que vendrá aquí, cuando más y mucho, á poner una logia de masones para pervertir á la juventud! ¡A qué traerá Clara eso aquí? ¡Qué dirá Inés!

Hizo entónces explosion el estrépito de una banda de música que Clara había hecho introducir secretamente en su gabinete.

—¡El pecado sea sordo! exclamó la Asistentita tapándose los oídos con ambas manos; ¿qué es esto? ¡Dios nos asista!

—¡Como es jueves de compadres!... dijo su compañero de juego.

—¡Dále con el jueves de compadres! replicó la Asistentita.

(1) El autor no ha podido averiguar á punto fijo la época de la invasión de desterrados polacos; permónese, si lo es, este anacronismo insignificante.

En este instante Clara, trayendo de la mano á Élia alegremente sorprendida por la música, y acompañada de Cárlos y otros parientes jóvenes, se llegaron á la Asistentá y la rodearon con mil cariños y zalamerías.

—Pero... ¿qué es esto, señores? exclamó la Asistentá.

—¡Esto es que vamos á bailar, Tia! decia Clara, nos vamos á divertir y Vd. tambien; ¡venga Vd.! ¡venga Vd.!

—¡Están locos! decia la Asistentá medio enfadada, medio risueña al verse rodeada de aquella alegre pandilla, ¡armar una fiesta! ¡en mi casa! y sin contar con mi anuencia! ¡pues está bueno!

—¡Si es jueves de compadres, Tia!

—¡Otra te pego con el jueves de compadres! ¿en ese dia por ventura no tengo yo voz en mi casa? ¡ah! ¡Clara, Clara! ¡Ya que no me pudistes encajar la peluca, me metes un baile de contrabando en casa! á mí no me gustan esos alborotos.—¡Jesús! ¡qué dirá Inés!

—¡Venga Vd., Tia, dijo Clara, que vá Vd. á ver lo mejor! y levantando casi á la fuerza á la buena señora de su silla, la sacaron del gabinete en que estaba, y se la llevaron á la sala.

Allí, en un momento se vió subida Clara en una estrada que se habia colocado en el testero, teniendo en la mano cantidad de cintas de diferentes colores, cuyos largos cabos pendian los unos á la izquierda,

los otros á la derecha. Era este espectáculo tan bonito y animado, que la sonrisa iba disipando en el semblante de la Asistentita todo resto de desaprobacion.

Hizo pasar Clara á las señoras á un lado y los caballeros al otro. Hizo á todos coger los cabos de las cintas sin deshacerse de ellas, hasta que cogidas todas, abriese su mano, quedasen sueltas, y cada pareja se hallase unida como designase la suerte. Los que así quedasen unidos por las cintas, eran compadres, y por precisa obligacion tenian que bailar uno con otro la primera contradanza.

—Que agarre Tia una cinta, dijo Clara de lo alto de su estrada, y que quiso que no, tuvo la señora que acceder á las súplicas y empeños que de todos las dos la hacian.

—¡La celeste! murmuró Clara al oido de Cárlos al acechar la eleccion que de este color hacia Élia.

Cárlos siguió el consejo, y al soltar Clara las cintas, se halló unido por ese lazo de color de cielo á la que amaba. Cárlos apretó agradecido la mano de su prima al ayudarla á bajar del tablado. Clara se echó á reir; pero paró su risa al notar la cara que ponia su Tia, al verse, por una fatal casualidad, unida por la cinta que tenia en la mano, con el polaco. Fué tal el coraje de la señora, que metiendo la cinta en la mano de Clara:

—Carga tú con el compadre, le dijo, y dile al hijo de Polonia, como tú dices, que ni bailo, ni sé

francés, y que soy por lo tanto una pésima comadre; á tí no te pesará, puesto que te llenas la boca al decir *hijo de Polonia*, como si dijese los hijos de Pelayo.

Alejóse apresuradamente la señora, y se acercó á una puerta á la que estaba asomada la cabeza de María, que más ceñuda y avinagrada que nunca, contemplaba aquel inaudito barullo.

—María, la dijo, llama á Pedro, menearse y andar ligeros, aprontar refrescos, dulces, bizcochos, pastelillos, bollos, tortas, que nada falte. ¡Vaya con esa niña! ¡no haberme siquiera avisado!...

—Ya ha cuidado de todo la señora Condesa, que bien hubiera podido dar la fiesta en su casa, respondió de mal talante María.

—¿Y qué daño te causa que sea aquí, pizpireta? ¿estamos acaso en cuaresma? ¿no sabes que es jueves de compadres? dijo la señora.

—¡Buenas se van á poner las esteras! gruñó María.

—¡Anda á paseo! repuso impaciente la Asistentá, volviéndola la espalda.

María se fué murmurando, y se halló en el corredor á D. Benigno, que con un *dominguillo* encendido en la mano, tocaba de retirada, y se iba á acostar.

—¡Ha visto vd. el chasco! le dijo, ¡no contenta con volver patas arriba su casa, viene la señora Condesa á trastornar esta!

—¿Qué dice la señora? preguntó D. Benigno.

—¡Toma, dijo María, tan contenta!—¡Tan satisfecha! respondió remilgadamente María, ¡tan embullada como los otros!

—Pues entónces, repuso D. Benigno, me parece muy bien esta fiesta, y propia de jueves de compadres.

—¡Vaya, mujer, dijo la Baronesa de San Bruno á la Asistentá, al verla pasar, que está tu sala hecha una olla de grillos! ¡y la concurrencia un mistiforis, un churiburi!

—Verdad es, Baronesa, ¿pero qué hago? ¿cojo una zaranda; ó mando tocar á silencio? ¡Esa Clara es capaz de alborotar un convento! ¡y ya no hay mas que, una vez en el burro... . aguantar los azotes!

—¡Qué fachas! prosiguió la Boronesa; aquel que habla con tu amigo Delgado, es un profesor que dá lecciones á mis hijos; el currutaco aquel que dá el brazo á Clara, es un hacendadete de tres al cuarto, hijo de un mercader que se hizo asentista... ¡Y no digo nada de aquel mata-moros feróstico que bailó con tu sobrina! ¡qué cara! Mira—la prudencia no riñe con nadie—dile á María que guarde los candeleros de plata.

—Pues para que veas lo que es, repuso la Asistentá, tus ponderaciones y alharacás me reconcilian con él. ¡Sobre que ahora que le miro mejor me parece un real mozo!

—¡Cómprale dulces! dijo con sorna la Baronesa.

—No, respondió la Asistentá, pero si abre Clara una suscripción en su favor, como me lo ha dicho ha poco, pondré dos onzas.

—¡Dichosa tú, repuso ágríamente la Baronesa, que eres rica... que puedes darte el gusto de tirar el dinero para chafar á una amiga!

—Si no lo doy por caridad (que bien puede ser que así sea, que yo no miento), será para chafar una enfermedad malévola, y compensar una injusticia mordaz, ¿estás, Baronesa?

Diciendo esto se alejó la Asistentá, y se acercó á la mesa en que jugaba su cuñada.

—¿Inés, la dijo, qué te parece?

—Muy bien, Isabel, contestó esta; pero yo me voy, porque es tarde y me duele la cabeza.

—¡Quédate, Inés! suplicó la Asistentá, ¡anda, compláceme! ¡no te llesves á Esperanza!... ¡si hoy es jueves de compadres!... ¡deja que se divierta la gente moza!

—Perdóname, hermana, dispénsame, Isabel; pero el ruido y las jaranas me son antipáticas. Además sabes que no quiero que baile mi hija, y no transijo sobre esto; así lo mejor es que me quite de compromisos: ahí te quedan mis hijos.—A Dios.

Habia bailado Élia la primera contradanza con Carlos, el que segundado por la Condesa, había fácilmente enseñado á Élia el fácil modo de bailar las contradanzas españolas, que tan bien se aviene con la graciosa languidez habanera, que las ha vuelto á

poner en moda con el nombre de la *dancita*. Habia sido luego sacada á bailar Élia por Rioseco, que era un jóven Teniente Coronel de milicias, de arrogante figura, que no disimulaba la profunda impresion que le habian causado la belleza y angelical candor de Élia; y fué esto de una manera tan marcada, que á nadie se le ocultó, pero ménos que á nadie á Cárlos. Este incomodado y sentido, se apoyaba en el quicio de la puerta, siguiendo á la hermosa pareja que se mecía graciosamente al compás de la música, con miradas ceñudas é inquietas. Acabóse el baile, y Élia se vino á sentar en el asiento que halló desocupado mas próximo á la puerta.

Cárlos, en lugar de acercarse á ella, se alejó, y se salió á la antesala; golpe heróico de celosos. Pero apenas habia notado Élia su ausencia, cuando ya Cárlos la habia puesto término, y estaba sentado á su lado, pero tan callado y tan ásperamente engestado, que Élia creyó ver en él otro hombre, y por segunda vez se encojió su corazon; esta vez no como la sensitiva, sino como la flor á la primera escarcha.

—Élia, dijo al fin Cárlos, ¿sabes lo que significa el color de la cinta que nos ha unido esta noche?

—¿Celeste? respondió Élia, sí; la pureza de María.

Cárlos quedó un momento suspenso, como si la frase de Élia fuese la respuesta á sus íntimos pensamientos; pero al cabo de un rato añadió:

—En el lenguaje del mundo, Élia, significa celos. ¿Sabes lo que son celos?

—Sí, respondió Élia, es el dolor de haberse engañado en su cariño. San José los tuvo injustos de María, y así dice la copla de Noche buena:

San José tenía celos
Del preñado de María,
Y en el vientre de su Madre
El Niño se sonreía.

—¡Válgame Dios! exclamó Cárlos impaciente, ¡desgracia es inspirar pasiones y no comprenderlas! Élia... no estamos en tu convento. Sábetete que la pasión que engendra celos, no aguarda pruebas; que en el mundo los celos no se fundan sobre convicciones, y que:

Son celos unos recelos
De una opinion mal fundada:
Si son algo, no son celos;
Si son celos, no son nada.

—Pues si no son nada... dijo Élia con dulzura.

—Es que, repuso Cárlos con vehemencia, lo que no es *nada* para el indiferente, es enorme para el que ama: es que éste sufre cual el que anda sobre llamas, cuando ve á otros ambicionar sustraerle su amor y que éste se presta á ello, se distrae, olvida...

—¿Y tú crees que he podido olvidarte? dijo Élia.

—Al ménos... que no has pensado en mí.

—¡Sí, Cárlos!

—No lo creo.

—¡Lo ves, Cárlos?... desde que he aprendido á *callar*, me crees capaz de *mentir*!

—Pero si veo que desde que empezó la música solo piensas en bailar, lucir y distraerte!

—Desde que oí la música, Cárlos, cantaba mi corazón palabras tan dulces!.... ¡en un idioma que no pueden pronunciar los lábios! Solo tu nombre sonaba distinto y repetido.

—¿Muchas veces, Élia?

—¡Tantas, tantas!..... cuantos ángeles plegue á Dios enviarme á la hora de mi muerte. Así, Cárlos, no concibo esos celos que.....

—Pero, Élia, dijo Cárlos interrumpiéndola, si me vieses bailar con otra y obsequiarla, ¿no los tendrías tú?

—No, respondió Élia; no! Jamás me cabría el pensar que me querías ménos por eso; ¡nunca sospecharía que me engañabas!

—Pues yo, que no tengo tu admirable sangre fría, exclamó Cárlos volviéndose á montar, yo que tengo celos hasta de las brisas, á las que no bastándoles las rosas del jardín, vienen á posarse en tus labios, no quiero que bailes con nadie.

—No bailaré, dijo la dócil niña.

—Que no hables con nadie, prosiguió Cárlos.

—No hablaré, tornó á decir Élia.

—Que no mires á nadie, añadió Cárlos, haciéndose más exigente á medida que más sumisa hallaba á Élia, desfogando en despotismo el despecho que no podia desahogar en querella.

—No miraré, respondió Élia bajando los ojos.

—Pero... ¿porqué lloras? dijo Cárlos al cabo de un rato de silencio, al ver caer como estrellas del cielo lágrimas que brillaban por las mejillas de Elia sobre las flores que llevaba al pecho.

—¡Lloro, respondió Élia... sin querer! Pero es porque siento haberte incomodado sin saberlo; y sobre todo porque jamás pensé que tales maneras y tal acritud pudiese tener nadie conmigo, y tú menos que nadie.

—¡Oh! ¡perdona!... ¡perdona! exclamó Cárlos vencido y fuera de sí: ¡perdona, Élia! ¡He sido duro, injusto, cruel; he envuelto en abrojos el corazón que debia colocar sobre armiño! ¡Discúlpame, Elia mia, y no juzgues la pasión por tu dulce y apacible cariño! Comprende bien que ha sido mi falta hácia tí un exceso de amor! Perdona que no haya tenido presente que el mortal que te ame, no podrá nunca hacerte descender á su esfera, y deberá elevarse á la tuya.

CAPITULO II.

Estaba Cárlos demasiado apasionado, y era Élia demasiado sincera para que pudiese quedar oculto su mútuo cariño. Así era que nadie ignoraba sus sentimientos, sino la señora de Calatrava, porque ésta amaba tan tiernamente á su hija adoptiva, que ningun extremo de ternura gastado con ella podia parecerle extraño.

Muchas hablillas se hacian sobre esto; censurábase á las Madres, criticábase á Cárlos, y sobre todo condenábase á la presuntuosa Élia. Sè le trazaba á cada cual con admirable acierto la línea de conducta que debia seguir, las medidas que debia adoptar para lo sucesivo; en fin, era cada cual,—segun costumbre, segun lo sois vosotros que esto leéis, y yo que lo escribo,—avisado, prudente y entendido en negocios agenos.

Explayábase sobre esto en aquella ocasion la Baronesa de San Bruno, que, como hemos visto, era una de esas personas que han nacido con un alma erizada de púas como un erizo, hostiles á todo por carácter, por tono, por costumbre, haciendo de la crítica zancos para elevarse, sin tener en cuenta que esos mismos zancos ponen más á la vista las propias deformidades. Estos entes désgraciados colocados en la sociedad como atalayas por la envidia, como telégrafos por la maledicencia, parecen haber recibido la triste mision, opuesta á la de la abeja que de todo saca miel, de sacar veneno de todo. ¿Y quién podrá corregir este defecto capital de nuestra época? ¿qué freno podrá retener ese desprestigio general que se ha echado sobre las cosas y los hombres, con la misma mano y espíritu atrevido que ha desdorado los Altares? El ser nosotros virtuosos; que con la virtud entran en nuestros corazones sus compañeras la benevolencia y la indulgencia.

La Baronesa, decimos, daba rienda suelta á sus comentarios, afirmando no comprender la conducta pasiva de la Marquesa. Cordobesa de la Cepa (1), tan

(1) Bajo el nombre de *Cepa* se conoce el doble concedido por el cabildo de la Santa Iglesia catedral de Córdoba en 1368, el cual se hace con la campana mayor y otras tres, á la memoria de los descendientes de los señores D. Alonso Fernandez de Córdoba, Señor de Montemayor, á los de D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, Señor de Aguilar, y á los de D. Diego Fernandez de Córdoba, Señor de Lucena, en reconocimiento de la defensa que

ridículamente vana como una de sus parientas, que habiendo á la muerte de una reina de España, oído tocar una campana, que no doblaba nunca sino en la muerte de alguno de la Cepa, preguntó con un escandalizado remilgo.—¿Dobla nuestra campana? ¡Pues qué! ¿La Reina era acaso de la Cepa?—Guardábale aquella señora ojeriza á la Marquesa por el siguiente motivo.

Era la alcurnia de la Baronesa injerta en planta algo fresca, de lo que resultaba, que su casa que era magnífica, reunía al mejor gusto de las épocas en que las artes estaban en flor, mas comodidades y mas solidez que la casa de los Orreas, que no solo era anterior á la conquista y al repartimiento, que fué cuando le cupo en suerte á un Orrea, sino que á ser un caseron vetusto reunia lo destartalado, y estar situado en mal sitio, pues los antiguos Grandes se aislaban, como si temiesen les faltase espacio para estirar sus poderosos brazos; y levantaban alto los techos, como si temiesen les faltase altura para alzar sus erguidas cabezas.

Habiendo necesitado una obra de consideracion la deteriorada casa de la Marquesa, dijo la Baronesa en una ocasion, que la casa de la Marquesa era una capa burda remendada y de mala hechura, colgada en un zaquizamí. No faltó un *corre-ve-y-dile*, más dili-

en 1366 hicieron de aquella ciudad contra el Rey D. Pedro coa-
ligado con los moros de Granada.

gente que un correo palomo, y mas expeditivo que un camino de hierro, que se lo repitiese á la interesada, la que dijo sin salir de su calma, que nadie como la Baronesa, que vivia en una casa tan nueva y hermosa, tenia razon en opinar así; que consistian todas las faltas de su casa en ser muy vieja, siendo por cierto una fatalidad redundase en mal para las casas, lo que redundaba en bien para los pergaminos.

No hemos averiguado, si á fuer de cristiana, perdonó este dicho la de la casa nueva á la de la casa vieja, á la hora de su muerte.

No obstante, la Marquesa, á pesar de su aparente indiferencia y abandono, no estaba tranquila; porque aunque le parecia cosa sencilla y facil el cortar de raiz, cuando determinase, esta *atolondrada fervorotada* de su hijo, le temia á su carácter impetuoso, el que podria llevarle á hacer extremos y exterioridades que diesen que hablar, é hiciesen perder á Élia, cuyo nombre era para ella un sagrado.

Consideró, pues, que ya no habia tiempo que perder, y determinó hablar á su hijo, y convencerle ó forzarle á volver á su Regimiento.

Entonces, una vez puesta tierra por medio, estaba tranquila; porque pensaba—y pensaba bien,—que no habia amoríos que resistiesen á la razon, al tiempo, y á la ausencia reunidos.

Por su parte hacia tiempo que Cárlos habia determinado abrirse á su Madre, habiéndolo dejado de

dia en dia por no hallar medio de abordar la cuestion.

No habia buscado intermediario, porque á nadie conocía que ejerciese influencia sobre su Madre, en punto á cosas de familia. Solo su Tia habia podido intervenir entre Madre é hijo; pero la delicadeza de Cárlos no le permitía mezclar en este asunto á su Tia.

Un dia, pues, que habian acabado de almorzar, y se habian retirado los criados, le dijo de repente con tono templado pero firme, la Marquesa á su hijo:

—Cárlos, aunque sea contrario á la dignidad materna el mezclarse en las intrigas amorosas de sus hijos; aunque yo sobre esto,—como lo hago sobre otras cosas,—quisiera cerrar mis ojos de Madre, no es posible en esta ocasion presente. Es mi deber el precaver y evitar las resultas de tus atolondros, que tú con tu irreflexivo carácter, ni prevées, ni piensas: por lo tanto, me veo en la necesidad de prescribirte tu ulterior conducta, cuando la anterior ha dado pábulo á comprometer á una jóven.

Al oir este inesperado exordio, los tres hermanos quedáron sorprendidos y sobresaltados.

Fernando, conociendo el carácter de su Madre, y la pasion é intenciones de su hermano, presagió una escena violenta, cuyo resultado podria no ser el que aguardaba la Marquesa, y así le dijo:

—Madre, nosotros los hombres nos entendemos mejore entre nosotros; si quereis darme el encargo de

:

hacer saber á Cárlos vuestra voluntad, se podrá evitar de esta suerte una escena, que para ambos debe ser igualmente penosa.

—No, respondió la Marquesa, los consejos de una Madre solo en sus lábios tienen toda su fuerza; su voluntad solo en su boca tiene toda su autoridad.

Esperanza miraba á su Madre temblando y descolorida. Fernando se sentó egitado y bajó la cabeza. Cárlos pensó en Élia, se limpió el sudor de la frente, y se serenó al decirse: ¡ahora ó nunca!

La Marquesa atribuyó la visible emoción de sus hijos, á la sorpresa que les causaba hallarla sabedora de los amores de Cárlos, y creyendo por lo mismo conseguir mas fácil y prontamente su intento, prosiguió con calma:

—No es mi ánimo, Cárlos, reconvenirte por haber puesto los ojos en una muchacha, que debería haberte sido sagrada, como huérfana y como protegida de tu Tía. Tu razón te lo demostrará mejor que pueden hacerlo mis palabras; tu conciencia, cuando le des oídos, lo hará más sentidamente que mis razones.

La opinión de Élia ha padecido por tus inconsideradas exterioridades, y la opinión, Cárlos, es el primer dote que pide un hombre á la mujer que hace suya, la más bella recompensa que dá ella á sus Padres, y la más gloriosa herencia que deja á sus hijos: es su corona en el mundo, su epitáfio en la tumba; y esa opinión, Cárlos, es como una rosa que se ajase de mirarla. Así, pues, es preciso se desvien

de Élia esas miradas del mundo, que marchitan. Para esto no hay más que un medio; es fácil, sencillo, no llama la atención, y sobre todo... es mi voluntad. Carlos, partirás inmediatamente.

Reinó un rato de silencio: sobre las cruzadas manos de Esperanza cayeron dos gruesas lágrimas.

Por fin, Carlos con tono deferente, cual le inspiraba su profundo respeto á su Madre, pero decidido, cual se lo daba su vehemente pasión por Élia, dijo á su Madre:

—Madre, si lo exigis, partiré. Más, no penseis por eso que yo renuncie á mi consagrado amor: él es mi vida, mi alma, mi destino, y todo mi ser. Amo á un ángel que Dios ha puesto en la tierra, para cerciorarse de si los hombres lo sabrian apreciar; ha acogido mi amor, y nada en el mundo puede separarnos.

Fué tal la sorpresa de su Madre al oír estas palabras, que enmudeció por lo pronto, fijando sus ojos atónitos y desmesuradamente abiertos sobre su hijo, mientras que una palidez mortal se extendia sobre sus facciones.

—¿Qué?... dijo al fin con voz ahogada, ¿qué es lo que te atreves á proferir en mi presencia? ¿qué no hay poder en el mundo que te pueda apartar de una insensata demencia? ¿me han engañado mis sentidos?... ¡Es mi hijo, el hijo del hombre que amo y venero en la tumba, quien ha proferido esas palabras!

—Sí, Madre, sí, es vuestro hijo, que está pronto á sacrificaros todo, ménos su cariño. ¡Oh, Madre! ¡Ma-

dre! ¡no le condeneis! ¿Porqué habíais de condenar un sentimiento tan puro, tan noble, tan invencible? No me forceis á desconocer vuestra autoridad, á la que me he sometido siempre! ¡que he consultado con la confianza [del pastor, á las estrellas que no fallan! ¡Consentid, Madre!.... Para que recibiendo á mi compañera de vuestra mano, me sea sagrada dos veces.

—¿Y te atreves siquiera á imaginar, exclamó la Marquesa fuera de sí, el unirte á... Si! cáiga el velo que cual una nube preñada de tormentas y males ha cubierto el fatal secreto de su nacimiento! Sabe, pues...

—¡Oh! Madre, dijo Cárlos interrumpiéndola con exaltacion. ¿Qué me importa? ¿me haria más feliz, la amaría yo más entrañablemente, si fuese hija de un Rey? ¿qué me importa cuáles sean las flores en cuyo seno se crió la miel que ha de endulzar mi vida? Madre, ¿querréis tener en cuenta preocupaciones al decidir mi suerte? Solo el orgullo puede tenerlas en más que la inocencia, la virtud y la hermosura!

—¡Está demente! dijo la Marquesa con voz sofocada: ni oye razones..... ni escucha á su Madre... ni atiende á nada! Vuelve en tí, Cárlos! habla como hombre cuerdo á tu Madre; y deja las novelas para circunstancias ménos graves.

—No seais, Madre mia, inexorable en vuestra oposicion, como yo incontrastable en mi firmeza. Mandadme lo *posible*, para que pueda obedeceros, que es

todo mi deséo; y no estrelleis vuestra autoridad, que venero, contra un imposible.

—¡Huye de mi vista, hijo rebelde!—exclamó la Marquesa trémula con la indignacion que su carácter altivo y su génio violento agolparon en su corazon al oir á su hijo;—que el sol de mañana no te alumbre aquí. No vuelvas á parecer ante mis ojos, sino cuando traigas tu sano juicio, el sentimiento de tus deberes, los miramientos que debes á tu familia, y el respeto que debes á tu Madre.

—¡Partiré, dijo Cárlos levantándose, partiré! pero no antes de haber renovado en vuestra presencia el juramento que he hecho á Élia á la faz del cielo, á fin de que no confieis para que lo olvide, ni en el tiempo, ni en la ausencia, ni aun en vuestra autoridad. Élia que amo y que me ama, Élia en quien confío, y que en mí confía, Élia será mi muger.

La Marquesa se levantó erguida, su rostro estaba desencajado, sus dientes rechinaban, y alargando su brazo hácia su hijo, cayeron de sus pálidos y trémulos lábios estas terribles palabras:

—¡Pues llévale en arras, hijo indigno, la maldicion de tu Madre!

Esperanza lanzó un grito. Fernando se abalanzó á su hermano, que cayó anonadado en sus brazos.

La Marquesa salió con pasos precipitados. Esperanza la siguió torciéndose las manos.

—Madre, Madre... ¿dónde vais? exclamó al ver que esta se ponía la mantilla.

—Voy, contestó la Marquesa, á desengañar á la osada que se ha atrevido á admitir juramentos insensatos y á fomentar una demencia; voy á disipar sus ilusiones locas!

—Madre, volvió á exclamar Esperanza echándose de rodillas delante de su paso, Élia está indispuesta. ¡Dejadme ir á mí! ¡Dejad que una amiga le abra los ojos, si en ello persistís;... pero no vayais vos! ¡no vayais!... ¡en este momento al ménos... no vayais!

—Déjame, respondió la Marquesa, desprendiéndose de las manos de su hija, con las que se asia esta á sus rodillas:—¡que no halle yo hoy en cada uno de mis hijos un contrario!—Diciendo esto salió, y Esperanza, anonadada, quedó de rodillas con los brazos extendidos hácia la puerta por la que habia salido la Marquesa.

CAPITULO III.

Estaba Élia algo indispuesta, recostada en su sofá. Habíala arropado María, que en pie delante de ella, con un vaso y una cuchara en la mano, le decía:

—Vamos, Élia, toma este lamedor de malvavisco: yo misma lo he hecho, y está muy rico.

—Lo tomaré, María, respondió Élia; pero aunque tú misma lo hayas hecho, está muy feo;—y hacia un gracioso gesto de asco.

—¡Cómo arde tu piel! dijo María pulsando á la niña.

—Empeñada estás en que estoy mala, repuso esta, y todo por hacerme tragar tus queridos jarabes: tómatelos tú, ama; que yo aunque rabies, estoy buena, buenísima, y más contenta y más alegre que

unas pascuas, porque mañana ó pasado ó el otro, sale á luz mi secreto. Y desde ahora te digo, que tú de puro contenta, no vas á dormir en tres noches, ni á gruñir en tres días.

—Siempre será ese secreto, dijo María sonriendo para sus adentros, con el que me tienes tan curiosa, la montaña que parió un raton.

—Al contrario, repuso Élia con viveza y ahinco, al contrario, María, es el raton el que va á parir la montaña: ¡verás!... ¡verás!

Abrióse de repente la puerta del cuarto, y la Marquesa, pálida, severa, imponente, apareció en el quicio.

La cuchara cayó de la mano de Élia, y María se volvió sorprendida.

—María, alejáos, dijo la Marquesa, que tengo que hablar á Élia.

María no se movió, y dejó caer sobre la asustada Élia una mirada de insondables sentimientos tiernos.

—¿Me habeis oido? dijo sécamente la Marquesa al cabo de un momento.

María, aturrullada y confusa, se retiró.

—¿Sería posible!... no, no, ¡no lo es! ¡no puede ser! ¿Y mi señora?... ¡no puede ser! sería preciso, si lo hiciese... ¡ahorcarla con su propia lengua! iba María murmurando.

Quando María hubo cerrado la puerta, la Marquesa tomó una silla, y se sentó á alguna distancia frente de Élia.

—Élia, le dijo, hay cosas en este mundo que pueden quedar ocultas mientras que el ignorarlas no da pábulo á graves males; pero que deben descubrirse si no se halla otro medio de evitar estos males. Este es el caso respecto al secreto que se te ha guardado con el de tu nacimiento, por lo cual me veo precisada á revelártelo.

Calló un momento, y prosiguió:

—Escúchame, y sírvate lo que te voy á referir de gobierno, para graduar lo que en adelante te toque hacer. En uno de los viajes que hizo mi hermano al campo, en el que le acompañé, nos detuvimos en la venta que se halla en el camino, por el empeño que puso mi hijo Cárlos en ir á besar la mano al Cura, á quien queria mucho, y al que vió á la puerta de la venta.

Mi cuñada quiso saber que motivo poderoso le determinaba á entrar en Sevilla, donde ya hacia estragos la primera epidemia que tan desastrosa fué. Nos retiramos á un cuarto, y el Cura nos contó lo siguiente:

«Habrà ocho dias que me despertaron fuertes golpes que daban á mi puerta; me levanté, y abrí. Un hombre desconocido, que se tapaba la cara con una manta en que venia embozado, me dijo se necesitaba mi ministerio, y que le siguiese. Vacile un instante ante aquella imponente aparicion; pero en seguida le dije:—andad, que os sigo.—Atravesamos as solitarias y oscuras calles del lugar, hasta llegar

á la salida, en la que hallamos dos caballos atados á un árbol.—¿Dónde vamos? le pregunté.—A donde se necesita de vuestro ministerio, tornó á contestar.

»Ví que me exponia á ser parte ó víctima en algun lúgubre misterio. Pero me encomendé á Dios, y seguí á mi guia.

»Habríamos andado á buen paso media hora, cuando se paró mi conductor en la portada de un olivar cercado. Nos apeamos, y me llevó por una vereda angosta, hasta llegar á un claro en que ardia una hoguera; en su alrededor estaban sentados ocho ó diez hombres: no era fácil equivocarse; eran ladrones.—Padre, me dijo uno de ellos, jóven y de buena presencia, y que parecia el gefe, á juzgar por su porte altanero y su tono de mando: confesad á esa mujer; y me señalaba, al hablar, á una infeliz, que estaba tendida en el suelo sobre una manta; en seguida se alejó con sus demás compañeros. Pensé que iban á asesinarla, y mi sangre se heló en mis venas. Me acerqué á ella, y viendo que no hacia movimiento, la alcé la cabeza; la luz de la hoguera dió de lleno en su rostro: era hermoso.—Padre, exclamó la malhadada, yo me siento morir. Pero antes quiero confesar mis culpas, que son sin cuento! Decid, Padre, decid, ¿podrá nunca morir en paz tan gran pecadora? ¿concederá Dios esta gracia á la que la pide, cuando ya no le queda otra cosa que pedir?—Tranquilité cuantopude aquel agitado espíritu, y vine en conocimiento

al redoblar sus quejidos, de que la infeliz estaba con dolores de parto. Era urgente procurarla socorros temporales. Llamé al capitán, le hice presente el peligro que corría la paciente, y me brindé á llevarla á mi casa, én la que mi hermana la daría la asistencia que la era indispensable. Después de algunas objeciones que allané, se avino á mi propuesta; pero con la condicion de que en pasando algunos dias, los mas precisos á su restablecimiento, se la volvería á entregar, acerca de lo cual le empeñé formalmente mi palabra. Fuéme preciso concederle su exigencia, lo que sin embargo hice poniendo á mi vez por necesaria condicion el que ella lo consintiese voluntariamente; pero esto no parecia dudarlo el bandolero.

»Trájose, pues, la infeliz á mi casa, en la que después de infinito padecer, dió la existencia á una niña, perdiendo la suya, que entregó en manos del Señor, lavada en las eficaces aguas de lágrimas de contricion. Cuando vino por ella el que me la entregó, le llevé al féretro. Mucho tiempo estuvo en silencio contemplando con asombro aquellas hermosas facciones, que blanqueaba y serenaba la muerte, como purifica y tranquiliza el alma del que sabe morir como cristiano. Asi se hallaban á cada lado del féretro de aquella bella jóven, á quien el amor costó la honra y la maternidad la vida, el hombre que la perdió, y el que tuvo la santa mision de salvarla; el que lleno de terror y espanto consideraba aquella muerte como un horroroso castigo, y el que rezaba tranquilo

considerándola como una misericordiosa disposición de Dios.

»Traje á la criatura; pero al verla el bandolero, prorumpió en una imprecación, cual si le reprochase la muerte de su madre, se golpeó la frente, y se arrojó fuera de la casa.»

—¿Y... la abandonó? exclamó Élia, que con las manos cruzadas y el alma en sus bellos ojos, escuchaba el relato de la Marquesa, conmovida; pero sin atinar á comprender el secreto en que vendrían á combinarse estos lejanos hechos, y que tan solemnemente le habia sido anunciado por la Marquesa.

—¡Pobre criatura de Dios! ¡Pobre desamparada! siguió murmurando en queda voz... al ver que la Marquesa proseguia, sin contestarle, la relacion del Cura.

—«Aguardé aun varios dias á ver si volvería su padre por la criatura, que habia bautizado con el nombre de su Madre. Pero no habiendo parecido nadie, me ví precisado á encomendar á la Providencia de Dios y á la caridad de los hombres, á la pobre huérfana abandonada, y llevarla á la inclusa de Sevilla.»

—Que es el purgatorio de los ángeles que expían las culpas de sus padres (1), exclamó mi cuñada con su acostumbrada petulancia. Traiga Vd. la criatura, señor Cura, que quiero verla.

Se la trajeron dormida; pero al tomarla Isabel,

(1) Téngase presente la fecha en que se habla.

abrió los ojos y pareció fijarlos en los suyos. Isabel, que siempre se deja llevar por su primer ímpetu, la besó y dijo:—Señor Cura, esta niña es mía.—Esa niña, añadió la Marquesa levantándose, *eras tú!* Ahora... pesa bien si la hija de un facineroso y de una mujer perdida, puede pensar en unirse á las dos primeras casas de Andalucía.

Diciendo esto salió la Marquesa, ostentando una tranquilidad no alterada, que desmentían un temblor involuntario y una palidez mortal.

María, que no se había alejado, vió salir á la Marquesa, y se apresuró á volver al cuarto de Élia. Sus gritos atrajeron á todos los de la casa, cuando al entrar halló á la niña que había criado, que habiendo caído sin sentido, yacía en el suelo como un cadáver.

Con pasos acelerados y sostenida por D. Benigno, llegó la Asistentá.

—¿Qué es esto? exclamó atravesando el cerco de criados que rodeaban á la inanimada Élia, ¿qué ha sucedido?

—¡Que se muere!... ¡que se muere! gritaba María, que había perdido la cabeza.

—¡Élia! ¡Élia! ¡hija de mi corazón! exclamó la Asistentá, ¡un médico! ¡un médico! corred, volad todos!

D. Benigno corrió á abrir la ventana:—Pedro á traer vinagre.

—¡Pero, María, estás sin tino! decía la Asistentá: habla! dí; ¿qué ha motivado esto?

—No lo sé, respondió María, yo no estaba aquí.

—¿Pues dónde estabas, mujer descuidada, yo que confiaba en tí para cuidarla en su indisposicion que creí leve?

—Señora, respondió María, la señora Marquesa me mandó salir.

—¿Mi hermana ha estado aquí? dijo sorprendida la Asistentá.

En este momento Élia, que se habia acostado sobre el sofá, abrió los ojos, los que apénas hubo fijado en el angustiado rostro de la Asistentá, cuando levantándose con un repentino impulso, se echó á sus pies, y abrazando sus rodillas:

—¡Señora, señora! exclamó, ¡yo no soy hija de una amiga vuestra; soy la despreciable hija de un bandolero... de un Padre que me abandonó! ¡yo no soy digna de que me deis el dulce nombre de hija; llamadme esclava, señora! ¡Yo serviré á vuestros criados si no desdeñan mis servicios! ¡Yo me pondré en mi lugar, y poco me costará si de todos vuestros beneficios me dejais el que más vale, el que mas aprecio... vuestro cariño!

Sus sollozos no la dejaron proseguir. La señora de Calatrava se habia echado en un sillón, pálida, trémula; y á la más dolorosa sorpresa que se habia pintado en su franco y expresivo rostro, iba siguiendo la más violenta cólera.—¡Esto es una iniquidad! murmuraba, ¡esto es una vil traicion! ¿Y á qué? ¡y sin prevenirme!... ¡eso es tener corazon de tigre!

Levanta, hija mia, dijo estrechando á Élia sobre su corazon, este es tu lugar, y lo será siempre. Eres mi hija; y quien no te quiera considerar como tal... que se aleje de mí para siempre! ¡Yo te vengaré, hija mia! ¡Quieren rebajarte; yo te subiré, ó he de poder poco! ¡Hija mia, hija mia!

Pero Élia no le respondió; habia caido en un nuevo síncope acompañado de delirio.

—¡Señora, señora! gritó María loca de dolor, ¡la han matado! ¡esto es una puñalada! ¡Señora, señora! la niña estaba mala ya; y esto la abre la sepultura! ¡Clama al cielo! ¿qué le habia hecho esta inocente, esta rosa sin espinas? y María se deshacia en lágrimas.

—María, no aflija Vd. más á la señora, dijo Don Benigno, sin apartar la vista del alterado y lloroso semblante de la Asistententa.

—¡Consuélela Vd. si puede! contestó María.

Entró en este momento Pedro con el médico, que hizo sangrar y recoger en cama á Élia, prometiendo volver algunas horas despues.

Cuando éste se hubo ido, hizo seña la señora á D. Benigno de que la siguiese, y se fué á su cuarto.

—Traiga Vd. el tintero, le dijo cuando se hubo sentado, con la voz clara y las palabras breves que le eran naturales cuando estaba sobreexcitada.

D. Benigno se aturrulló de tal modo al oir estas palabras y al presagiar lo que iba á suceder, que en lugar del tintero trajo el candelero.

—¿En qué está Vd. pensando, hombre de Dios?

dijo la Asistentá con rabia, levantándose y trayendo ella misma el tintero con la agilidad de una jóven.

Cuando todo estuvo preparado, dijo la Asistentá:

—Escriba Vd.; y dictó:

—«Me has matado á mi Élia.....»

D. Benigno se detuvo, mientras temblaba la pluma entre sus dedos, como si la hubiese movido el aire.

—¿Porqué no escribe Vd.? preguntó la señora.

—Pero... ¿á quién va dirigida la carta? preguntó á su vez D. Benigno, incapaz de empezar una carta sin encabezarla con el nombre de la persona á quien iba dirigida.

—Ya lo dirá el sobre, contestó deshaciéndose de impaciencia la Asistentá.

—«Élia, repitió D. Benigno, despues de haber estampado la frase.

»Me has hecho traicion, siguió diciendo la Asistentá, me has herido en la parte más sensible de mi corazon; ¡me has ofendido irreconciliablementel La crueldad de tu proceder *con mi hija*...

(Subraye Vd. la palabra *hija*, Don Benigno): *con mi hija*, —¿está?

—Sí, señora, respondió con doliente voz el secretario.

La señora prosiguió:

»Y tu ofensiva é inexplicable conducta para conmigo, me llevan á declararte que tanto tú como tus hijos, podeis renunciar para siempre, á mi amistad tú; á mis bienes, ellos.»

Hasta la palabra amistad inclusive, escribió bien que mal D. Benigno; pero cuando llegó á la de *bienes* se le cayó la pluma de las manos, y suplicó á su señora con un valor nunca visto en él, que retractase aquella immeditada sentencia, ó que le eximiese del cargo de estamparla, cargo que le era imposible cumplir.

La Asisntenta le arrancó el papel de las manos, echó dos borrones, puso con letras grandes y desiguales la cuestionada palabra *bienes*, firmó la carta, la dobló como Dios quiso, le puso una grande y cuadrada oblea encarnada, luego el sobre, y la envió en seguida en casa de su cuñada.

Media hora despues recibió una esquela primorosamente doblada. Era este su contenido:

«Las casas de Orrea y Córdoba han vivido siglos en opulencia y con decoro, sin que para eso hubiesen menester tu caudal. Por lo tanto lo miramos todos con indiferencia, dejando la sed de oro á las clases y almas bajas. No me sucede otro tanto con tu amistad, que siento haber perdido. He dado un paso acaso duro, pero necesario: á grandes males, grandes remedios. Pero no trato ni trataría de disculparme, en razon de que no reconozco otro juez á quien satisfacer, que mi conciencia.

»Tu S. S. q. t. m. b.

«INES DE CÓRDOBA.»

—¡Y llama, exclamó indignada la Asisienta. despues de leida la carta, llama esa cuñada mia *grandes males* al que yo mime á ese ángel, y que la llame mi hija! ¿Podrá creerse? Pues mi hija ha de ser!.... ¡pésele á quien le pesáre!

De lo que es fácil deducir que la Asisienta estaba á mil leguas de sospechar la peripecia de aquel drama, cuyos efectos tocaba sin adivinar las causas.

CAPITULO IV.

Cuando salió la Marquesa de su casa, Esperanza, fuera de sí, llamó á su hermano Fernando, le contó sollozando la determinacion que habia tomado su Madre en su concentrada ira, y le suplicó fuese á traer al Padre Salvador, de Capuchinos, confesor de la Marquesa, única persona á quien se le conocia ejercer algun influjo en aquella alma altiva, cuyo temple no cedia al del acero, y tan celosa de su autoridad de Madre. Esta autoridad la habian hecho siempre respetable á sus hijos el juicio y la austeridad de la viuda, la nobleza y dignidad de la señora, la entera consagracion á los intereses de sus hijos de la Madre; las virtudes de la cristiana.

—Solo su confesor, decia Esperanza á su hermano, solo su voz, que es la de la Religion, podrá apla-

car esta tormenta del alma, como el Salvador del mundo calmó la de las olas del mar.

Fernando aprobó el dictámen de su hermana, y para evitar toda intervencion de criados en tan críticas circunstancias, fué en persona al convento, del cual volvió trayendo consigo al Padre Salvador.

Era tan venerable el aspecto del religioso, en su tosco sayal y con su plateada barba, que hacia patente que no es en el oro ni en la seda en lo que resplandece más la dignidad del hombre.

Cuando regresó la Marquesa, ya el Padre Salvador sabía que sobre aquella casa tan virtuosa y pacífica habia caido cual un rayo el anatema materno, dejando su huella funesta, y conmoviéndola hasta los cimientos.

Al ver á su confesor se sorprendió amargamente la Marquesa, tan exasperada ya; echó una mirada de indignada reconvencion á sus hijos, y con la mano les hizo seña de salir de su presencia.

Cuando se hubieron alejado, dijo la Marquesa con aspereza al Capuchino:

—Habeis sido llamado, segun presumo.

—Y bien: si asi fuese..... contestó el religioso.

—¡Creeria que ha sido una inaudita insolencia en mis hijos la de quererme imponer un juez!

—No vengo como juez; vengo como mediador.

—¿Y qué, pensais por ventura convencerme á que consienta en el monstruoso casamiento que intenta hacer mi hijo?

—Sabeis, señora, que jamás he intervenido en los negocios temporales de vuestra casa: ménos mundano y más elevado es el interés que me trae.

—Ante todas cosas, Padre, supongo estais enterado de la enormidad de los proyectos de mi hijo, del escándalo de su conducta, de la insolencia de su emancipacion. Siempre temí se portase segun era de temer de su poco seso, y de lo perverso de sus principios. Pero que pensase, como intenta hacerlo, deshonrar á su familia, mancillar su nobleza, desafiar la opinion pública, manchar su estirpe y la de sus hijos, y hollar á sus pies, á los veinte y dos años, la voluntad de su Madre, eso... jamás... no, jamás pude figurármelo!!

—Vuestra juventud santamente pasada en el retiro del convento, repuso el P. Salvador, vuestro carácter sentado, vuestro feliz matrimonio, os han preservado de las pasiones; no las conoceis, no graduais su violencia, y así juzgais sus resultados con demasiada severidad.

—¿Quereis disculpar desenfrenos y locuras?

—De ningun modo. Solo os advertiré, Señora Marquesa, que nunca es la pasion más absoluta y decidida, que cuando se halla hostigada con obstáculos despóticos; ni más arrogante que cuando se la desprecia. La dulzura, la prudencia alcanzan mas con el tiempo, que lo que pueden hacer de pronto el rigor y la intolerancia.

—¿Y es un ministro de la Religion, un juez en el

confesonario, dijo con ágría ironía la Marquesa, el que aconseja lenitivos hácia las pasiones?

—Porque lo soy, por eso lo hago, señora; y si nó... ¿se arrodillarían muchos á nuestros piés? Marquesa, añadió con voz compasada pero firme el Director: os habeis conducido con violencia y con soberbia, aunque en lo que condenais llevais razon, y en prohibirlo estais en vuestro derecho. Y así vuestra voluntad se hará, vuestro hijo partirá, no podeis ni debéis exigir más por ahora; pero vos retractaréis vuestra maldicion materna, dada con harta lijereza.

—¡Yo! ¡yo! exclamó la Marquesa, cubriendo sus pálidas facciones el carmin de la cólera. ¡Yo retractarme un momento despues, de lo que hice un momento ántes! ¡Yo humillarme á mis hijos! ¡yo ceder á un rebelde insensato!... ¡Os chanceais, Padre! ¡harto sabeis que la veleidad no es culpa de que tenga que abochornarme!

—Pero ha de ser en esta ocasion virtud de que os podais gloriar. Os lo he dicho hartas veces, Marquesa, la humildad, esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla, esa virtud es no obstante el guia más seguro para la perfeccion.

—Si la humildad exige de una Madre bajarse y acatar á un hijo demente y aferrado en su demencia; si exige esta virtud que á él le dé su Madre alas, en lugar de ponerle trabas, para correr á un precipicio... señor, una buena Madre renuncia á tal virtud.

—Pues, mientras sostengais lo hecho, dijo el P. Salvador levantándose, no podréis bajo mi dirección acercáros á los Santos Sacramentos.

—A bien, repuso con irritada altivez la Marquesa, á bien que hay otros sacerdotes en Sevilla, que mirarán el asunto bajo otro punto de vista, y no exigirán de mí una cosa que comprometa mi dignidad! Cese la causa, y cesará el efecto. Predique usted esa humildad al hijo, en quien es mas propia que en la Madre.

—No soy director de su conciencia, señora: lo sabeis.

—Pues tampoco lo sois ya de la mia: no quiero dejar á ese indómito esa ventaja.

—Pues cesan aquí mis funciones, repuso sin alterarse el confesor. Nuestro yugo es tan voluntario en el que lo lleva, que basta desear sacudirlo para soltarlo. Cuanto viene de Dios, viene acompañado del libre albedrío, para que el bien sea meritorio y el mal sin disculpa.

Por mí, añadió el recto consejero acercándose á la puerta, no transijo con lo que me parece mi deber como vuestro Director espiritual. A Dios, señora: tened presente que si no cedo, es porque no debo, y que me lo impide mi conciencia; y que si vos no lo haceis, es porque á ello os induce vuestra obstinacion.

Diciendo esto, saludó y salióse con paso lento; y cuando el último doblez del tosco hábito del capu-

chino desapareció en el quicio de la puerta, se oyó una voz ahogada que exclamó:

—¡Padre Salvador! ¡Padre Salvador! ¡volved... que os obedezco!

La mujer religiosa había triunfado de sus pasiones: la católica pisaba la cerviz de la serpiente!

Con esta exclamación había dejado caer la Marquesa su erguida cabeza sobre sus manos, y un torrente de lágrimas llenó por fin aquellos secos ojos.

El P. Salvador volvió á entrar.

—¡Hija! le dijo á la afligida Madre con voz profundamente conmovida, ¡en esto hay más mérito que en un año de vida ascética y perfecta!

Al día siguiente Carlos, absuelto, se alejaba de Sevilla, sacrificando con violento dolor su felicidad presente, pero firme en sus esperanzas para la venidera.

CAPITULO V.

Un mes despues de los sucesos referidos, reinaba en el cuarto de Élia, que poco há parecia el santuario de las flores, los cantos y la alegría, un profundo silencio. Las cortinas estaban cuidadosamente corridas en las ventanas, para interceptar la luz. El perfume de los nardos y jazmines estaba reemplazado por el sahumero de la alhucema y azúcar: pomadas, cintas y flores habian cedido el puesto sobre el tocador á jarabes, píldoras y recetas. La Virgen de la Esperanza, advocacion predilecta de la Asisenta, y San Antonio, santo de la devocion de María, se hallaban colgados á la cabecera de la cama. Sobre la cómoda habia un CRUCIFIXO, ante el cual ardia una vela bendita; bajo de las almohadas de una camita blanca como una azucena, asomaban los cordones de seda

carmesí y oro de una bolsita con reliquias, que habian sido enviadas por las monjas. En fin, se observaba allí todo aquel aparato católico que mira el desgraciado á quien le falta la fé, sin poder comprender que aliente en el peligro, sostenga en el dolor y dulcifique la muerte.

A la cabecera de la mencionada cama estaba sentada la Asistentia; frente de esta, á los pies del lecho, Don Benigno, que alternativamente y lleno de solicitud fijaba los ojos, ya en la que yacia en la cama, ya en su señora, cuyo semblante abatido manifestaba sus vigiliias y cuidados. Al otro lado de la cama estaba María, sentada en una silla baja, y teniendo en la mano una caña coronada de tiras de papel cortado, para poder ahuyentar con ella cualesquier mosquito ó mosca que se acercase al sitio donde reposaba Élia. Esta yacia inmóvil en el lecho; los brillantes colores de la salud y de la juventud, habian desaparecido de su semblante; y á cierta distancia se hubiese confundido la dormida niña con sus blancas sábanas, si en su cabello no tuviese dibujado el contorno de su pura frente. Caía aquel partido en dos largas trenzas por ambos lados, apareciendo así á una imaginacion supersticiosa como los negros y descarnados brazos de la muerte, que ponía sus manos, como atrayendo una presa, sobre aquella cabeza inerte.

Este grupo que hemos descrito, estaba lleno de profundo interés, formando contraposicion con los

que solemos imaginar para nuestro consuelo, en los cuales los ángeles compasivos son los que velan sobre las miserias de la humanidad, siendo en el que pintamos, el ángel el que era custodiado por tres séres que resumían en sí aquella, personificando la Asistentá á la vejez, D. Benigno á la impotencia, y María á los achaques.

—Este es el sueño más largo y más tranquilo que ha tenido, dijo en voz baja la Asistentá.

—Seguramente, respondió D. Benigno, sacando su gran reloj; cuarenta y tres minutos y medio.

—¡Si hoy es día de San Antonio! exclamó María abriendo las manos, y extendiéndolas hácia la imagen del Santo con vehemente expresion de ferviente gratitud.

De ahí á un rato dijo la Asistentá, como si lo que dijese fuese el fruto de sus reflexiones anteriores:

—Cárlos se ha ido, segun me han dicho, ¡y ni siquiera se ha venido á despedir de mí! ¡Pero, ni tampoco de mi pobre niña, á quien aparentaba querer tanto!... ¡ni de Vd., D. Benigno, que tanta paciencia tiene con él! ¡Quién lo hubiese creído! ¡Qué yerba han pisado los de esa casa? á ninguno veo, sino á Fernando, que disculpa muy mal á su hermano, con la premura de su salida. ¡Y esa cuñada mía, más dura que una roca, más cruel que el Rey D. Pedro... despues de ponerme mi niña á morir, no venir á verla! pero, ¡ni siquiera enviar un mal recado! ¡Esto

pasa de castaño oscuro!—Si halla Vd. á esto todavía palabras de disculpa, D. Benigno,—¡y qué bien le viene á Vd. el nombre! ¡ni que lo hubiese bautizado á Vd. Zacarías!—si le halla Vd. disculpa, dígole á Vd., D. Benignísimo,—como decia mi Cárlos, que es Vd. capaz de levantarle un altar á Herodes.

En este momento abrió Élia sùs hermosos ojos, y los fijó con una indecible espresion de dulzura y gratitud en las personas que la rodeaban.

Don Benigno se levantó con estrépito, y fué á correr un lado de la cortina, por el que entraba un rayo de sol.

María se apresuró á extender y estirar los falbaláes de las sábanas, y la Asisenta tomó la mano de la enferma, observó su calor, sus pulsaciones, y puso su mejilla sobre la frente tersa de la enferma.

—¡Cómo me será dado, dijo Élia con debilitada voz, agradecer tantos beneficios? ¡Un solo corazon no basta; una sola vida no alcanza!

—¡Calla, respondió la Asisenta poniéndole la mano sobre la boca, calla, tontilla! nosotros somos los que tenemos que agradecerte á tí, que no te hayas muerto, y que te estés restableciendo á toda prisa tomando tus jaropes y tus bebistrajos de la botica, como una buena y dócil niña que eres. Pues, hija mia, si tú faltases... ¿habria sol en esta casa, flores en el jardin, ni consuelo para nosotros?

Ahora, corazon mio, añadió despues de un rato la Asisenta, me voy á la catedral á oír la misa que ofre-

cí á la Virgen de los Reyes si te ponías buena. Son las diez, y la misa se dice á las once. ¡A Dios, gloria mia! María, cuéntale un cuento, y ténla entretenida hasta mi vuelta.

Cuando la Asistentá y D. Benigno hubieron salido, se hallaron Élia y su ama por primera vez solas desde la mejoría de Élia. Esta fijó sus ojos por largo tiempo en los de María, y en la suave languidez de su mirada habia una súplica que no se atrevían á pronunciar sus lábios, ni aun ante su ama.

La agudeza de María comprendió luego esta muda pregunta que aguardaba y temia, porque no queria supiese Élia la partida de Cárlos, la que María desaprobaba altamente. Por otro lado temia la supiese á la primera ocasion por la Asistentá, que nombraba continuamente á sus sobrinos. Saberlo así de repente por la señora, podría sobresaltarla, y ser causa de varios males. Tomó, pues, María, un medio indirecto para dar de una vez, y con la misma mano, la herida y el bálsamo.

—Voy á contarte un cuento, dijo, segun me lo ha mandado la señora; y principió en estos términos:

Habia una vez una pastorcita, tan buena, tan preciosa y tan cristiana, que era un hechizo. Guardando un dia sus ovejitas por unos parajes muy solitarios y desiertos, llegó á un vallecito más fresco y verde que una maceta de albahaca. Enmedio de muchas florecitas silvestres, que parecian querer enterarla entre ellas, notó unas ruinas, cuyos paredones

estaban tan tristes como el que no puede ni vivir ni morir. En el que más descollaba y que aun estaba en pié,—gracias á un ciprés que habia crecido á su espalda como para sostenerlo,—vió en un nicho una Imágen de la SEÑORA. Sus vestidos que habian sacudido los vientos y empapado los aguaceros, estaban descoloridos y hechos girones.

Nada adornaba el nicho sino unos pabellones de telarañas y una rama de yedra, que entreponia sus hojitas entre el temporal y la Imágen. La pastorcilla se puso á llorar amargamente diciendo: ¡Ay Madre mia, Madre mia! ¡qué sola y qué abandonada estais! ¡qué dolor, qué dolor!... ¡que la Reina de los cielos esté tan desatendida en la tierra! ¡Quién fué ra rica para volver á levantar esta capilla y restablecer aquí vuestro culto! ¡quién tuviese siquiera lo necesario para compraros un vestido!—Y la pastorcita, no pudiendo hacer otra cosa, se puso á limpiar el nicho, y lo rodeó con guirnaldas que hizo con las florecitas del campo; y todos los días mientras sus ovejitas pastaban en aquella abundante pradera, ella hacía guirnaldas frescas para adornar el nicho de la Virgen, y enseñaba á los corderitos á doblar la rodilla ante la Imágen.

Sucedió que un Príncipe muy hermoso, volviendo un dia de caza, llegó al vallecito; y cuando vió á aquella pastorcita tan bella y tan buena, se enamoró perdido, y le dijo se quería casar con ella. Pero la Reina, que más orgullosa que el mismo Lucifer,

no quería para nuera una pastorcita hermosa y santa, sino una Princesa, más que fuéese más mala que Barabás, y más fea que yo. Y así, para desatarlo de esos amores, envió á su hijo con una embajada á un vecino reino. El hijo que era obediente por demás,—;sí..... *por demás!*—repitió María, apoyando sobre el *por demás*,—cumplió lo mandado; pero volvió muy luego más enamorado con la ausencia, como al amor firme compete; y se casó con la pastorcita tan real y santamente, como yo me casé con el maestro de escuela; y la pastorcita á quien la Virgen habia hecho feliz y rica, en recompensa de buena devota suya que era, le labró de nuevo la capilla, como se lo habia ofrecido; y se acabó mi cuento con pan y pimienta, y un granito de sal; no lo cuento más.

—No, María,—dijo Élia con triste y débil voz, mientras sus lágrimas rodaban incesantes por sus escualidas mejillas, porque habia comprendido á su ama y supo que Carlos habia marchado;—no es así el *ejemplo*; que yo lo sé mejor. Tú lo has mudado á tu antojo y hecho *cuento*. La verdad es que la infeliz pastorcilla nunca más vió á su hermoso Príncipe. Lo que sí sucedió fué, que una noche oyeron los pastores unos quejidos; se acercaron, y al entrar en la choza de la pastora que estaba entre las ruinas; la hallaron tendida sobre la paja mojada porque habia llovido, y su cabecita caia sobre la dura tierra, y al verla tan mala fueron corriendo á avisar á un convento y salieron á socorrerla al punto dos religiosos.

Cuando se acercaron á la choza vieron una claridad muy grande y pensaron que estaria ardiendo. Pero cuando entraron en ella, vieron unos mozos cuyas túnicas blancas resplandecian tanto que causaban aquella claridad. Cerca de la pastorcita estaba una Señora muy hermosa, reclinada, y le habia levantado la cabeza y apoyádola sobre su pecho, y cuando entraron vieron á la pastorcita sonreir, suspirar y morir. Entónces la hermosa Señora hizo seña á aquellos bellos mozos que se acercaron, la cogieron entre sus brazos y se la llevaron consigo al cielo, porque eran los ángeles y la VIRGEN DE LAS RUINAS; y ésta se volvió á su nicho para ganar más almas al cielo. Esta es la verdad, María: tú todo lo has echado á perder con traer un Príncipe. ¡Oh! ¡dichosa pastorcita, María, que nunca partió su corazon, y tan entero se lo guardó á Dios y á María!

Yo, ama mia, me iré á un lugar en que purifique mi alma, y me haga digna de tal suerte!

Élia levantó los ojos hácia la Imágen de la Virgen, y sus lágrimas se secaron, como si lágrimas mundanas no tuviesen cabida en el cielo. María al contemplarla tan ideal de belleza, y tan sublime de santidad, se volvió hácia la Imágen de la VIRGEN, por haberse imaginado que esta Señora bajaba sus miradas al encuentro de las que Élia levantaba.

CAPITULO VI.

La pobre María, cuya energía moral habia vencido su debilidad física, como le sucede á toda mujer que ama, percibió al tranquilizarse su espíritu con la mejoría de Elia, que habia abusado de sus fuerzas. Habíanse estas agotado á punto de obligarla á guardar cama.

Su cuarto estaba situado en un entresuelo debajo del de Elia, y como este, daba al jardin.

Aquel dia se habia levantado María; sentada frente de la ventana y con la mano en la mejilla, miraba sumida en tristes cavilaciones, al cielo azul en que resbalaban algunas altísimas nubes, blancas y puras como todo lo que se eleva de la tierra. Los jazmines que se enredaban en las rejas de las ventanas, mecidos por el aire de la tarde parecian llamar, con sus deditos blancos á los cristales, como convidando á

María á que abriese estos y gozase de su fragancia. La dama de noche, que no quiere luz ni ruido, aguardaba á que se acabase de poner el sol y callasen los pájaros, para extender su fragancia á la noche. Los cipreses, á los que se acojen legiones de pájaros como á un sagrado, estaban hechos unas verdes torres de Babel. Las cañerías de los estanques destapadas daban paso á alegres borbollones de agua, que salían como chiquillos de la escuela, para ir á alegrar, como aquellos, el cuadro que era su paradero.

—Y bien, María, dijo Pedro al entrar trayéndola una taza de caldo. ¿cómo vamos? como siempre, supongo; ¡el mal por menor, las quejas por mayor!

—Como Vd. está bueno y sano como una manzana, respondió María, y tiene la cara como la luna de enero..... ¿qué sabe Vd. de males? míreme y verá si los tengo sellados en esta cara de desenterrada!

—Y también..... ¿porqué no se cuida Vd? repuso Pedro. ¿No hubiera podido estar bien cuidada la niña sin Vd. matarse? ¿no había acaso quien la cuidase?

—Nadie como yo, Pedro.

—Fantasías de enfermera, contestó éste; las señoras mujeres se figuran en su alta sabiduría que no hay sino ellas para ciertas cosas.

—Sí, Pedro, sí; y son aquellas que necesitan una consagración absoluta, un amor infinito.

—Pero, mujer de Dios ¿no queremos todos á la niña como á nuestro corazón?

—Todo el mundo podrá quererla; pero nadie como

yo, que la he criado. Vd. no sabe lo que es criar una criatura á sus pechos, Pedro.

—Lo que sé es que siempre andan Vds. buscando razones para querer más y mejor.

—Pedro, dijo María, Vd. que tiene tantos cuentecillos nécios que sacar en prueba y apoyo de sus majaderías, oiga Vd. un sucedido para que sepa lo que es alimentar una criatura á sus pechos.

Habia una mujer tan dada á los vicios, tan liviana y codiciosa, que su corazon se hizo duro y frio como el metal que era su idolo. Cuando esa desalmada paría, iba á su ventana, que daba á un rio, y arrojaba por ella lo que daba á luz.

Si alguna vez por Cuaresma entraba en sí, iba á confesar y lloraba sus culpas; pero era tal su perversidad que á poco reincidia en ellas.

Habiendo vuelto en una ocasion al confesonario, y viendo el Padre hasta qué punto eran poco estables los buenos propósitos en aquella perdida, le mandó que si alguna vez era tentada de volver á cometer semejante iniquidad, antes de ejecutarla diese de mamar á su hija. La mujer obedeció; la primera vez que volvió á parir, dió el pecho á su criatura, fué en seguida á la ventana para echarla al rio... Pedro, ¡no pudo! la estrechó sobre su corazon deshecha en lágrimas, se hizo Madre, y volvió á la virtud.

Oyéronse en este momento unos golpecitos dados á la puerta, y Pedro se escabulló.

—¿Quién es? preguntó María.

—Quien no será, contestó una voz conocida.

—¿Usted, comadre Catana?

—Servidora de Vd.

—De Dios lo sea Vd. por muchos años.

—Este Señor guarde á Vd., dijo entrando el ama de llaves de la Marquesa.

—Venga Vd. con Dios, comadre, repuso María, queriendo levantarse para ir al encuentro de su visitadora.

—¡Quieta, quieta! dijo esta, agarrando á María por los brazos, y forzándola á volverse á sentar; el mejor de los cumplidos es no hacer ninguno. ¿Con que ha estado Vd. mala?

—¡Ay, comadre! he pasado las noches en un potro, y los dias en un ay!

—¡Ya! ¡ese solano maldito!

—No, comadre, el solano y yo nos llevamos bien.

—¿Acaso será ese viento de la mar, más húmedo que las olas de entre las que sale?

—Tampoco; ese viento de la mar ahuyenta al norte que es mi verdugo.

—Pues ¿qué es, comadre?

—Comadre, la fé de bautismo.

—De ese color, amiga mia, todas tenemos un vestido.

—El color será el mismo, señora, pero no la tela! la de mi sayo está averiada!!

No era, no obstante, segun lo indica este colquio, solo el interés por la salud de su comadre, el

que traía á verla á la señora Catana. Había esta visto con asombro la desunion de las cuñadas, tan unidas hasta entonces: la repentina marcha de Cárlos, la enfermedad de Élia: notó el coincidir todos estos eventos á un tiempo, sin haberse traslucido lo más mínimo acerca de las causas de estos trastornos, en aquella casa tan austeramente reservada. Venía, pues, á ver si algo sonsacaba á María, sabiendo por notoriedad que nada le ocultaba su señora. Pero para sonsacar algo á María, era preciso mucha maña, porque era igualmente notoria la discrecion de la fiel criada. Así fué que Catana entabló la conversacion, tomando el punto de partida el más distante del objeto que la traía.

—Comadre, la dijo, vengo á que me diga usted como hace el budin de naranjas; porque mi señora siempre me está echando en cara que Vd. lo hace mejor que yo.

María se halló sumamente lisonjeada de un triunfo tan palpable, como lo hacía el ser reconocido por su competidora; se sonrió con mas satisfaccion que Apolo cuando triunfó de Marsias; pero mucho mas generosa que el dios, en lugar de desollar á su competidora la contestó:

—La Marquesa me favorece demasiado. Esto será aquello de «sol de casa no calienta.» Ese es el *budin de mi niña*, como le llama la señora mía; y la diré á usted como lo hago:

Al zumo de nueve naranjas se le echa una libra

dé azúcar molida, que antes se deslie con una docena de yemas de huevos frescos, y dos cucharadas en colmo de flor de harina de la superior: se tiene preparado un molde de hojadelata, untado con manteca de Flandes, que se derrite acercándolo á la lumbré, para que no quede sin percibir la manteca ninguna parte del molde; de lo contrario se le pegaría la masa. Se pone en el baño de María á que cueza tapándolo con una cobertera de lata con ascuas, que se renovarán si se apagan (1).

Catana dió las gracias á María por la minuciosa receta, y le dijo en seguida: ¿No sabe Vd. nada de nuevo, comadre?

—¿Qué quiere Vd, que sepa, contestó María, metida aquí entre cuatro paredes como un pollo en su cascara? No veo sino á Pedro con quien poder hablar algo en razon; y éste nada dice, porque como es tan desvergonzado, asegura que decir una cosa á una mujer es dar dos cuartos alregonero.

—¿Sabe Vd., comadre, dijo Catana, que el cocinero francés de la señora Condesa, que tiene mas humos que un grande de España, se despidió dias pasados, porque dijo no eran aquí las carnes cebadas, que era rancia la manteca de Flandes y flacos los pollos! Pero la Condesa añadió diez á los veinte duros que le daba de salario, y se ha dignado quedarse.

(1) El gran Dumas ha dado en una de sus obras una receta de tortilla; séanos permitido poner una de *budin* en boca de una ama de llaves.

—¡Vaya con el señor Príncipe de las Cacerolas! repuso María; mi señora dice que no le gustan sus guisos, y que no sabe asar un pavo.

—Pero, comadre, aquí que nadie nos oye, ¿no es una verdadera desgracia que las señoras que siempre se han llevado tan bien como los dedos de las manos, se hayan indispueto?

La fisonomía de María hasta allí tan abierta y tan complacida por su reciente triunfo, que la colocaba en una altura de la cual miraba de arriba á bajo al discípulo de Carême, mudó de espresion al oír estas palabras, reemplazándola su habitual gesto avinagrado.

—Lo que ha motivado esta desavenencia, prosiguió Catana, es un misterio hasta para los más antiguos y fieles de la casa. Apuesto á que la señora Asis-tenta no ha sido tan reservada con Vd., y que Vd. no ignora nada de lo que debe haber acaecido. ¡Mire Vd. que es cosa desairada, despues de tantos años de estar en la casa, verse una tratada como una extraña, y no saber qué contestar cuando la preguntan!

María no desplegó sus lábios al pronto. Al fin contestó:

—Comadre, si Vd. desea saber algo que me concierna, la abriré mi corazon de par en par como amiga; pero en tocando á cosas de mi señora, perdone Vd. que calle; porque mis faltas tendré; pero leal soy como el oro, fiel como el peso, y de fiar como el sello.

CAPITULO VII.

Algun tiempo despues, en el cuarto de Élia, estabañ ésta y la Asistentá sentadas frente á frente, delante de una mesa cubierta de primores que la Señora habia mandado comprar para su niña, cuya profunda tristeza se notaba al través de los profundos esfuerzos que hacía la infeliz para ocultarlo. Élia estaba mas hermosa que nunca, porque las primeras lágrimas que derrama una mujer, si bien apagan en sus ojos la abierta y graciosa mirada de la niñez, inauguran en ellos la sentida y elevada ojeada de la juventud; son como el pedal que apaga y suaviza las melodías que brotan del corazon; forman un velo de gasa, que se interpone sin ocultarla, entre la mujer y los ojos que la miran.

Discutian la Asistentá y María, que estaba sentada sobre una silla baja, el capítulo de la salud.

—Por cierto, María, decía la Asistentita, que si la damos á Élia caldo de pollo, como la mandaba don Narciso, que todo lo cura por empacho, las lía.

—Dice que la dieta acaba con el mal, observó don Benigno.

—Y tambien con la persona, repuso la Asistentita. Son estos hombres que curan á lo nuevo, como aquel que por matar una mosca en la frente de su vecino le dió tal mazazo, que le mató á él.

—¡Y á buena parte venian con eso, dijo María, á mí que hacía el caldo! Sobre que el que quedaba al dia siguiente estaba hecho jalea, sin necesitar para cuajarla, de nieve, como la necesita el Principe de las cacerolas de la señora Condesa.

—Y ahora que estás restablecida, niña mia, dijo la Asistentita, es preciso que vuelvas á estar como lo estabas antes, alegre y contenta; porque no veo motivo para esa tristeza en que estas sumida. Si al menos me fuera dado atinar con lo que pudiera distraerte!.... ¡Ah! prosiguió dirigiéndose á D. Benigno, ¿dónde está aquella carta que llegó cuando la gravedad de la niña, y le dije á usted de guardarla? ahora que me acuerdo, tráigala Vd.; puede que le sirva al alma mia de distraccion.

Era preciso ser tan cándida y falta de malicia como lo era la Asistentita para no percibirse del embarazo y de la emocion que produjeron sus palabras en las personas que la escuchaban; las tres callaron.

—¿He hablado en griego? dijo despues de unos instantes la señora.

—Era tal la confusion en aquellos dias, respondió María, al ver el vivo carmin y la espresion de angustia que se pintó en el rostro de Élia, que es positivo que perdería D. Benigno la carta.

—¡Don Benigno perder una carta! exclamó la Asis-
tenta; ¡vaya una proposicion! ¡de tal cabeza tal sen-
tencia! ¡parece que lo conoces de ayer de mañana,
Maruja! ¿No es verdad que no la ha perdido usted,
don Benigno?

—No señora, no la he perdido, contestó éste, de-
masiado honrado y veridico para ayudar á María en
su estratagema.

—¿Pues porqué no va Vd. á buscarla? preguntó
la Asis-
tenta.

—Señora, contestó D. Benigno perturbado, me
temo le sea perjudicial á la niña aplicar la vista á
una letra tan confusa que apenas se entiende el
sobre.

—Usted se la leerá como me lee á mí las mias,
repuso la Asis-
tenta.

—Pero..... opinó María con una sonrisa que pro-
curaba hacer alegre y chancera, y que más parecía
una mueca; pero, señora, la señorita podrá tener sus
secretillos que no quisiera ver descubiertos!

—¡Secretos!... ¡y para conmigo! exclamó la Asis-
tenta mirando á Élia con sorpresa, y notando el vi-
vo color de sus mejillas y la alteracion de sus faccio-

nes, añadió:—Bien está. No hablemos más de la carta, ya que contiene secretos.

—¡No! no los quiero tener, exclamó Élia, pesarian á mi conciencia como una culpa; á mi corazon como una ingratitud. D. Benigno, añadió, suplico á usted que traiga la carta.

Don Benigno quedó inmóvil y miró á Maria como el molinero al viento. Esta tiraba de las faldas á Élia, diciéndola á media voz:—¡No es sazón de eso, Élia! deja que vuelva; no tienes quien te sostenga.

—Traiga Vd. la carta, D. Benigno, dijo en voz grave la Asisntenta. Hace bien Élia en no ocultar nada á su Madre, y encuentro extraño por cierto, que haya quien de ello quiera disuadirla!

Don Benigno obedeció al punto; y volvió con la carta que entregó á Élia; ésta sin abrirla, la puso en manos de su Madre.

—¿Sabes, pues, de quién es? la preguntó ésta.

—No, respondió Élia; pero me lo sospecho.

La Asisntenta abrió la carta, se puso sus espejuelos, y leyó:

«Élia, una voluntad despótica, un deber tiránico me obligan á partir, sin dejarme aun el triste consuelo de decirte adios, esa dura palabra que precede á la ausencia y á la muerte; sin dejarme renovar con la voz del corazon los juramentos que estampo aquí con mi sangre! Mia has de ser ante el mundo y los hombres, como lo eres ya santamente ante Dios y los ángeles, desde el dia en que tomándolos por tes-

tigos, puse en tu dedo el anillo de oro, símbolo de la eternidad.

»No te arredren ni perturben reprobaciones que no pueden alcanzarte, que la razón hará impotentes y acallará el tiempo, así como te probará mi amor infinito y mi constancia sin término.

CÁRLOS.»

Imposible es explicar cómo se fueron sucediendo en la móvil fisonomía de la Asistentita, que jamás pudo ni quiso ocultar ninguno de sus sentimientos á medida que iba leyendo la carta, las diversas expresiones de sorpresa, de espanto, de desagrado y de dolor.

Al concluir la carta, escapó esta de entre sus manos, que cruzó y levantó al cielo dejándolas caer en seguida sobre sus rodillas al echarse atrás en su butaca exclamando:—¡Jesus María!

Siguió á esto un grande silencio que nadie se atrevió á interrumpir, pues estaba la señora tan absorta en sus reflexiones, que ni notaba los desgarradores sollozos de Élia.

Gruesas lágrimas caían por las escuálidas mejillas de María, que miraba á su hija querida con una expresión de amor y lástima tal, que en ellas parecía fundirse su alma. D. Benigno fijaba la vista en su señora con ansiedad y angustia.

—¡Con que por eso fué!..... dijo despues de este largo silencio la Asistentá; y en seguida calló.

Pero Élia que la habia comprendido, acabó la frase.—Si, dijo, por eso fué que la Marquesa vino, como debió hacerlo, á desengañarme, é impedir que mi ignorancia abusase del cariño y desprendimiento de su hijo; y fué delicadeza de su proceder, el poner el *no* que debia volver las cosas á su lugar, en la boca que al pronunciarlo no ajaba á la persona que lo recibia. Ya veis, Madre mia, que hizo lo que competia á la buena y noble Madre de Cárlos, y á la señora generosa que se interesaba por mi. Así es que vuestra queja hácia ella solo puede fundarse en haber ignorado las causas de su proceder. Si supiéseis, Madre mia, cuál es mi dolor y mi remordimiento, al ver desunida por mi causa á la noble familia que amo y venero, á la que tanto debo! ¡Oh, Madre!..... ¡Oh señora! añadió echándose á sus rodillas;—os suplico, como suplicaria á Dios por la gloria, que os reconcilies con vuestra hermana. No sea yo, como la serpiente que amparó el generoso leñador, y vierta cual ella el veneno en el pecho que la abrigó. Haga vuestro corazon justicia al de la digna Madre que vela sobre la honra de su casa y de su estirpe ahora, como veló sobre la cuna de sus hijos, apartando siempre peligros que no veian los ojos que entónces cerraba el sueño y que ahora ciega la pasion. Perdonad á su justo recelo: si tuve yo el baldon de la enemistad, tenga el lauro de la reconciliacion.

—¡No! respondió la Asistenta. Perdono el mal que se me hace, pero no perdono el que se hace á las personas que quiero. Disculpo todo, menos la dureza de corazon. Sin consultarme..... contra toda mi voluntad..... vendió un secreto que no era suyo. Y despues de ponerte á las puertas del sepulcro, no se ha movido ni su corazon ni su conciencia siquiera á informarse de tí. Esto no es solo una falta á mí, es una falta de caridad; ¡y la caridad es la llave del cielo! Levanta, hija mia, añadió asiéndola de las manos, y no vuelvas é tocar á este punto, si no quieres incomodarme; en la inteligencia de que mientras mas humilde, mas desprendida, mas dulce te veo, mas dura, mas egoista me parece ella: así logras lo opuesto de lo que pretendes.

Volvióse á sumir despues de haber dicho estas palabras la Asistenta, en sus dolorosas meditaeiones.

Eran estas amargas.—¡Y yo que nada he notado, se decia, es imperdonable! ¡ciega! ¡ciega, como el dia en que nací! ¡Un Orrea, un descendiente del Rey Don Pedro! ¡no puede ser! ¡Oh! ¡Dios sabe si tendria Inés razon!.... ¡si habria sido la hija mia mas feliz en su convento! ¡si la habré labrado su desgracia! ¡Es, pues, posible que el bien haga un mal? ¿que dañen la bondad por demasía, el cariño por exceso?—Estos dilemas tenian confusa y absorta á la Asistenta.

—Don Benigno, dijo al fin, Vd. que ha estudiado, explíqueme en que consiste que las gentes que se guian por la prudencia y la razon, atinan por lo regular me-

jor en hacer el bien, que no aquellas que se dejan guiar ciegamente por su corazón.

—Señora, contestó D. Benigno, en mis estudios, que no fueron muchos, no me acuerdo haber hallado nada que esto explique; pero á mi corto entender, páreceme que es porque la esfera de la prudencia es el mundo y la del corazón es el cielo, y porque como dice el Evangelio, no se puede servir á la vez á dos amos.

CAPITULO VIII.

El conocimiento que adquirió la Asistentá de la mútua pasion de los dos seres que más amaba en este mundo, habia sido un golpe terrible para ella. Resultaba del incesante combate que sostenian su cariño y su razon, así como de la amarga inquietud que le causaba la idéa de que su imprevisión habia dado márgen á esta desgracia que hubiese podido evitar, atendiendo á los prudentes consejos de su hermana, una perenne lucha en el ánimo, hasta allí tan tranquilo de la señora; un incesante mal estar que gastaba sus fuerzas morales; á lo que se agregaba el vacío que sentia en su corazon y en su vida, con la separacion en que vivia de toda su familia, pues Clara habia ido á Cádiz á tomar los baños de mar. Influyó este estado de sufrimiento en su salud.

En vano engordaba Pedro pavos con nueces; en vano se esmeraba María en poner en práctica todas

sus recetas de las más exquisitas golosinas! Su ama, tan alegre y buena vividora, no comia; de noche, la doncella que dormia en el cuarto de junto al de la señoaa, la oia suspirar é inquietarse en su desvelo, y por la mañana volvia mucho más tarde de la iglesia.

Fernando, que nunca habia dejado de visitar diariamente á su Tia, á quien amaba con la ternura que por ella tenian todos sus sobrinos, consultó con el facultativo acerca del decaimiento que se notaba en la señoora, y éste opinó por el suave beneficio de la mudanza de aires. Habia refrescado el tiempo con las largas noches de octubre, y le fué fácil á Fernando persuadir á su Tia á que emprendiese ántes de lo que solia hacerlo, su viaje al campo, que debia igualmente aprovechar á Élia que seguia aun macilenta.

Empendióse el viaje; pero faltándole aquella alegría y bienestar con las que se hacia otras veces, como si le faltasen á la primavera sus flores y sus pájaros.

Se apearon en la venta que se hallaba en el camino, en la que los aguardaba, como siempre lo hacia, el Cura, que salia á su encuentro. ¡Recuerdos dolorosos despertó esta vez la pobre venta en todos los que en ella se reunieron! Allí era donde diez y siete años habia, trajo el Cura á aquella desamparada criatura, que ni aun voces tenia para pedir piedad! Y allí fué donde halló una caridad tan grande, que en su exceso le habia quizás de ser más perjudicial que

la escasa y seca de los que la practican por oficio. Allí habia sido arrancada á su humilde suerte; ¿pero era esto un bien?—¿era un mal?

Guardaban todos sumidos en sus reflexiones un triste silencio, cuando se oyó un repentino rumor: las gentes de la venta se arrojaron hácia la puerta y se les oyó repetir:

—¡Castro! ¡Castro!

—¿Qué es eso? ¿y quién es ese Castro? preguntó la Asisienta.

—¿No ha llegado el nombre de Castro á vuestros oídos? contestó el Cura: es el nombre de ese implacable oficial encargado en la persecucion de ladrones.

—Señora, exclamó María, precipitándose en el cuarto, son soldados, han venido á las manos con los ladrones, y traen consigo á los heridos. ¡Jesus, señores, qué espanto! ¡vámonos!

El Cura se levantó para salir.

—¿Dónde va Vd., señor? pregunto angustiada la Asisienta.

—A socorrerlos, señora, contestó el Cura.

Salió, y María se apresuró á cerrar la puerta para ocultar á su señora el terrible espectáculo de que iba siendo teatro la venta. Entraban bruscamente los soldados dando golpes con la culata de sus fusiles, descargando en el suelo heridos y moribundos que no se quejaban; las mujeres gritaban, los caballos relinchaban y pateaban, y sobre todo el tumulto

se hacia oír la voz fuerte de mando del Comandante.

—¡Vámonos! ¡vámonos! exclamó la Asistenta sobrecogida, puesto que aquí nada podemos hacer ni aliviar.

—Aguarde V. E. á que hayan entrado y dejado el paso libre, respondió María, que se habia asomado á la ventana, y pálida y temblando, acechaba el momento en que les fuese posible alejarse de aquella terrible escena.

Al cabo de algunos instantes se abrió la puerta dando entrada al Cura.

Al través de la serenidad habitual de su semblante, penetraba una profunda emocion. Se acercó á la Asistenta diciéndola deseaba hablarla reservadamente, y habiéndose retirado con ella á un lado:— Señora, la dijo, á dos pasos de aquí está el padre de Élia; está expirando, me ha reconocido, y en este instante supremo me pregunta por su hija. ¿Cumpliré con mi deber si se la ocultó? ¿Le arrancaré á un moribundo su último consuelo? ¿Sería mi silencio la causa que impida á una hija el cerrar los ojos á su Padre y evitará mi ocultacion la posibilidad de que su presencia haga brotar los suaves sentimientos que puedan alzar á Dios el corazon de un criminal, y preparar su alma á no morir en terrible impenitencia final?

La Asistenta quedó aterrada.

—¡Mi pobre niña! exclamó con vehemencia, eso la mataría! ¡No, no, no consiento en ello! ¡Qué obli-

gacion tiene hácia aquel que tantos lazos rompió al abandonarla! No, no, que no lo sepa, ¡alejaos! ¡alejaos!

—Señora, dijo el Cura, considerad que no teneis el derecho de interponeros entre Padre é hija; decidla lo que ocurre, y que decida ella lo que debe hacer. Hay circunstancias, señora, tan delicadas y de tan insondable trascendencia, que intervenir en ellas es asumir sobre su cabeza una inmensurable responsabilidad.

La Asistentita cayó abismada sobre un banco.

Élia al notar lo corrió hácia ella.—¿Qué es eso? Madre mia, exclamó, ¿qué sucede?

—No hay momentos que perder, dijo el Cura. Élia, tu Padre está aquí y está expirando.

Al oír estas palabras, dió Élia un penetrante grito, y se precipitó fuera del cuarto; el Cura la siguió, y cuando la Asistentita, trémula, fuera de sí, la alcanzó, y cuando llegó sostenida por Fernando, la halló de rodillas, divina como la Caridad, sublime como el valor cristiano, hermosa como el deber filial, sosteniendo con sus blancas faldas una cabeza oscura, ensangrentada, terrible, que habría causado repulsion á un valiente, apretando sobre sus puros lábios una mano negra, dura, manchada por el crimen, cuyo contacto hubiera rechazado el verdugo.

El bandolero, moribundo, habia abierto sus ojos, y los habia fijado en aquella celeste aparicion.

—Esta es, le decia el Cura, vuestra pura é inocen-

te hija, que viene á enseñaros la Clemencia de Dios y el camino del cielo.

—¡Serafin que Dios me envia á la hora de la muerte—dijo el moribundo con lentas palabras y apagada voz,—como la esperanza... como la misericordia... para que en ellas confie! ¡ruega á Dios por el perdón que imploro! Dios oirá tu voz, porque tú has oído la suya cuando dice: «Honra á tu Padre y á tu Madre,» y no esceptúa á ninguno.

Apretó la mano al Cura... y expiró!

Élia fué llevada al coche que partió á galope.

—¡Ah! decia María prodigando á la anonadada Élia sus cuidados, ¡qué imprudencia! ¡qué crueldad! ¡qué barbarie! ¿Cómo ha podido el Cura hacer semejante atrocidad?

—María, repuso la Asistentá hecha un mar de lágrimas, no juzguemos las cosas que creen deber hacer los sacerdotes. Si en lo que han hecho han atinado, nuestro juicio es una temeraria calumnia; si han errado con buenos fines, es una atrevida censura que no nos compete. ¿Quién te asegura, lo que en tus cortos alcances no puedes comprender, si acaso no habrá salvado una alma?

El Cura y Castro quedaron solos en el cuarto de la venta, en donde este último aguardaba los auxilios que habia mandado á pedir á Sevilla.

Habia volado la tarde tras el sol, y llegado la noche con su silencio.

Estaban sentados ambos frente á frente en una

mesa, en que ardía un velon cuya llama se mecía inquieta y vacilante, como si la fatigase su impotencia á rechazar todas las tinieblas de aquel recinto. Arrojava, empero, sus luces de lleno sobre la venerable y blanca cabeza del Cura, mientras que la cabeza inquieta y severa, de crespas cabellera negra, de Castro, quedaba en la sombra que hacia la pantalla del velon. Estas dos figuras, la del hombre de paz y la del hombre de accion, que eran el apóstol del poder divino, y el ministro del poder humano, formaban así un marcado contraste, teniendo uno en su sencillo traje negro á su lado un breviario, el otro en su abigarrado vestido militar al suyo unas pistolas. Levantábanse á menudo, el Cura para velar á los heridos, Castro para asomarse á la ventana, por observar si en el silencio de la noche no le anunciaría algun ruido la llegada de los socorros que aguardaba, ó alguna sorpresa hostil de los bandidos por libertar á su gefe, que no sabian era muerto.

Dijo al fin el Cura á Castro.

—Llevais una vida bien fatigosa! ¿no quereis dormir un rato?

—Es preciso, contestó éste, que unos velen, para que otros puedan dormir tranquilos.

—Pero... ¿no apeteceis á veces el descanso?

—No hay descanso para mí! respondió amargamente Castro.

—Señor, dijo el cura con suave sonrisa; esa queja no existe sino en boca de los réprobos.

—Ó de los desesperados, repuso Castro.

—No hay dolor sin consuelo, señor de Castro, en un alma cristiana.

—Si señor, existen dolores que dejan el alma sin consuelo, y sin más que una necesidad y un placer.

—¿Y es éste?... preguntó el Cura.

—El de vengarse! contestó Castro.

—¡Ojalá hubiéseis dicho el de perdonar!

—¡Cuán fácilmente pronuncia la boca esa palabra, señor Cura!

—Señor de Castro, cuando la boca tiene la fuerza de pronunciarla, el corazón no la desmiente!

—¿Y creéis, señor Cura, que según lo deseáis, todo se pueda perdonar?

—¡Sin excepción!

—Pues, decidme cómo se perdona lo que os voy á referir, dijo Castro, y si hallais dable el hacerlo, bórrese de la lengua la palabra imposible.

En un viaje que hice recién-casado con una mujer que amaba con tanta pasión como ternura, fuimos asaltados por bandidos que se apoderaron de ella, y de mí, después que hube disparado dos pistolas, una de cuyas balas mató al que más de cerca me amenazaba; furiosos por esto, me ataron á un árbol con las correas de los caballos del carruaje, encadenaron mis manos, y pusieron una mordaza á mis labios. Entonces trajeron á mi mujer, que asesinaron ante mis ojos, después de cubrirla de todos los oprobios; la ví

rodar á mis piés, en las angustias de la deshonra y de la muerte; ví fijarse en los míos sus ojos moribundos, pidiéndome auxilio en su agonía; conté sus suspiros y gemidos; la ví morir abandonada del universo; ¡y yo estaba allí!!! ¡estaba allí... sin poder socorrerla ni desviar mis ojos de aquel cuadro aterrador! mis miradas eran la única y última prueba de cariño que podia darle. ¡Su sangre vino á mojar mis piés! ¡expiró clavando en mí sus ojos! en los míos halló una inestinguible promesa de venganza..... y vivo solo para cumplirla!

En este momento se abrió la puerta, y vieron entrar á Fernando.

— Señor de Castro, dijo, vengo á pedirlos un favor.

— No es la voz pedir, sino la de mandar, la que debeis emplear, señor Marqués, contestó Castro en tono brusco pero franco.

— ¿Podeis disponer, prosiguió Fernando, de á quien habeis de entregar á los malhechores que perseguís?

La cara de Castro se puso ceñuda.

— ¿Venís, señor, dijo, á hablarme en favor de alguno de esos foragidos?

— Nó, respondió Fernando, vengo á pedirlos un cadáver.

— ¿El del capitán quizás? ¡nó! no puede ser; su cabeza se va á poner sobre un poste, para que aterre en muerte á los malos, como aterró en vida á los buenos.

—¿Me negais, pues, mi súplica? dijo Fernando con creciente y austera dignidad.

—Me es forzoso, contestó Castro. Pero despues de un momento de silencio, añadió: ¿qué quereis hacer con el cuerpo de ese malvado? ¿Es acaso un estudio curioso frenológico?

—No señor, respondió Fernando, le quiero enterrar.

—¿Cómo á un buen cristiano?... ¿cómo á un hombre honrado? exclamó Castro. No, eso sería un funesto ejemplo.

—¡Señor de Castro, repuso Fernando, los vivos no envidian las prerogativas de los muertos!

Castro dió algunas vueltas por el cuarto.

—¿Y poneis, dijo al fin, mucho precio á lo que me pedís?

—¡Un precio infinito! repuso Fernando.

Castro siguió dando algunas vueltas por el cuarto: luego, parándose delante de Fernando;

—Lleváoslo, dijo. Nada puedo ni debo negar al Marqués de Valdejara, no por su clase ni por su rango, sino por su persona, que mucho há aprecio y respeto.

—Señor de Castro, respondió Fernando; creed que la estimacion y gratitud que me inspiran el favor y el modo de hacerlo, no se borrarán jamás de mi alma.

Cuando el dia abrió los ojos, el cuerpo del bandolero habia hallado descanso y amparo en el Cam-

po santo del lugar, en cuya iglesia se decia una misa de difuntos en solemne silencio y con profunda devocion. La iglesia estaba aun desierta; no se veia en ella sino á un noble y bello jóven arrodillado cerca del púlpito.

Un mes despues, la casa de la Asistentista habia cambiado de aspecto. No era aquella casa apacible y risueña cuya atmósfera parecia tener un tinte color de rosa, y dar la bienvenida con la cordialidad con que la daba su ama. ¡No! Reinaba en ella un hosco silencio: veíanse rostros azorados y abatidos; sus puertas estaban abiertas de par en par. Junto á la cancela del patio se hallaba colocada una mesa con plumas y tintero; al lado de estos se veia una lista cubierta de nombres de infinitas personas que habian acudido á inscribirse; estaba la lista encabezada con estas palabras:

«La enferma sigue en la mayor gravedad.»

En la alcoba de la Asistentista reinaba una casi oscuridad. Entre las cortinas de damasco que colgaban del macizo cielo de la cama, yacia la Asistentista, la única en la casa, que en el peligro que corria habia conservado su serenidad; á un lado de la cama estaba Élia, al otro lado María; al pié del lecho estaba D. Benigno. Seis dias habia que ninguna de estas tres personas se habian movido de su sitio, ni tomado mas alimento que caldos que Pedro les forzaba á tomar, haciéndoles observar eran necesarias sus fuerzas para la asistencia de la enferma. Ninguna de estas

personas hablaba, lloraba, ni casi respiraba; sus vidas parecían haberse suspendido.

En el cuarto inmediato consultaban cinco facultativos. Fernando apoyado sobre una mesa, los escuchaba pálido, pero sereno. Pedro temblando y con el semblante desencajado, se mantenía en pié cerca de la puerta.

—Señor Marqués, dijo el médico de cabecera dirigiéndose á Fernando; es inútil ocultarlo, ¡no hay esperanza! Desde que volvió la señora del campo, ha hecho el mal rápidos progresos; ha sostenido su prostracion una pasion de ánimo, producida tal vez por el presentimiento de su cercano fin: es preciso que se disponga.

Fernando inclinó la cabeza en silencio en señal de haber oído.

—Pedro, dijo, que se avise el confesor de la señora.

Pedro salió cubriendo su rostro con ambas manos.

En seguida se sentó Fernando, y escribió estos renglones, que envió con un criado en casa de la Marquesa.

—Madre, nuestra Tia va á ser administrada.

Pronto llegó el confesor, que entró con Fernando en el cuarto de la enferma. Esta no se sorprendió al verle, pues habia venido con frecuencia en el curso de su enfermedad, habiendo la señora misma pedido confesarse.

—¿Cómo os hallais, señora? le dijo.

—Bien, respondió esta, entreabriendo sus apagados ojos.

—¿Teneis todavía algo que decirme? prosiguió el confesor.

—Nada, respondió la señora; mis disposiciones temporales están hechas; desearía, si de ello me hallais digna, recibir los últimos Sacramentos.

—Grato me será, repuso el sacerdote, administrar esas fuentes de gracia y consuelo.

Un profundo gemido brotó del pecho de Élia.

—¡Pobre niña mia! dijo la Asistentá procurando mirarla.

Fernando quiso alejarla, pero ella se asió con fuerza al pilar de la cama.

—Déjala, hijo mio, dijo la Asistentá que lo notó, ¡es tan grato para mí el verla á mi lado!

Entretanto María, animada con lo augusto del acto que se preparaba, estaba levantando con la ayuda del Cura y de Pedro un altar enfrente de la cama, que cubria de seda, de oro y plata, y coronaba con un magnífico crucifijo de marfil. Habíaseles pasado recado de aviso á los parientes y mas íntimos amigos.

La casa se iba llenando de una multitud de gentes, cuyo silencio, recogimiento y afliccion testificaban su respeto y su cariño. No se oían sino los sollozos sofocados de los criados y de los pobres, que se agolpaban en el zaguan.

A poco viéronse las gentes pararse en las calles, arrodillarse y descubrir sus cabezas, abrirse los balcones, y postrarse en ellos los que en las casas estaban. Se vieron los muchachos de la calle dejar sus juegos, y decir al ponerse de rodillas en los umbrales de las puertas:

¿A dónde vas, Jesus mio,
Tan bizarro y tan galan?
—Voy en casa de mi hija
Que me ha mandado llamar,
Y si me recibe en gracia,
La tengo de perdonar
Aunque tenga mas pecados
Que arenitas tiene el mar.

El toque de una campanilla anunciaba, y dos largas hileras de hombres con cirios en la mano, precedían al sacerdote que traía á aquel Señor que no hay voz que no oiga, para cuya clemencia no hay choza chica, para cuya grandeza no hay palacio grande. Seguía una banda de música militar grave y solemne.

—¿Que es esa música y ese esplendor? preguntó la Asistente á María.

—Señora, contestó esta, es el aparato con el que ha querido el señor Marqués que entre Su Magestad en esta casa.

—¡Cuánta pompa! ¡cuánto boato! ¡tanto para mí... y tan poco para Dios! dijo la señora.

Fernando y un primo suyo salieron con cirios al encuentro del AUGUSTO HUESPED, y le precedieron al cuarto de la enferma.

Habíanla levantado y apoyado en cojines. Fijaba esta sus apagadas miradas dirigiendo en ellas fervorosas oraciones al Redentor, cuando entró el sacerdote.

Recibió el Viático con una profunda y tierna adoración. Acabada la solemne ceremonia, quedó la religiosa moribunda en una santa y tranquila meditación. Su confesor la sacó de ella diciéndole:

—Señora, sé que toda clase de resentimiento contra la Marquesa está extinguido en vuestro corazón.

—¡Oh! del todo, del todo, dijo la moribunda, siento no verla antes de morir.

—No será vano ese deseo, repuso el Padre, y la Marquesa pálida y conmovida se arrojó y estrechó á su hermana entre sus brazos, mientras que Esperanza cayó sollozando á los pies de la cama.

—Hermana! dijo con débil voz la Asistentita, ¡cuán agradecida te estoy! y cayó fatigada por su emoción.

Después de un rato de silencio entreabrió sus ojos y dijo:

—Inés, mi Élia, mi pobre niña..... ¡queda sola y desamparada!

La Marquesa se volvió hácia Élia que se mantenía siempre en su sitio en un estado lastimoso, la tomó y estrechó en sus brazos, y dijo: Admito el depósito, hermana.

—¡Dios mio! murmuró la Asistente, muero tranquila!... su virtud, su caudal, su bienestar, todo queda asegurado. ¡Dios os bendiga á todos! ¡y os haga dulce la vida, como me habeis hecho la muerte!

Al cabo de un momento oyó el Padre que la auxiliaba, salir de sus lábios con su último aliento estas quedas palabras: ¡SEÑOR, recibe mi alma!

—Así, dijo el sacerdote, pasan las almas de los justos al seno de Dios; ¡roguemos!

Todos se postraron con el solemne respeto que causa la muerte, con los profundos sentimientos de piedad que inspira, con el dolor desgarrador que deja tras sí en los que sobreviven á los que aman.

—¡Madre mia! ¡Madre mia! gritó Élia desesperada. Se la llevaron en brazos á su cuarto, á pesar de su resistencia.

—Aléjate, hija mia, dijo la Marquesa cogiendo del brazo á Esperanza, que besaba sollozando las manos del cadáver. Vé con Élia, y llorad unidas, cual compete á dos hermanas que han perdido á una Madre.

Esperanza se apresuró á obedecer.

La Marquesa dió las órdenes necesarias, tomó las disposiciones que exigian las circunstancias. Quiso avisar á las mujeres del oficio para que amortajasen á la difunta; pero María se opuso.—No, señora, le dijo, no la tocarán manos mercenarias; yo seré la que le haga este último servicio.

Despejaron el cuarto, y entonces observaron

oculto entre los anchos pliegues de la colgadura de la cama á D. Benigno, con los ojos huraños y estúpidos clavados en el cadáver de su señora, las manos unidas y estendidas hácia él, los labios sin voces, el pecho sin sollozos. Se lo llevaron, y él se dejó conducir como una masa inerte y sin voluntad.

CAPITULO IX.

Al día siguiente levantaban tristes las campanas su solemne plegaria mortuoria, santos sonidos que levantaban con ellos los corazones al cielo: gruesos cirios colocados en altos hacheros cual guardia de honor de los cadáveres, estaban repartidos por el patio, escaleras y corredores de la casa mortuoria. En el estrado colgado de negro, estaban las ventanas cerradas y ardian blandones. Estaban allí reunidas y sentadas en rigurosa escala de parentesco y amistad las parientas y amigas de la difunta. Fernando con sus mas allegados, en otra sala, en pie y de riguroso luto, recibia el pésame de los que con ellos habian vuelto del servicio fúnebre, celebrado con gran magnificencia en la parroquia; y esa casa á la que afluia toda

:

Sevilla, estaba vacía, como una cabeza sin pensamientos, como un pecho sin corazón!... pues aquella mañana bajaba para no volver á subirla la ancha escalera, aquella cuya presencia era como la primavera para aquellos sitios, y que dejaba un vacío en cada corazón, un huérfano en cada pobre.

Nueve días duró este triste aparato de duelo, que en algunos corazones debía ser eterno.

Al décimo estaba Élia en su cuarto, del que no había podido ni querido salir, en un desconsuelo sin treguas.

A su lado estaba la buena doña Marianita, que quería mucho á Élia, y que en ella respetaba el cariño que le había tenido su difunta y excelente parienta. Echaba mano la buena señora de cuantas palabras de consuelo contiene el repertorio vulgar.

—Es una santa mas en el cielo, decia.

—Sí, contestaba Élia, ¡pero una ménos en la tierra!

—¡Cuántas penas y males le ha quitado Dios llevándosela para sí!

—¡Y cuántas felicidades y dulzuras á mí!

—Es preciso, niña mia, conformarnos con los golpes que nos envia el Señor en este valle de lágrimas.

—Es preciso sentirlos; sino, no serían golpes, ni el mundo valle de lágrimas.

—Pero..... Élia ¿para qué sirven el talento y la razón?

—¡Para mas sentir!

—Pero hija; ¡si ya no tiene remedio!

—¡Pues ese, ese es el dolor que parte mi corazon! exclamó Élia hundiendo su cara en el cojin del sofá mojado de lágrimas.

Volvia doña Marianita á su repertorio de consuelos vulgares sin fuerza, sin lógica, sin efecto, y que no obstante sirven de mucho, porque hacen ver el buen deseo del que quiere consolar, aunque no lo logre; porque para las heridas del corazon no hay sino un bálsamo que es el del cariño é interés, que si no las cura, las alivia.

Abrióse en este momento de paroxismo del dolor de Élia la puerta y entró la Marquesa.

—Hija mia, dijo al ver á Élia, ¿cómo es que te veo sin luto?

La infeliz no habia pensado en ello.

—Vamos, prosiguió la Marquesa, vístete de negro, y ven conmigo.

La dócil niña obedeció sin pregunta ni réplica, se puso su basquiña y un pañuelo negro, y siguió á la Marquesa. En el estrado donde la llevó, se hallaron á todos los de la casa reunidos. Un escribano estaba sentado delante de una mesa, sobre la que habia un pliego cerrado.

Sentado en un rincon, vestido de negro, con la cabeza agachada y las manos cruzadas, estaba D. Benigno siendo presa á la vez del mas profundo dolor y de la mas viva inquietud. Pero cuando vió á Élia,

extendió los brazos hacia ella. Esta se precipitó en ellos y sus sollozos se confundieron.

—Vamos, cálmate, dijo la Marquesa á la desconsolada dos veces huérfana; siéntate á mi lado y contraete, que lo exige la presente circunstancia.

—Señores, dijo el escribano cuando se hizo silencio, aquí está el testamento de la difunta señora doña María Isabel Orrea de Calatrava,—¡que Dios goce!— hecho en pliego cerrado, legalizado, y depositado en mi escribanía, que he sido llamado á abrir.

Élia se levantó.

—¿Para qué he de estar yo presente á esta escena cruel, en que llega la voz de mi Madre al través de las tablas de su ataud?

—Es, respondió la Marquesa, que ese testamento te interesa, y te incumbe asistir á su apertura.

—Señora, ¡por Dios! suplicó Élia, este es un acto de familia, y yo soy una extraña.

—Élia, repuso la Marquesa con suave firmeza; quedarte es un deber que te impongo, con los derechos que sobre tí me legó tu Madre; es un homenaje á su memoria. Y si hay mas ternura en llorar, hay mas mérito en respetar y acatar á las personas que Dios llamó á sí.

Élia se volvió á sentar, y el escribano abrió el pliego y se puso á leerlo.

Después de varios legados, y mandas pias, declaraba el testamento á Élia por heredera universal.

—¡Jesus María! exclamó esta tornándose la pali-

dez de su rostro en un subido carmin. ¡Jesus María! volvió á repetir con mas asombro aún que sorpresa.

—¡Cómo! dijo la Marquesa, ¿esto te sorprende? ¿serás la única!

—¡Dios mio, repuso Élia, en quien una palidez mas marcada que la anterior habia reemplazado los vivos colores; ¡este el único sentimiento que jamás me ha causado esa santa Madre mia! Su cariño la llevó á hacer una enormidad, una lesion á los suyos insostenible. Señor, añadió acercándose al escribano, extienda Vd. incontinenti un acta que pueda firmar ahora mismo,—pues ansio el quitarme este peso que me oprime y avergüenza,—en que exprese Vd. claramente que renuncio á ese caudal ageno, para que pase á sus legítimos herederos.

La Marquesa se levantó.—Élia, dijo con severidad, esa acta, si se hiciese, seria nula y de ningun valor, por ser tú menor y hecha contra la expresa voluntad mia, que soy la persona en quien tu Madre moribunda legó sus poderes sobre tí; pero fuera de esto, dime, ¿cómo te atreves á quebrantar con tanta ligereza la voluntad de tu Madre, cuyo cadáver aun no se ha enfriado?

—Pero ¿para qué quiero yo, para qué me serviria ese gran caudal? exclamó Élia con la mas sencilla naturalidad y sincera conviccion.

—Tuyo es, repuso la Marquesa; la edad y el tiempo te enseñarán su uso y su manejo.

—¡Pero yo no lo quiero! ¡no lo quiero! insistió Élia, lo cedo, como es natural, á sus dueños legítimos.

—¿Y crees acaso, inocente, dijo la Marquesa, que nosotros admitiríamos de tí el caudal que no nos legó su dueña? Si lo has pensado, sírvate de excusa á la ofensa tu inocencia que no la alcanza.

Al oír estas últimas palabras que pronunció la Marquesa con severa dignidad, Élia quedó cortada.

—¿Nos habeis creído tan interesados, le dijo Fernando con dulzura, que habríamos aceptado vuestro noble desprendimiento y generoso sacrificio?

—Pero ¿qué poder en el mundo, dijo Élia después de un momento de reflexion, me podrá forzar á considerar como mio lo que no conceptúo como tal?

—La voluntad de la testadora, contestó la Marquesa, la solemne voz de los muertos, la que tú desoirias al rehusar, así como nosotros al admitir.

—¿Qué hacer? ¡Dios mio! ¿qué hacer? exclamó Élia cuando se halló sola con María y D. Benigno.

—Darles, dijo la primera, si te escrupuliza tu conciencia timorata, lo que pertenezca al caudal de Orrea, que es poco, y quedarte con lo de Calatrava, que es mucho, y tan tuyo como tus cabellos.

—¿Qué hacer, D. Benigno? dijo Élia sin atender á lo que le decia María.

—Dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, contestó sin vacilar D. Benigno.

—Y á Juan Lanás lo que es de Juan Lanás, gruñó María.

Élia apretó con calor la mano al ente simpático que la comprendía.

Y la Baronesa de San Bruno decía aquella noche en una tertulia:

—¿No saben Vds. la novedad? La Asistenta que ya chocheaba, ha dejado todo su caudal á la mogigatilla de la cunera, que sabe mas que las culebras, y que con este fin indispuso á las cuñadas que siempre se habian llevado tan bien. ¡Cómo estará la soberbia de Inés, que ya habría pensado mudarse de su cascajo á la hermosa casa de Calatrava! ¡qué chasco! ¡Buenas danzas dicen que ha habido en la casa! ¡En la apertura del testamento hubo una de San Quintín! me han dicho que está tan contenta la improvisada rica-cha, que ni luto quería ponerse. ¡Vaya si sabe la taimadita de la niña! Pues Carlitos también supo lo que se hacía: ahora se casará con ella, y será solo dueño del caudal, y la Marquesa tendrá que tragarlo, mal que le pese: bien empleado se la está por vana!

¡Este es el mundo! ¡Así cumplimos aquel divino precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos!!

CAPITULO X.

Repetíase el justo y piadoso juicio de la Baronesa por un oficial recién llegado de Sevilla, con la excesiva fé que se dá á toda crítica, fé que tanto se escasea á los elogios, en un café concurrido de Madrid.

Hacia este oficial parte de un alegre círculo de jóvenes sentados alrededor de una mesa, sobre la que humeaba un tazón de ponche. Ninguno de ellos habia reparado en un jóven enlutado, que se hallaba sentado en una mesa detrás de la que ellos ocupaban, apoyando su cabeza sobre su mano, y no levantándola sino para mirar hácia la puerta de entrada, como si aguardase á alguno con impaciencia. Pero apenas acababa de referir el oficial esa sarta de denigrantes falsedades, cuando vió frente de sí al jóven enlutado, pálido y con aire altivo.

—Caballero, le dijo, lo que acabais de decir es una infame calumnia.

La sorpresa que causó esta brusca interpelacion fué tan grande y general que todos enmudecieron.

—Caballero, dijo al fin el oficial irritado, ¿con qué derecho os constituís juez de mis palabras?

—Con el derecho, contestó el jóven, que da la verdad á todo hombre honrado, de defenderla; con la obligacion que impone la justicia á todo corazon bien puesto, de sacar la cara por ella.

—Es D. Cárlos Orrea, dijo al oido uno de sus amigos al oficial.

—En ese caso, dijo el oficial, dirigiéndose al enlutado, os suplico esteis persuadido que no fué mi intencion la de ofenderos; ignoraba delante de quien hablaba.

—Así lo creo, replicó Cárlos, cuya voz estaba trémula de indignacion. No pido razon de una ofensa hecha á mi persona, sino de un ultrage hecho á la verdad. Exijo os retracteis de una vil calumnia, si la habeis forjado, y si no, que me digais su autor.

—Me retractaria con mil amores de una cosa que me importa poco, y que solo repito por oidas, repuso el oficial, si lo contrario me fuese demostrado; pero la voz de mando no la reconozco fuera del servicio.

—Pues yo, señor mio, dijo Cárlos, espero obligaros á dar crédito á una verdad que un caballero defiende con su espada.

—Estoy á vuestro mandato.

—Mañana á las seis estaré fuera de la Puerta de Recoletos.

—No aguardaréis.

Cárlos saludó y salió dejando á aquel grupo, poco ha tan alegre, en una consternacion general.

—Tiene razon..... y yo la tengo tambien, dijo el oficial; ¡mal haya la facilidad con que se habla de las gentes sin conocerlas! Y luego añadió para sí: ¡Pues ya tengo puesta una pica en Flandes para con el Rey, que odia los desafios y tiene buena memoria! ¡Pues y mi Madre que es viuda, y no tiene mas hijo que yo! Pero no anticipemos (prosiguió en alta voz) males que no se han podido evitar. Vamos al teatro; que representa Maiquez.

Cárlos al salir del café se encontró con un amigo á quien dijo cogiéndole por el brazo para seguir paseando:—Te aguardaba aquí, segun convinimos ayer, para participarte el proyecto que habia formado de ir á Sevilla, y por lo tanto encargarte de varias cosas. Pero ha mudado el caso, y es ahora otro favor el que quiero de tí.

Afligióse el amigo cuando Cárlos le participó que consistia el favor en que fuese su padrino en un desafio.

Eran entónces los desafios poco frecuentes en España, siendo fácil colegir la razon de esto, quando se examinan las principales causas que los hacen frecuentes en otros paises. Son estas á menudo:

Ostentacion y alarde de valor.

No se hacia, por creerse pierde en mérito intrínseco lo que se exhala en bravatas.

La susceptibilidad hija de la vanidad.

Existia en contra de esto una tolerancia fácil y de buen gusto en un pais donde era desconocida la grosería, que tan frecuentemente origina los lances en otras partes. Además no estaban los ánimos exasperados, agriados, desunidos y soberbios, cual los ha puesto, para eterna desgracia, la diversidad de opiniones políticas y la libertad de imprenta, ese punto culminante de las modernas exigencias, la que va introduciendo las luces que es un contento!

Habia aun mas; los desafíos estaban *mal vistos*, y no existia la completa despreocupacion moderna en punto á la opinion. El que hubiese creido adquirir la fama de bizarro por medio de los falsamente llamados *lances de honor*, solo hubiese logrado adquirir la de quimerista y *valenton*. Omitimos el hablar de las santas y nobles ideas religiosas que ejercian su influencia adorable sobre las cosas, los hombres y la opinion; porque mezclarlas hoy dia en las cosas del mundo, que hace gala de desatenderlas, es mezclar un solemne acorde del órgano, al discordante y estrepitoso toque de tambores y cornetas.

Añádase á esto que el Rey tenia una animadversion pronunciada á este resto de vandalismo, que mientras exista impedirá al fátuo siglo XIX de gloriarse de haber sacudido todo el polvo de los siglos

bárbaros. Dicen los que la echan de puritanos tocante al punto de honor, que no se pueden evitar, ó por mejor decir, desterrar los desafíos, siendo estos un freno que contiene al insolente. Pueden evitarse sin leyes, prohibiciones ni castigos, y solo con observar la noble calidad del respeto. Respetémonos unos á otros, no por lo que pueda cada cual valer, sino por que el respeto y la política son para quienes los merecen, un tributo debido, y al que no, le son barreras las mas difíciles de superar. Se engaña el que piensa imponer por la insolencia; porque de cierto hallará siempre otro mas insolente que él.

Fuese en seguida Cárlos á su casa; escribió algunas cartas y rompió varios papeles. Entre estos halló el único recuerdo que le habia dado Élia. Era una estampita que representaba al Niño Dios sentado en el suelo, teniendo en la mano una rosa cuyas espinas le han herido. Debajo estaban escritos con una letra tiesecita y poco ejercitada estos versos:

—«¿Qué producirá, mi Dios,
Tierra que regais así?»
—«Las espinas para mí
Y las flores para vos.»
—«¡Regada con tales fuentes
Un jardin se habrá de hacer!
—«Sí, mas de él se han de coger
Guirnaldas muy diferentes.»
—«¿Cúyas han de ser, mi Dios,
Esas guirnaldas, decí?»
—«Las espinas para mí
«Y las flores para vos.»

Cárlos besó mil veces el recuerdo tan dulce y santo como la que se lo habia dado: lo regó de lágrimas, y escribió al pié:

Que este mi último adios
En papel que riego así
Siendo un recuerdo de mí...
Sea un consuelo para vos!

Le puso dos sobres, uno para Élia y otro para Fernando, 'á quien debia ser entregado si sucumbia, y sin embargo, al dia siguiente á las seis y media de la mañana, el oficial yacia con un hombro deshecho por una bala, y Cárlos, con una grave herida en el costado era trasportado sin sentido por sus inconsolables amigos á una casa de poca apariencia en un barrio extraviado.

CAPITULO XI.

La Marquesa se habia llevado á Élia á su casa, en la que era objeto de los comedidos agasajos de la Madre, y de los tiernos cariños de la hija. Pero Élia nada decia sobre sus proyectos futuros, y esto tenia inquieta á la Marquesa.

Pensaba á veces que podria Élia, como dueña de un gran caudal, quizás figurarse allanados en parte los inconvenientes que se oponian al desproporcionado enlace que habia proyectado. Era dable tambien que prolongándose la estada de Élia en su casa, cobrase Cárlos esperanzas, se arrojase á volver, y comprometiese su autoridad de Madre, y la hospitalidad que tan generosamente habia ofrecido á la desconsolada huérfana, que le habia encargado su hermana en su lecho de muerte. No le permitia la delicadeza

tomar la iniciativa en la cuestion de los futuros proyectos que formase Élia; pero entretanto un dia la ocasion se presentó naturalmente.

Una mañana que estaban reunidas en una galería de cristales que daba al jardin, despues de leer el Año cristiano, dijo la Marquesa á Élia, que bordaba en un mismo bastidor con Esperanza un paño de Altar:

—Élia, ¿conoces há tiempo á Lorenzo Rioseco?

—Sí señora, contestó Élia, le he visto con frecuencia en casa de mi bienhechora.

—Es hijo, prosiguió la Marquesa, de una excelente señora amiga mia y de mi difunta hermana, de familia distinguida, aunque escasa de riqueza: es teniente coronel de milicias, y sería coronel, si tuviese los veinte y cuatro mil reales de renta que se necesitan poseer para obtener ese destino. Conoces su buena presencia y finos modales; pero aun no conoces como yo, las bellas prendas que lo adornan, la nobleza de sus sentimientos, su conducta ejemplar. Te ama desde que te conoce, y aunque el amor no sea necesario en un enlace que por todos estilos conviene y promete la felicidad, tanto mejor que exista cuando todo lo demás concuerda. Quiere hacerte su mujer, y por mi parte he prometido á su Madre apoyar su solicitud con tanta mejor [voluntad, cuanto que creo hará tu felicidad, asi como tú la suya. Como he prometido á tu Madre en su lecho de muerte, hacer contigo sus veces, debo aconsejarte este enlace, pues si

tú le llevas caudal, él te dá una posicion y un rango distinguido en el mundo.

Élia no levantó la cabeza mientras habló la Marquesa. Un vivo carmin se extendió sobre su rostro, y lo que no habia logrado la accion de postrarse, y besar la mano de un bandido infame, llamándolo Padre..... lo que ningun desprecio ni dureza habian podido lograr, el humillar á aquella alma suave y sin hiel, lo logró la proposicion que la hizo la Marquesa.

Pero, comprimiendo ese impulso de un alma superior que se siente rebajar, respondió con dulzura, pero con firmeza, mientras que dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas, puras y silenciosas como su dolor.

—Señora, mucho tiempo antes de la muerte de mi bienhechora, estaba irrevocablemente fijada mi resolucion; mis intenciones han sido siempre y son las de volver al convento cuando tuviese la desgracia de perder á aquella, de quien ni podia ni queria separarme. Si he venido á vuestra casa, solo ha sido con el objeto de demostraros toda la gratitud que me infundian vuestros beneficios, aceptándolos. A no ser por eso, ya estaria con las monjas, tan hermanas mias en la tierra, como lo serémos todos en el cielo!

La Marquesa miró á Élia con admiracion: ahora que no la temia, le pareció lo que era. Conoció era sublime renunciar á su edad, con su hermosura y sus riquezas á un mundo que la adulaba; renunciar á su amor, y á una lucha en que podia tener fundadas

esperanzas de vencer. Era esto una elevacion de alma, una abnegacion que la confundieron profundamente. Una lágrima asomó á sus ojos, al fijarlos sobre aquella suave flor del convento, y se sintió impulsada á estrecharla sobre su corazon.

—Hija mia, le dijo despues de un rato de silencio, admiro tu resolución sin aprobarla. Antes de arrojarle á dar un paso tan decisivo, es preciso examinar profundamente tus inclinaciones; y eso no se hace en un dia ni en dos. A tu edad son variables; tu vida empieza, no decidas ligeramente de tu porvenir. Tén presentes las ventajas de tu posicion, que la edad y la experiencia te harán apreciar más de lo que lo haces hoy dia.

En este instante anunciaron que habia visita, y la Marquesa se fué á recibirla.

—¡No te separes de mí! dijo Esperanza á Élia echándola los brazos, ¡quedemos unidas! ¡casémonos al gusto de mi Madre, para vivir tranquilas!

Élia no pudo responder sino con lágrimas, y se fué precipitadamente á su cuarto.

Allí encontró á D. Benigno que habia venido á verla; hablaba con María, pero no parecían estar muy de acuerdo. María estaba animada, D. Benigno impassible como siempre, pero moviendo la cabeza en señal de desaprobacion lo que María con gran profusion de voces y de gestos le queria inculcar.

Élia entró enjugándose las lágrimas.

—¡Jesus! exclamó María, ¿qué es esto? ¿qué tienes,

hija de mi alma? ¡No llores! ¡que me partes el corazón! ¿Te han ofendido? ¿te han lastimado?

—¡No, no! respondió Élia, al contrario, me han dado nuevas pruebas de interés y aprecio. Lloro, María..... al despedirme de las personas que tan bondadosamente me han acogido en mi desamparo.

—Eso es otra cosa, dijo María, me parece bien; porque en lo que es fino, más vale quedar por carta de más, que por carta de-ménos.—¿Y dónde vamos?

—Voy al convento, respondió Élia.

—¡Al convento!!! exclamó María; ¿se te ha ido el juicio, la memoria, y la voluntad á un tiempo? ¿Así guardas consecuencia, flaca criatura? ¿Qué dirá el Príncipe de la pastorcita?

—La halará muerta al mundo, ¡y llevada por los ángeles léjos de la tierra! María, los Príncipes no se casan con pastorcitas, sino en tus cuentos.

—¿Pero tú has considerado, ciega criatura, dijo María, que si la señora te dejó todos sus bienes, fué con intencion de que volviesen á entrar contigo en la familia?

—Se engaña Vd., María, dijo D. Benigno; nuestra difunta señora, en paz descause, no tuvo otra intencion al dejar sus bienes á su hija de adopcion, que la de hacerle en muerte como en vida todo el bien que pudo.

—Dice bien D. Benigno, María, opinó Élia, su recto juicio no transije con nada: no le ofuscan pasiones ni le inclinan intereses, ni le intimidan declamacio-

nes mundanas. Tus canas, María, no han calmado la exaltacion de la cabeza que cubren, y los extremos con que me amas ofuscan tu razon. Solo hay dos existencias para mí posibles: una brillante, de incesante combate; otra humilde de inalterable paz: una adecuada á mi génio; la otra antipática: escojo, pues, lo que me conviene. Mi bienhechora te dejó una cómoda independendia. Quédate unida á D. Benigno para cuidarle, y vivid ambos en la casa en que ella vivió, murió y santificó, que no deben profanar extraños.

—No hago falta á D. Benigno, respondió María, se puede quedar en la casa con Pedro. Pues..... ¿crees acaso que te dejaré ir sin mí al convento?

Élia abrazó á su ama.

Encerróse luego con D. Benigno, hizo el arreglo que habia tiempo tenia meditado, y tomó las disposiciones siguientes:

«A su muerte pasaria el caudal á la familia de los Orreas. Entretanto, las rentas que produjese, serian empleadas en mejoras, redencion de censos, nuevas adquisiciones que agregar al caudal; una quinta parte de dichas rentas se destinaria á obras de caridad.»

D. Benigno quedaba de administrador.

María al presenciar tantos absurdos, no trató de combatirlos. Se retiró bajo su tienda, como Aquiles, pensando que el año de noviciado contaba muchos dias en que muchas cosas podian suceder. Decíase que hacer nada en ausencia de Cárlos, era contar sin la huésped, y echaba anticipadas miradas de triunfo

á D. Benigno, al que no sacaban de su paso, ni de su andar de cronómetro.

Algunos dias despues , habiendo permanecido Élia inflexible en su resolucion, la Marquesa la llevó al convento.

—Entrego á Vd., dijo á la abadesa , esta vuestra hija tan pura como salió del convento, trayendo ademas grandes virtudes que ha adquirido, y de que ha dado muestras en el mundo.

Esperanza y Élia se echaron en los brazos una de otra; Élia pasó la reja que se cerró tras ella.

Al atravesar el zaguan del convento se encontró la Marquesa con D. Benigno y María, que venian trayendo el equipaje de Élia.

—¿Con que... venis, dijo la Marquesa á María, á encerraros en el convento con Élia? Esto es una prueba de cariño que os honra.

—Sí señora, contestó María; me vengo con el fin de amonestarla dia y noche, para que no profese.

—¿Vd. tambien ha venido? preguntó la Marquesa á D. Benigno, sin contestar á María.

—Sí señora, respondió éste; vengo á darle el parabien por su santo propósito.

—¡Vaya Vd. bendito de Dios, señor D. Benigno! le dijo María al separarse de él. Vd. ha estado metiendo el palo en candela para que este cordero se sacrifique: ¿á Vd. le parece que ha ganado la borla de doctor con contribuir por sus sentencias de Salomon á separar á estas dos criaturas...? ¡lo que es contra

Dios! ¡Y eso que decia Vd. que queria tanto á la niña!
¡Vivir para ver!

—María, contestó D. Benigno, tiene Vd. la vista más corta que un topo.

—¿Y Vd?... dijo María volviéndose bruscamente; ¿pretende Vd. tenerla de águila?

—Si no veo largo, veo justo.

—Justo, lo largo de su nariz, dijo el ama.

—Vamos, María, despues de treinta años de llevarnos bien, separémonos amigos.

—¿Amigos? No señor; no, no lo soy de quien quiera mal á mi niña, y se compincha con la *Reina de Egipto*: servidora de Vd. D. Benigno; reñidos; sí, señor, reñidos hasta el valle de Josafat!

Con eso se entró con pasos apresurados en el convento.

CAPITULO XII.

Cárlos despertó de un estado semejante á un largo sueño. Se incorporó en su lecho apoyándose sobre su codo, y extendió sus miradas por el cuarto desconocido en que se hallaba. Al fin se fijaron en una persona sentada á su cabecera. De repente dió un grito de sorpresa y gozo, que despertó á la persona sentada á su lado, á quien la falta de descanso habia embelesado. Levantóse y estrechó en sus brazos al enagenado Cárlos que murmuraba, ¡hermano! ¡hermano!

Era en efecto Fernando, que á la primera noticia de lo acaecido á Cárlos, voló á Madrid, siendo en esta ocasion, como en todas, su protector, su amparo, su refugio, en fin, el noble tipo del mayorazgo que con los bienes de la casa, con el consagrado derecho de primogenitura, hereda los deberes de Padre, uniendo la proteccion de este á la simpatía de aquel.

Despues de los primeros desahogos, tan tiernos en

Fernando, tan vehementes en Cárlos, se informó éste de la impresion que su funesto accidente habria causado en su Madre. Pero Fernando le tranquilizó, asegurándole que le habia sido cuidadosamente ocultado, y que le creia enfermo por causas naturales. A las preguntas de su hermano sobre Élia, contestó que estaba ésta en casa de su Madre, siendo por parte de la Marquesa, objeto de atenciones y de aprecio. Estas palabras causaron en Cárlos la mas viva alegría, haciendo nacer en él las más halagüeñas esperanzas.

Era Fernando demasiado franco y recto para no disiparlas desde luego. Así, pues, dijo á su hermano:

—No te lisonjees, Cárlos, ni tomes la noble y generosa conducta de Madre, como prueba de que desista de su sensata oposicion á tu intento. El gran caudal que pösee ahora Élia, esos bienes que á los ojos del mundo parecen aproximar distancias, esas riquezas que *alzan*, si no *elevan*, son, hermano mio, un nuevo obstáculo á tus deseos. Madre se creería envilecida si diese á Élia rica, el nombre de hija que negó á Élia pobre. Te creería rebajado de tu clase, si debieras tu caudal á una mujer, separada de tí por todos los escalones de la escala social! Dificil era, pero estaba en la posibilidad que hubiese alzado del caño á una nuera indigna; pero que la vaya á buscar sobre una pila de oro, no lo está. ¿Has podido creer por un momento, Cárlos, que hubiese circunstancia alguna, que llevase á Madre á tolerar el ver enlazados en las soberbias ramas de su árbol genealógico, la

cuerda del ahorcado, los grilletos del galeote? ¿á consentir en sus puros pergaminos la imborrable mancha de la ilegitimidad? ¿el baldon de la prostituta? ¡Cárlas, aun deliras en la fiebre si esto pensaste! ¿Exijes de la Marquesa de Val de Jara, consienta en lo que no consintiría el hombre de la clase más humilde? Además, Élia está decidida á volver al convento, su única pátria, como ella le llama, y razon lleva, siendo la de la inocencia y de la virtud.

Cárlas hizo un ademán de despecho y rabia.

—¡Madre será, exclamó, la que se lo haya imbuido! Quiere sacrificar esa criatura angelical, á miras de orgullo; pero no lo conseguirá. No, no: si hay mérito en no arrostrar la voluntad de una Madre justa y benévola, hay debilidad en someterse al despotismo de una Madre dura é inflexible, en quien el orgullo sofoca todos los sentimientos amantes y generosos. ¡Y estas son, añadió con amargura, estas son las personas que se jactan de religiosas, y hablan de virtudes cristianas! ¡y que queriendo la religion en política, la desatienden en la vida privada!

—¡Cárlas!... dijo severamente Fernando.

—¿Pues es acaso, prosiguió con vehemencia Cárlas, es acaso humildad cristiana la que quebranta dos corazones, y destroza dos existencias, solo por orgullo? ¿es espíritu religioso el que hace de conventos prisiones? No; en los corazones endurecidos por viles intereses mundanos, no puede existir verdadera religion.

—Indignacion causaria el oírte, dijo Fernando, si el estado de padecer fisico y de trastorno moral en que te hallas, no antepusiese un sentimiento mas dulce, el de lástima. ¡Raro derecho es por cierto, el que se arroga el que quiere fallar temerariamente en lo que le place llamar deberes ó virtudes! ¡Rara exigencia es la de no tolerar, que una persona por ser religiosa no sea perfecta, y perfecta á la manera que cada cual le prescribe! ¡Que una persona por ser religiosa, pierda todo derecho á la tolerancia, es un odioso absurdo! ¿Y acaso es virtud religiosa en una Madre, el consentir que los primeros arranques amorosos de su hijo le lleven á decidir de su suerte, y esto de una manera que toda su vida le pese? Considera, Cárlos, si haria bien Madre en tolerar un enlace, que bien pueden aprobar hoy tus correligionarios, apóstoles de la igualdad, á pesar de que mañana serían los primeros en mirar á tu mujer con desdén. Porque, Cárlos, las teorías, aunque admitidas y otorgadas, son acerca de lo existente, establecido y sancionado por la mano de los siglos, lo que el papel moneda acerca del oro: formó el uno un rasgo de pluma, salió el otro de las entrañas de la tierra. Lo que sí es duro, acerbo é injusto á todas luces, Cárlos, es el juicio que te atreves á formar sobre tu Madre. ¡Pues qué! aquella voluntad firme y altiva de una Madre ofendida, que un pobre capuchino quiebra como un junco, aquella reconciliacion tan tierna en el lecho de muerte, con una hermana.

que causó todas sus penas, y deshereda á sus hijos por una extraña; ese amparo y proteccion tan generosamente prometida y tan noblemente cumplida, á la que, aunque inocentemente, le ha amargado la existencia, y amenaza la honra de su casa, esa vida que ha sido y es un modelo de austeridad y de virtud, todo eso, Cárlos, que el mundo admira y la sociedad venera, su propio hijo no lo vé. ¡Todo eso se desconoce por el solo hecho de oponerse como Madre prudente á lo que todo el mundo reprueba y condena, como severo juez! Dices, hermano, que ciega el orgullo. ¡Oh! ¡cuánto mas ciegan otras pasiones!

—¡Sí! repuso Cárlos amargamente, la generosa proteccion prometida, y el noble modo de cumplirla, que consiste en persuadir á una tímida y dócil criatura á encerrarse en un convento, es un modelo en su género jesuítico é hipócrita. ¡Pero, tú defiendes admirablemente todo esto! A otra Santa Mónica no podia faltarle otro San Agustin.

—Ni faltará, dijo Fernando sin alterarse, á un hermano imprudente que zahiere, un hermano sensato que disimule.

—Perdona, hermano! exclamó Cárlos echándose á su cuello, es mi sangre á veces tan ágría y efervescente, que dudo pase por mi corazon. Pero, Fernando, cree que en su contacto, si él no la calma á ella, ella tampoco le amarga á él.

—Así lo creo, repuso Fernando. Además te engañas si crees que Madre haya influido sobre la deter-

minacion de Élia; al contrario, puedo asegurarte que la ha aconsejado con insistencia, postergue la ejecucion de su propósito. Es Madre demasiado leal y activa para usar de medios indirectos ó solapados, para alcanzar sus fines; confía solo en lo justo de su causa, y en el poder de su voluntad. Si en el fondo no deja de aprobar la resolucion de Élia, es aun más por motivos de razon que por inclinacion religiosa. Conoce que la posicion de Élia en el mundo que la adula y la desdenna, que la busca y la rechaza, que la sonríe y la hiere, que la acaricia y la humilla, es una falsa posicion, en la que aquella alma tan suave se hallará siempre desgraciada. Demasiado humilde para sobreponerse á la opinion; demasiado tímida para arrostrarla, pero demasiado delicada para no sentirse lastimada por ella, demasiado modesta para embriagarse con las ficciones de la vanidad y el oropel de la riqueza, tiene cabalmente las cualidades que le impedirían gozar de las ventajas de su posicion, y la harán sufrir por todas sus desventajas.

—¿Pero acaso crees, Fernando, dijo Cárlos, que yo pueda conformarme con perderla? ¿en nada me toman Vds. á mí en cuenta? Yo no consentiré en que se nos sacrifique: ¿qué me queda á mí en la vida sin ella?

—¡El olvido! respondió Fernando.

—¡El olvido, Fernando!... ¿te burlas ó me insultas? ¿qué has dicho?... ¿el olvido?

—¡Sí hermano, sí! pero no quiero decir el olvido que borra la imágen de las cosas, sino el que embota sus impresiones: avergüénzase nuestra alma del olvido, á la par que cede á su irremediable influjo. Dios ha hecho del olvido una necesidad moral de nuestra existencia, como del respirar una necesidad física; y así aspira el alma el olvido, como nuestro pecho al aire. por un irremediable impulso.

—¡Dignas palabras del hijo de nieve de una madre de hielo! exclamó Cárlos.

—Cárlos, prosiguió Fernando, el fuego de las pasiones las lágrimas lo alimentan, las quejas lo atizan. Solo un medio hay para evitar sus estragos; este es ahogarlo.

—¡Imposible! gritó Cárlos.

—Te engañas, repuso Fernando; es posible... y puedo, prosiguió con voz profundamente conmovida, afirmártelo con palabras, y probártelo con hechos!

Al oír el tono doloroso con que su hermano profirió estas palabras, Cárlos sorprendido volvió la cabeza y le miró fijamente. Fernando tenia esa mirada vaga, que se clava sin interés en lo primero que halla, como sobre un punto de apoyo; su bello rostro estaba pálido, pero tranquilo. Solo la contraccion de sus negras cejas, y un imperceptible movimiento de su oscuro bigote, imprimian en él fases de dolor como sobre un papel blanco imprime la tinta la expresion de un acerbo sufrimiento.

—¡Fernando! ¡Fernando! dijo Cárlos. ¡Oh!... comprendo! Ya cuando niño la amabas. ¡Mal haya el corazón egoísta que ama y presencia, sin notarlos, los sufrimientos callados y ocultos de un hermano! ¡Si, Fernando, la amas! ¡amas á Clara!

—No pronuncies su nombre, repuso Fernando, sino como el de tu hermana, si no quieres privar á mi padecer de su pureza y de su virginidad. Sírvate mi secreto de prueba de que todo lo bueno es posible, y vuelva á su tumba, que es mi corazón!.....

—¡Eres un héroe, Fernando! exclamó Cárlos.

—No, respondió Fernando, pero soy un hombre honrado.

Vamos, añadió Fernando observando la creciente emoción y desasosiego de su hermano, esta conversación se ha prolongado demasiado: es preciso que descanses y te tranquilices. Nada apremia en los acontecimientos venideros: lo que urge es que te restablezcas del todo.

En breve pudo Cárlos levantarse. Entonces Fernando le informó de que la Madre y parientes del oficial su contrario, el cual aunque no había muerto seguía en el mayor peligro, habiéndose hecho necesaria la amputación del brazo, perseguían este asunto con la mayor actividad, habiendo reunido unánimes declaraciones que atestiguaban ser Cárlos el agresor. El Rey estaba furioso, y había prometido castigar al promovedor del lance.

No le quedaba á Cárlos, por el momento, sino la

alternativa de ir á un castillo ó emigrar; no podia razonablemente oponerse á adoptar la última, tanto mas, cuanto que presumia que una vez en el castillo, su Madre influiria para que no saliese de este otro convento, hasta que Élia profesase en el suyo. Partió, pues, con lágrimas de despecho y rabia, confiado en la promesa que le hizo su hermano, de poner en ejecución cuantos medios estuviesen en su poder para facilitar su regreso en el mas breve término. Confaba, y con razon en una palabra de su hermano, como en un Evangelio. Asi fué que dejó igualmente á su cuidado una carta para Élia, en la que le decia, que viéndose obligado por asuntos del servicio á alejarse por un par de meses, no se oponia á su estada en el convento, en el que tranquila podia aguardar su regreso. En toda la carta reinaba la espresion del mas profundo y apasionado cariño, la suplicaba una y mil veces no olvidase las promesas que le habia hecho, las que vendria en breve á reclamar, y que le daban derecho á arrancarla aun al pié de los altares para que se las cumpliese.

Algunos dias despues, llegaba esta carta al convento, esa *trinchera de almas frias egoistas*, como decia el filósofo Narciso; y Cárlos llegaba á Inglaterra, *nido de cisnes* como decia Shakspeare; sobrenombres que, en justicia, ¿no te parece, querido lector, que harémos bien en trocarlos?

CAPITULO XIII

La Marquesa no ignoraba el desafío de Carlos, aunque aparentó ignorarlo. Le causó una profunda aflicción; no obstante respondió al amigo que se lo comunicó:—Si todos hiciesen lo que él ha hecho, al oír ultrajar á su Madre, los mal hablados pondrían freno á sus lenguas.

Pero mientras Fernando se desvivía en Madrid para conseguir la gracia de su hermano, su Madre conseguía por sus amigos y parientes que se retardase. Deseaba que Carlos no regresase hasta que Élia hubiese profesado, sin otra razón que la de evitar locos extremos, que eran á su carácter grave y sentado en alto grado repugnantes. Así era, pues, que se hacían infructuosas las diligencias de Fernando, paralizadas por un Ministro inclinado á los intereses

de la Madre: solo podia éste consolar á su hermano, con las esperanzas que le daban á cada nueva solicitud. Exasperaban estas demoras á Carlos, el que con su apego exclusivo español á su amor y á su patria, maldecia su destierro. Todas las magnificencias de Lóndres, pasaban ante sus ojos, como sombras chinescas, sin interesar su mente ni su corazon. En las reuniones de la alta sociedad en las que iba á aburrirse tanto ó mas que un viejo millonario Lord, resbalaban sobre el gallardo español como agua sobre hule, las *vivisimas* ó *languidisimas* miradas de las inglesas, que al imitar á las hijas del Sena, las han sobrepujado en coquetería.

Entristeciase profundamente bajo aquel cielo ceniciento, que parece el primer atacado del indigena mal, el *spleen*; en aquella fria neblina, en la que se envuelve la gran ciudad como en una mortaja, y que es sobre vuestras cabezas una noche sin estrellas, á vuestro alrededor una noche sin descanso. Alzábanse sobre la nieve tersa y fria como el mármol, los negros y deshojados árboles, como esqueletos que levantasen sus brazos al cielo para pedir sepultura. Para él los dias no tenian fin, y las noches eran eternas. Y á pesar de parecerle parado el reloj del tiempo, los meses corrian persiguiéndose sin descanso. El invierno daba sus últimos bramidos en el equinoccio al ver triunfar de sus lúgubres noches los dias apacibles de la primavera. Aunque pálido y débil aparecia el sol, como un convalecien-

te. Cubriase el suelo de un aterciopelado césped como de un fresco vestido de primavera; el campo ostentaba todas sus galas, prodigaba todas sus sonrisas, y brindaba todos sus encantos en aquellos sitios campestres, tan suaves y románticos como sus poemas. Pero nada hablaba al corazon del desterrado..... en que solo cabian recuerdos y esperanzas!

Acabóse de hacer intolerable su situacion, cuando calculó que solo quedaban á Élia dos meses de noviciado. Aguardó aun el último plazo que le habia señalado su hermano; pero cuando llegó éste, y vió que como los anteriores, era este nuevo plazo otro eslabon de una cadena forjada para retenerle ausente, se indignó, y sin esperar mas, sin cuidarse de las resultas, pidió su pasaporte, y se embarcó á la ventura.

¡Cómo palpitó su corazon de intenso gozo, cuando vió bosquejarse al horizonte la España y redondearse las costas de su patria como el seno de una nodrizá!—El puro azul del cielo y el brillante azul del mar, parecian entreabrirse como una concha de turquesa para mostrar en su seno la blanca Cádiz, como una perla. Veia á su izquierda la ciudad de San Lúcar, pareciendo la urna en que se apoya el Betis, con su corona de juncos, su barba de plateada espuma, y su aliento de azahares. Vió á Rota, el Puerto de Santa María, Puerto Real, la isla de San Fernando, formadas como cortesanos de la primavera en derre-

:

dor de Cádiz; á Medina que han labrado en alto como un nido de alabastro. Vió en la bahía aquella selva movediza de masteleros, árboles esclavos tostados con los soles de los trópicos, endurecidos con las nieves de los polos, diciendo alegremente el nombre de su patria con sus lenguas de colores, recogiendo sus velas como pájaros que descansan sus alas, confiando en sus áncoras como el comercio en la buena fé. Fijó una mirada agradecida en el faro de San Sebastian, que Cádiz ha alejado de sí, y edificado sobre unas peñas en medio del mar, á fin de que el ruido de la ciudad no pueda distraerle y el de las olas le recuerde su santa mision; cíclope de granito, centinela impasible como la confianza, vigilante como los celos, mientras la mar le azota los pies con sus olas y le salpica la frente con sus espumas; perenne vigía, vestal cristiana, cuidando esa pequeña llama que dá tanta claridad! ¡Llama santa, con la que la caridad estampa en la pérfida oscuridad la voz CUIDADO! dedo de fuego con que la humanidad indica el peligro que oculta la noche; buen consejo, que envía al través del espacio, las tinieblas y las tempestades, el hermano al hermano; simpatía práctica, que une al que pelagra aislado, con los que descansan seguros; aulas de caridad, que los ángeles señalan á Dios con el dedo para mostrarle que los hombres recuerdan su santo Evangelio!

Vió Cárlos todo este conjunto tan vasto, tan espacioso, tan dilatado, y sin embargo recogido y

distinto por la pureza del aire, que impide se confundan los objetos en la distancia. Sobre este inmenso cuadro, el cielo andalúz, que tiene el encanto de una sonrisa, el embeleso de una mirada de amor, la poesía de lo infinito, cuya mágica es un magnetismo del alma; ese cielo tan puro que no se empaña sino con albas nubecillas como copos de nieve, que vagan sin dirección, como la mirada de un recién nacido, y por la noche con sus estrellas como con sus brillantes la mujer que desea agradar; ese cielo siempre sereno, siempre apacible como la virtud, que no se cubre de nublados, sino después que reseca la tierra le dice: *¡tengo sed!*

Apenas hubo desembarcado Carlos en Cádiz y recorrido algunas de sus calles primorosas y derechas como niñas bien criadas, se embarcó para el Puerto, en un falucho que con su semi-arrogante semi-piadoso letrado de

¡CON DIOS VOY:

MIS OBRAS DIRÁN QUIEN SOY!

se le brindaba. Este, desplegando su enorme vela latina que se hinchó al soplo de la brisa, como se hincha de alegría el corazón del que emprende la vuelta á su hogar, se puso á bogar ligero contra las olas, que sorprendidas murmuraban á sus costados como entes voluntariosos á quienes se les quiebra la voluntad. Pasada la barra, que precede á la en-

trada del rio Guadalete, en cuya orilla se extiende el Puerto de Santa María, quitóse el patron su sombrero, y entonó en alta voz un Padre nuestro por las almas de los muchos que han perecido en aquel peligroso escollo; ¡santo sufragio, tierno recuerdo del que se salva al que sucumbió, que debian respetar por humanidad los que no lo respetan por devocion! Pero esta tierna, piadosa y grave costumbre, ha sido abolida, sirviendo el impío sarcasmo de puñal para unos, de espantajo para otros. Así hicieron los impíos el gran servicio á la *ilustracion*, de helar la oracion en la boca de la generalidad. Las gentes superiores á quienes ni hieren ni imponen escarnios, enmudecieron tambien, temiendo dar pábulo con el testimonio de su fé á que se emitiesen impiedades y heregías que hiciesen mas daño que provecho podria causar su buen ejemplo (que buen ejemplo es el socorro, la dávida moral, obligatorios del que es rico en inteligencia al que es pobre). Tal es la osadía inaudita y provocativa de los blasfemos, en esta lucha, que hace considerar á los fieles un silencio como una concesion, una tregua como una gracia.

Llegó Cárlos al Puerto de Santa Maria, que con ser una ciudad poco poblada, y tener alrededores estériles, halla medio de ser alegre y bonita; anduvo en muy poco tiempo en una ligera calesa las tres largas y monótonas leguas que separan este Puerto de San Lucar, que rico de frutas, como Pomona, ofrece

al sediento viajero su fina manzanilla y las puras y variadas aguas de sus fuentes. Allí donde se traga el mar ansioso las dulces aguas del Guadalquivir, se embarcó en el vapor; el que voló hácia Sevilla cual si adivinase llevaba un amante que depositar al lado de la que amaba. Subió Cárlos las orillas del rio, monótonas, solitarias, tristes, como una larga existencia al llegar á su término, y que tanto se alegran, se visiten de huertas y naranjos al acercarse á Sevilla, por que Sevilla es su querida, y fueron los confidentes de sus amores los poetas antiguos y lo son los modernos; que el amor no tiene secretos para la poesía, ni la poesía para el amor; así como no los tienen el alma y el corazon.

Llegó de noche. Alumbraba la luna con su serena luz á la naturaleza arrullada en su dulce *farniente* por el canto del ruiseñor, que tiene una indefinida emocion que llena de lágrimas los ojos; por el sonido de las guitarras que esparcen pensamientos de amor, y por la perfumada brisa que la refrescaba, como á una hurí el aire de su abanico de olorosas plumas.

Cárlos no quiso desde luego entrar en la dormida ciudad, y se quedó vagando por aquellas calles de árboles de los paseos, entre cuyo ramaje brillaban aun algunas luces de reverberos, que parecian rayos que el sol hubiese olvidado, escondidos como estaban entre la hojarasca.

Es preciso tener en Sevilla su patria y sus amo-

res, para enagenarse y gozar, como lo hacia Cárlos de la felicidad del regreso—¡que se compra tan cara con la ausencia!—y saborear como él, la encantadora armonía que entre sí tienen el amor, la primavera, los cantos, la soledad y la luna, astro que está —como el corazon que ama,—entre el cielo y la tierra.

CAPITULO XIV.

Daban las siete cuando el joven llamó al torno de las monjas de Madre de Dios.

—Voy á llamar á la Madre tornera, dijo una voz que le era bien conocida.

—¡María! exclamó el joven.

—¿Quién me llama por mi nombre? preguntó la misma voz.

—¡No me conoces, María?

Un grito vivaz de alegría resonó detrás del torno, y se oyeron pasos precipitados alejarse al mismo tiempo que estas palabras:—¡Lo sabia! ¡sabia que habia de venir! ¡ni un momento dudé! ¡Yo sé lo que es querer!

Llegó entónces la Madre tornera, y habiéndose hecho conocer Cárlos por el hijo de la Marquesa de

Val-de-Jara, le dió la llave para que pasase al locutorio.

Cárlos entró en una pieza vasta, entrelarga; á la izquierda de la puerta, en el fondo, se hallaba una grande y fuerte reja doble, detrás de la cual se extendia una gran cortina negra; sobre esta reja se leia esta inscripcion:

NOSTRA CONVERSATIO IN COELIS EST.

Del lado opuesto, una pequeña ventana enrejada y abierta cerca del techo, derramaba por el ámbito con perfecta igualdad una grave y pálida luz, cuyo reflejo moria sobre la cortina negra. En la pared frente á la puerta, colgaba un cuadro de grandes dimensiones que representaba á Santa Cecilia renunciando en sus bodas á las seducciones del amor, convirtiendo á su marido al espiritualismo de su elevada fé, transformando el tálamo en altar, coronado por los ángeles con blancas rosas.

Algunas sillas de rejilla y alto espaldar con filete dorado, guarnecian las paredes del locutorio, frias y albas como la nieve.

Cárlos sintió al entrar en aquel austero y silencioso recinto, como si una mano fria se pusiese sobre su corazon y comprimiese sus latidos. Sucedióle como al vivo y brillante pájaro de los trópicos al cual llevase su destino sobre las ramas de los pinos de Laponia, cuyas hojas son témpanos; se estremece, sus alas se rinden, y su garganta se anuda.

Cárlos se dejó caer sobre una silla. De repente se descorrió rápidamente la cortina. Un aposento grande y claro apareció á los ojos deslumbrados del jóven. En pié, en medio del cuarto estaba Élia. Cárlos no pudo hablar y estendió los brazos hácia ella.

—¡Oh, Cárlos! dijo ésta con el acento de la mas pura serenidad y cariñoso contento, ¡qué placer me das en venir para el feliz y solemne dia en que voy á pronunciar mis votos! ¡Solo tú, entre las personas que quiero y me quieren, me faltaba!

Cárlos fijó los ojos en Élia como se fija la atencion en un enigma que se quiere adivinar.

No podia darse nada mas bello que aquella encantadora aparicion, cercada de una auréola de luz. Sus ojos brillaban serenos reflejando su alma amante y pura; sus cejas negras se dibujaban con nobleza en su plácida frente. La toca cortaba en línea recta esa frente, y ceñia el óvalo perfecto de su cara. Su hábito blanco, que caia en anchos pliegues hasta el suelo, el velo que ondeaba desde su cabeza hasta sus pies, daban á aquella figura juvenil una dignidad dulce y grave, y hacian que al mirarla se mezclasen en igual grado el respeto y la admiracion. En aquel instante parecia á Cárlos que se marchitaban sus esperanzas como flores arrancadas á la tierra y puestas en el altar de una Santa; pero sobreponiéndose á su dolorosa impresion:

—No vengo, Élia, dijo, para presenciar tus votos,

vengo á impedir que los hagas; vengo á cumplir mis promesas, y á reclamar las que me hiciste. ¿Acaso las has olvidado? ¿hásete borrado el recuerdo de lo pasado?

—Todo se ha borrado de mi corazon en el convento, á medida que ha aumentado mi gratitud, que lo llena todo.

—¡Y te atreves á decirlo! exclamó Cárlos. ¡Te atreves con esa misma mano, que distribuye limosnas, que seca las lágrimas de los que padecen, que adorna los altares con flores, á clavar el puñal en el corazon del hombre que te ama, del compañero de tu infancia, de aquel que tu Madre llamaba hijo!

—Me atrevo, contestó Élia á alargársela para separarle de una senda estraviada, y atraerle á la senda que debe seguir.

—¡Estas son las idéas que te han inculcado! Con eso, lo que han hecho es trazarte á tí la senda del sacrificio..... y á mí la de la desesperacion! Élia..... ¿destruirías la felicidad del hombre que te ama únicamente y se llama tu compañero? ¡Tú, tan dulce, tan buena... serias ingrata y cruel! Tan jóven, tan hermosa... ¿serias bastante insensata para renunciar á los goces de la vida, aferrándote en un intento que todos deben reprobar?

—¿Y quién podrá culparme, respondió Élia, porque me separo de un mundo que cada uno de sus habitantes maldice? Hállame uno solo que esté contento con su suerte; hállame uno solo que diga: «el

mundo me ha dado una felicidad constante; una tranquilidad inalterable: he conservado en él una conciencia pura, aun de rencor; ninguna palabra, ninguna sonrisa, ninguna mirada llegó jamás á herirme, he vivido sin temores y sin esperanzas; ó bien he visto realizarse los primeros y desvanecerse las segundas sin sufrir ni abatirme; no he encontrado ingratos y malévolos, ó bien no me han lastimado el corazón»... Hállame, Cárlos, en el mundo quien diga. «he visto huir la juventud sin sentimiento, he visto llegar la vejez sin repulsa:» hállame uno solo, y será una razon sólida que oponerme, un elogio práctico del mundo que convenza, un argumento que triunfe. ¡Cárlos! rápida fué la ojeada que eché al mundo!... pero fué lúcida, y la repercusion la he sentido en el corazón! La sensatez,—á falta del dedo de Dios,—me trazaria la senda que debo seguir: me es dulce y querida, y no me separaré de ella. ¡Sí, Cárlos, mis dias de silencio y de oracion se deslizarán semejantes y dulces, como las gotas que destila el panal de la miel!

—Élia, repuso Cárlos, estás bajo la influencia de una exaltacion religiosa, que en este momento cubre tu vista, como una nube de incienso que te hace desconocer tu corazón, te ciega sobre tu porvenir y sofoca tus sentimientos. Pero yo no consentiré jamás, prosiguió con viva agitacion, que tiranices tu suerte y sepultes tu porvenir; á mí has prometido tu fé, á mí has jurado pertenecer; á mí estás ligada desde el

dia en que con el anillo de esposa admitiste sus derechos y sus deberes. No puedes disponer de tu destino, que me pertenece. ¡Sabré hacer valer mis derechos!

—¿Dónde están, cuáles son esos derechos? exclamó Élia en tono de reconvencion. ¿Soy yo la que era? ¿no están entre nosotros el mundo, la opinion, la voluntad materna? Atrévete á venir á arrancarme al pié de los altares; atrévete á decirme, «te privo de un bienestar tranquilo y constante; y te ofrezco en cambio la efimera felicidad del amor mundano:»—atrévete á separarme de mi conviccion con la crueldad, con la que se arrancase á un niño del seno de su Madre. ¡No, no! Abandona toda esperanza; estamos tan separados en la vida, como lo están el sol que se rodea de brillo y ruido, y la luna que busca el silencio y la noche. Sigue tu destino como una corriente vivaz y presurosa, y no quieras arrancar la débil florecilla que hallas á tu paso en la márgen, y que no podría unirse á esa corriente sin perecer en ella. Así, Cárlos... el que está ciego eres tú; cegado por una pasion, que esas sí ciegan, y no el incienso como dices, que no hace mas que dirigir nuestros ojos hácia el cielo, al cual sube.

—¿Y porque dices, exclamó Cárlos, que sea ciega mi pasion, Élia?

—Porque, Cárlos, todo lo que lleva á arrostrar la opinion y arrollar el órden establecido, es ciega pasion; y esa no guia bien y debe ser guiada.

—¡Qué tranquila, qué serena, qué fria estás! dijo Cárlos con despecho.

—Porque he orado, Cárlos.

—¡No me has amado nunca! exclamó Cárlos cayendo en una silla y cubriendo con ambas manos su rostro bañado de lágrimas.

—¡Oh, sí! te he querido y te quiero! contestó Élia con voz suave y dulce. Pero en este íntimo é infinito amor que te tengo, no hay presencia ni ausencia; presente, pasado ni futuro: el tiempo pasa sobre él como sobre la eternidad, sin alterarlo. Es un amor que no distrae de Dios el corazon, sino que lo identifica mas con ese Dios, fuente y fin del amor perfecto. Es un amor que no teme la ingratitud, porque se dá sin exigir correspondencia; es un amor inalterable, que se mezcla en las oraciones y se lleva consigo al cielo. Es un amor que en la noche terrestre brilla como una estrella de otras regiones, que se ama cual ellas sin querer asirlas, porque subiremos á ellas.

—¡Pero ese amor, dijo Cárlos con desconsuelo, ese amor que separa aquí á los que se aman, no da la felicidad, Élia!

—¿Y á qué llamas felicidad, Cárlos? preguntó Élia. Si es la paz que da la ausencia de todas las pasiones, el reposo de la conciencia; si es la suave calma que se disfruta cuando lo pasado no tiene remordimientos que roan, ni el porvenir temores que torturen, si se halla en una vida que tiene el sueño tranquilo y el despertar sereno, si la hay en esperar la muerte sin

desearla ni temerla, si esta es la felicidad verdadera y sin liga..... la he comprendido, Cárlos, y la he hecho mia!

Cárlos profundamente conmovido, destrozado el corazon, elevada el alma, echó su cabeza atrás sobre el respaldo de su silla, se tapó los ojos con sus manos, y al través de sus dedos rodaron gruesas lágrimas, mientras su pecho se henchía agitado.

—¡Cárlos! prosiguió Élia conmovida, y en tono de súplica.—¡No me aflijas con tus lágrimas, no me inquietes con tu dolor! Ámame lo bastante para no perturbar mi tranquila felicidad: ven fuerte y generoso á unirme á mí en aquella altura, de la que yo contemplo los intereses y pasiones de la tierra; esa altura, Cárlos,—¡harto lo he visto en el mundo!—no la alcanzan el talento, el saber, el genio; la alcanza la Fé, aquella fé divina, que llena el mar más vasto, y halla cabida en el corazon más sencillo. No la alcanzaba D. Narciso, y la alcanzaba Don Benigno. En esa altura, Cárlos, ¡parece la vida tan corta! ¡tan mezquina!... ¡es una nada con la eternidad! y sin embargo, puede encerrar muchas lágrimas y preparar muchos remordimientos. Solo en esa altura, Cárlos, se despoja de ignominia la que la heredó de sus Padres, como los hijos de Adan la maldicion que él mereció. Allí se ve despojada de ella como la mariposa que vuela en la atmósfera, del sofocante capullo en que la crió la oruga. En

esta altura, hermano mio, se está mas lejos de la tierra; pero más cerca del cielo, del cielo, repitió levantando los ojos y los brazos hácia él, con una santa y suave exaltacion, allí... en donde se reunirán todos los corazones amantes en el amor celestial y perfecto que es la bienaventuranza!

Élia inspirada, llenos de santas lágrimas sus ojos, se presentó á la vista de Cárlos, divina como una aparicion bajada de altas regiones, y pronta á volver á subir á ellas.

Conmovido, fascinado, arrastrado por un poderoso impulso comunicativo, Cárlos se postró, y apoyando su inclinada cabeza sobre los hierros de la reja:

—¡Comprendo, por mi desgracia demasiado tarde, exclamó, que en medio del torpe materialismo, que va invadiendo los espíritus, cual las crecientes olas de un diluvio universal, en que perecerán nuestras inteligencias, hay séres, cuyas almas arden como divinas antorchas en las tinieblas, como faros en la noche, que están tan elevados que los profana una pasion, y que solo se deben amar sobre la tierra, como se aman los ángeles en el cielo!

EPILOGO.

Si se preguntase ¿qué se hizo de los que quedaron en el grande y variado escenario del mundo? debiendo dar cuenta y razon el novelista de los personajes que pone en escena, podríamos responder lo que Schiller en unos hermosos versos á los que le preguntaron qué se hizo de Thecla.

«¿Preguntais, acaso, qué se hace de los ruseñores cuyos cantos os encantaban en la primavera? ¡No existieron sino mientras amaron!» No obstante, la vida se compone de dos partes: la ideal y la material, y referirémos la segunda que sobrevive á la primera.

Fernando murió en Madrid en la malhadada jornada del 7 de julio de 1822 defendiendo al Rey.

Cárlos, fiel á una causa ya perdida, pereció en el Trocadero el año 23, en aquella desgraciada accion en que se derramó sangre sin entusiasmo, se peleó sin esperanza, y se halló muerte sin fruto.

La Marquesa sufrió con valor la muerte de Fernando, de aquel hijo querido y perfecto, que habia realizado todas sus esperanzas, aquel hijo, segun su

corazon, digno de ser cabeza de la casa de Orrea. No se puso luto, ni se la vió derramar una lágrima. Tenia en su cuarto el bello retrato de su hijo, que adornó con una corona de laurel y una palma. Pero la muerte de Cárlos la destruyó. Era el último Orrea y el primero que habia muerto defendiendo una causa, que no era la de la Religion, la del Rey ni la del pais. Su existencia se rindió, y aplomó, como las velas del barco al que falta la brisa vivificadora. Murió en los brazos de la inconsolable Esperanza, que se habia casado con un hombre de mérito, elegido por su Madre.

Esta hija perfecta tuvo dos hijos. El mayor, criado al lado de sus Padres, pasó en 1837 á las filas de D. Cárlos, y sucumbió en el sitio de Bilbao. El segundo, criado en el colegio de artilleria, hizo sus primeras armas al lado del General de la Reina, Córdoba, y halló la muerte en la accion de Mendigorria.

Cuando Esperanza, loca de dolor por tan crueles pérdidas, por ver todos los ídolos de su corazon victimas de la terrible y horrorosa guerra civil, el más espantoso azote que se fragua el hombre por su propia mano, se hallaba ahogada por lo intenso de su dolor, se iba al convento á ver á Élia, y volvía de él serena y resignada.

FIN.